



*Cruzaré
la eternidad*

DONNA KENCI

Cruzaré la eternidad

Donna Kenci

Título: Cruzaré la eternidad

1ª Edición: Junio, 2020

© Donna Kenci, 2019

Diseño de portada: Esther Ortiz

Imágenes de portada: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Esta novela se la dedico a mi madre.
Por enseñarme a amar la lectura desde que era niña.
Por animarme a escribir.
Por entusiasmartme con mis locas historias.
Por estar siempre ahí.
Te quiero, mamá.

Contenido

[Cruzaré la eternidad](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Sekani

Aleandría, año 30 a. C.

—Date prisa, muchacho. No hay tiempo que perder —me dijo en voz baja, tras descubrirme bajo las capas de mi atuendo.

—¿Es aquí? —interrogué a mi viejo amigo.

—Sí. —Se detuvo mirando hacia un lado y hacia el otro, para cerciorarse de que nadie me había seguido—. ¿Qué ha pasado? ¿Hemos caído otra vez? —inquirió.

—Nos han vuelto a derrotar —le confirmé.

Eché un último vistazo hacia la oscuridad de la noche, antes de dejarme paso.

—¿Cleopatra está...?

—Está bien, hemos escapado —le aseguré—. Vive, pero no por mucho tiempo. Está decidida a quitarse la vida, antes de dejarse atrapar por ellos.

No me hizo falta añadir nada más, su silencio fue acompañado de un gesto de nerviosismo.

Una vez en el interior, aparté de mi cabello la gruesa tela con la que me había cubierto para no ser reconocido. Al instante, el viciado aire de la cámara inundó mis fosas nasales. Olía a muerte y no pude evitar sentir una profunda desolación. Oteé la sala con dificultad, hasta que mis ojos se habituaron a la tenue luz que provenía de la abertura, justo al otro extremo de la entrada.

—¿Dónde está Neith? —pregunté al anciano, sin dejar de atisbar a mi alrededor.

—En esa habitación —me contestó, indicando el lugar con su mano. Al volver a mirarme, su rostro se mostró compungido—. Te dejaré con ella a solas, pero no debemos esperar mucho más o no funcionará.

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabra. Mi cuerpo temblaba y un nudo en mi garganta me impedía tragar saliva, pero hube de armarme de valor para enfrentar a lo que me esperaba en aquel lugar. Avancé despacio, con pasos titubeantes hasta llegar al umbral, entonces la vi.

Yacía sobre una superficie de piedra, apenas cubierta por un fino tejido de lino. Estaba inmóvil. Me aproximé para taparla mejor, sin ser consciente realmente de lo que ocurría. No podía ser cierto. No lo era.

Me incliné sobre su cuerpo con lentitud. Tenía los bellos ojos cerrados, rodeados por sus largas pestañas y coronados por sus perfectas cejas. No debí hacerlo, pero sin lograr reprimirme, la toqué. Di un respingo al sentir la frialdad de su piel y me llevé la mano a la frente tratando de contener un lamento, aunque resultó inútil. Mis lágrimas comenzaron a brotar sin remedio, resbalando por mis mejillas.

—¿Por qué lo has hecho? —le susurré con una mezcla de rabia y dolor—. Mi dulce y preciosa Neith.

Grité para soltar toda la aflicción que me consumía por dentro, a la vez que estampaba mi puño contra la pared.

—¿Por qué me has dejado? —Me enjuagué el reguero salado que corría por mi cara—. Tan solo un día más y habríamos sido libres. —Sollocé, mientras acariciaba su mano.

Recordé su risa, su voz, su intensa mirada. Contemplé sus hermosas facciones, esperando que

abriera los ojos y me sonriera como tantas veces había hecho al despertar entre mis brazos. Sin embargo, no ocurrió.

¿Qué le había impulsado a quitarse la vida? Tras el anuncio de su padre que acababa de prometerla para contraer matrimonio con el tío de Cleopatra, Neith le confesó que aún seguíamos viéndonos, le amenazó con escaparnos si no cejaba en su intento por casarla con aquel hombre. Pero no pudo impedir que su padre se saliera con la suya en contra de su voluntad, así que Neith y yo decidimos fugarnos en cuanto regresara de la misión que se me había encomendado.

Una suave palmada en la espalda me sacó de mis pensamientos. Me giré para encontrarme con la expresión preocupada del sacerdote *sem*.

—Mi joven Sekani, comprendo tu dolor, pero sabes que no surtirá efecto si nos demoramos más.

Esa era mi única esperanza, así que intenté recobrar fuerzas para concentrarme en lo que tendría lugar a continuación.

Asentí con convicción.

—Adelante, comienza cuando quieras —le confirmé.

Sus arrugadas manos levantaron mi brazo derecho, palpando mi muñeca, no sin antes observarme con gesto interrogante.

—¿Estás seguro, muchacho? —Sus ojos mostraban lástima—. No habrá vuelta atrás. Tienes que entender que no es posible saber cuántas veces regresarás de la muerte hasta encontrarla. A lo mejor tienes suerte y en tu primera reencarnación hallas a Neith, pero ten en cuenta que si la fortuna no está de tu lado, podrían transcurrir más de mil años sin que se cruce en tu camino.

Suspiré, totalmente convencido de lo que iba a hacer. No me importaba vivir una y otra vez durante cientos de años, si con eso conseguía permanecer un solo día más junto a ella. La idea de perderla para siempre no era una opción.

—No puedo vivir sin ella —contesté.

El sabio anciano supo que no cambiaría de opinión, que estaba decidido a llevar a cabo aquella locura, costara lo que costase.

Meneó la cabeza con un gesto de desaprobación, mientras repetía el movimiento que acababa de realizar conmigo. Sujetó el brazo de Neith para girar su palma hacia arriba; a continuación extrajo de su túnica un objeto punzante, que no logré identificar y comenzó a grabar algo en su muñeca, a la vez que susurraba una oración ininteligible.

Me mantuve en silencio, presenciando el extraño ritual que tenía lugar frente a mí, siguiendo cada movimiento con atención, hasta que me di cuenta de que había dibujado un *ankh* en la piel de Neith.

—Ella no te reconocerá —soltó de improviso el sacerdote, sin levantar la vista—. Al estar muerta durante la ceremonia, una de las partes de su alma ya ha comenzado a olvidar, aunque aún no es demasiado tarde—. Se interrumpió para sondear mi expresión—. Tú sí lo recordarás todo y tendrás la misión de hacer que rememore su primera vida. Neith sentirá el vínculo que os une, pero eso la confundirá. Debes ser paciente para ganarte su confianza e impulsarla a recuperar sus recuerdos.

—Lo haré —le dije con solemnidad.

—Es importante que nunca le reveles su pasado —me advirtió—. Si lo haces, Neith no recobrará su memoria jamás. Tendrá que hacerlo por ella misma.

—Puedo ayudarla, pero no desvelarle nuestro secreto —resumí.

—Así es.

El sacerdote *sem* se dirigió al otro extremo de la sala para limpiar los utensilios en un recipiente con agua. Acto seguido me hizo extender mi brazo para proceder a esculpir otro *ankh* en mi piel,

repitiendo la misma invocación entre murmullos.

El símbolo de la vida eterna quedó marcado en la parte interna de mi muñeca. Con cuidado, intenté limpiar los restos de sangre, pero no me dio tiempo, sentí un tirón en el brazo y vi cómo el anciano unía mi mano con la del cuerpo sin vida de Neith, quedando las dos palmas pegadas, frente a frente, al tiempo que pronunciaba unas palabras dirigidas a la diosa Isis.

—Isis es la única que puede hacerlo posible, aunque esto va en contra de nuestras creencias, pero ella nunca me ha fallado con este ritual. Funcionará —me explicó.

Cuando finalizó, avanzó unos pasos hasta detenerse frente a la pared y presionó un pequeño bloque de piedra que sobresalía. La sorpresa me invadió al descubrir cómo se abría un resquicio, revelando la entrada a una cámara secreta.

—¿Eso es lo que creo? —pregunté con intriga.

—Sí, es la estancia donde han depositado todas sus pertenencias de valor —me confirmó, mientras se introducía en la oscuridad del habitáculo. Al momento regresó con un objeto en las manos—. Toma. Poseer objetos de su antigua existencia acelerará la recuperación de sus recuerdos. —Extendió su brazo hasta dejar caer en mis manos un colgante—. Guárdalo en un lugar donde nadie pueda acceder a él, para que puedas rescatarlo en el instante en que os reencontréis y se lo entregues.

Mi corazón dio un vuelco al fijarme con atención en la joya. Se trataba del amuleto que yo mismo le había regalado, una preciosa piedra de lapislázuli, engarzada en un borde grueso de oro. Sin dudar, lo colgué de mi cuello y lo escondí bajo mi atuendo.

—Así será —le prometí.

Me palmeó el brazo para infundirme ánimo.

—¿Qué pasará con Egipto ahora que hemos sido derrotados? —Cambió bruscamente la conversación.

—No lo sé. El destino de Egipto está en manos de Roma —le expliqué, abatido.

Se llevó las manos a la boca, mientras su mirada se entristecía. Resopló, pero se recompuso con rapidez, aclarando su garganta antes de hablar.

—Solo queda un último paso para completar el ritual. —Sondeó mis ojos, en busca de algún signo de vacilación.

—Dámelo. Sé lo que tengo que hacer —le repliqué con convicción.

Vi que dudaba durante unos instantes, pero finalmente recogió algo del suelo y depositó en mis manos un pequeño recipiente dorado.

—Que los dioses te acompañen, querido amigo. —Y me abrazó con fuerza antes de añadir—: En cuanto te lo tomes, tumbate a descansar. No sentirás dolor, te sumirás en un profundo sueño y cuando despiertes comenzarás una nueva vida.

—Gracias por todo, Anum —le susurré con la voz ronca.

—Vamos, permitiré que te despidas de ella antes de partir —manifestó, mientras secaba una lágrima que resbalaba por su mejilla.

Vi cómo cerraba la cámara secreta antes de salir de la estancia para dejarme unos momentos a solas con Neith.

Me acerqué al cuerpo sin vida de mi amada, contemplando su serena belleza y tratando de retener en mi memoria cada rasgo, cada pequeño detalle, para que me acompañase en el largo viaje que estaba a punto de emprender.

—No sé por qué lo has hecho, amor. —Acaricié su gélida mejilla con suavidad—. Pero te juro que nada ni nadie me impedirán recuperarte. Si es necesario, cruzaré la eternidad hasta encontrarte.

Deposité un leve beso en su frente y salí de la cámara funeraria con decisión.

Capítulo 1

Melanie

Nueva York, septiembre de 2018

La sonrisa de Rachel se congeló, dando paso a un gesto preocupado cuando vio mi rostro a través del cristal de nuestra cafetería favorita. Sin ánimo, la saludé con un movimiento de mi mano. Unos segundos más tarde, entró en el local y se inclinó sobre mí para darme dos besos.

—¿Y bien? ¿Cuántos días llevas sin dormir, Mel? —me regañó, incorporándose de nuevo para poner los brazos en jarra.

A veces me asustaba lo mucho que me conocía, tanto que sabía mejor que yo cuál era mi estado de ánimo con solo echarme un vistazo. Éramos amigas desde los cuatro años, para lo bueno y sobre todo para lo malo, como ocurría en ese momento.

—¿Esa es tu forma de saludarme? —me mofé—. Respecto a tu pregunta, ya he perdido la cuenta —contesté, tratando de reprimir un bostezo—. Desde el funeral de mi padre no he dormido ni tres horas seguidas cada noche.

Rachel se sentó frente a mí resoplando, a la vez que pedía un café con leche al camarero.

—Sé que estás hecha polvo por la muerte de tu padre. —Su tono de voz era cariñoso, en contraste con su expresión disgustada—. Pero si no te repones pronto y sacas fuerzas, ¿quién se va a ocupar de tu hermana? Solo tiene catorce años, Mel. Sarah te necesita más que nunca.

Una oleada de tristeza me inundó.

—Lo sé, es por ella por quien estoy en pie y no tumbada llorando en mi cama, ya lo sabes —le aseguré.

Rachel tenía razón. Desde la muerte de mi madre, cuando Sarah solo tenía ocho años y yo dieciocho, habíamos aprendido a vivir sin apenas la presencia de mi padre. El primer año, él dejó el trabajo de campo para estar junto a nosotras, pero poco tiempo después reclamaron su presencia para dirigir una nueva excavación en Egipto, y ya no pudo negarse. Desde entonces nos dejaba largos periodos solas o bajo la supervisión de nuestra excéntrica tía.

Nora era la hermana pequeña de mi madre, y aunque su cariño hacia nosotras era indiscutible, tenía una personalidad bastante liberal e independiente; ella pensaba que debíamos aprender a madurar por nuestra cuenta, por eso casi no paraba en casa durante los meses que se trasladaba a Nueva York para cuidarnos. Siempre estaba de un lado a otro, aunque en los últimos años fijara su residencia en Italia.

—¿Cómo está Sarah? —me preguntó, mientras agarraba con firmeza mi mano sobre la mesa.

—Es fuerte, aprenderá a vivir sin él; aunque está muy triste, como es lógico —le conté—. Al menos ha aceptado la invitación de mi tía Nora para ir con ella a Italia a pasar unas semanas. Salir de Nueva York le hará bien, además está deseando conocer Venecia.

Rachel me miró con suspicacia.

—¿Y tú? ¿Te irás a Italia también?

Negué con la cabeza y sonreí cuando vi que mi amiga levantaba las cejas. Ya sabía cuál iba a ser mi respuesta.

—No puedo. Tengo que ocuparme de arreglar todos los papeles tras el fallecimiento. —Hice una pausa antes de añadir—: Y aún no sé qué voy a hacer el próximo año, tras haber finalizado la Universidad. Ya sabes que mis planes eran comenzar trabajar un par de meses con mi padre como su ayudante en la excavación que estaba realizando. Pero ya no es posible, así que me quedaré aquí y pondré un poco de orden en mi vida.

—Claro, claro. Y tampoco puedes dejar solo a Mat, ¿no? —me espetó con enfado—. Ese estupendo novio tuyo, que ni siquiera se ha dignado a acompañarte durante el funeral de tu padre.

Eso dolió, aunque sabía que era cierto. Chasquéé la lengua con fastidio.

—No seas tan dura con él, Rachel —le reproché sin convencimiento—. Me hubiera gustado que estuviera presente, pero todo esto le ha pillado preparando sus exámenes y sé que ha hecho todo lo posible por asistir.

Me preparé para recibir el rapapolvo que vendría a continuación.

—Menuda chapuza de excusa. No sé cómo no ves la clase de gilipollas que tienes a tu lado —soltó exaltada—. ¿Sabes? Mat no te merece y algún día te darás cuenta. Solo espero que no tardes demasiado.

Reí con fuerza. Por unos instantes me olvidé del dolor, de la tragedia que había ocurrido y me sentí relajada.

—Creo que al final será él quien me deje —dije entre murmullos—. Después de la última noche que pasamos juntos, no ha vuelto a ser el mismo conmigo.

Rachel agrandó mucho los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Ha descubierto que roncas? ¿O es por tu tendencia al sado? —preguntó con sorna.

Una carcajada brotó de mi garganta sin lograr reprimirla.

—Qué bruta eres —le repliqué—. Es solo que tuve otra de mis pesadillas y por lo visto grité dormida. Se asustó.

Rachel apoyó los codos sobre la mesa y me observó con inquietud.

—¿Otra vez tienes esos sueños tan raros? Hacía bastante tiempo que no te pasaba.

Desde que era niña me perseguían esas pesadillas recurrentes. Al principio me aterrorizaban, aunque con el paso de los años me acostumbré, hasta el punto de no tomarlos en cuenta. Obviarlos parecía funcionar, ya que cada vez los tenía más esporádicamente. Siempre eran las mismas imágenes, algunas veces me veía corriendo por un camino de tierra, gritando un nombre extranjero: Sek. En ocasiones me veía sollozando con una prenda extraña en los brazos.

—Tras la muerte de mi padre han regresado con más intensidad —le confesé con seriedad—. Además, este ha sido distinto a todos. Me vi fuera de mi cuerpo y cuando miré hacia abajo descubrí mi imagen, parcialmente desnuda, reposada sobre una rígida superficie y un hombre al lado llorando, con la cabeza apoyada en mi brazo. Me dio mucho miedo porque parecía que mi otro yo estaba muerta. Por eso desperté alarmada.

Rachel abrió la boca en señal de asombro y se enroscó un mechón de su rubia melena entre los dedos.

—Mira que eres rara —refunfuñó—. Solo a ti se te ocurre soñar viéndote muerta y para colmo, desnuda —dijo tratando de restarle importancia—. Al menos ese espécimen masculino estaría bueno, ¿no?

Sonreí ante su ocurrencia.

—Parecía joven, pero no vi su rostro con claridad porque estaba en penumbras. —Cerré los ojos para intentar recordar el sueño, pero no tuve éxito.

—Mel, lo tuyo es un expediente X. —Rio—. No sé cómo pude hacerme tu amiga cuando éramos

niñas. Debí huir de ti como hacían los demás —expresó con diversión—. Primero fue la marca esa rara que te salió en la muñeca, la que parece una cicatriz; y después me acojonaste con tus pesadillas. Cada vez que me quedaba en tu casa a dormir me obsequiabas con un espectáculo de terror. No me negarás que me merezco un premio por quedarme a tu lado.

Reí abiertamente. Qué bien sentaba su compañía y su charla descarada durante mi duro trance.

—La verdad es que sí, te mereces mi amistad eterna... Y una invitación a cenar a ese restaurante tan caro que te encanta.

Rachel levantó los brazos, en señal de victoria.

—¡Esta es mi chica! —me jaleó, sin importarle que todas las miradas se volvieran hacia nosotras.

Las horas que pasamos juntas resultaron ser un bálsamo para mi maltrecho corazón, pues durante dos semanas no había tenido ni un minuto de tregua; pero al llegar a casa la realidad se impuso otra vez, con más crudeza que nunca.

Mi padre había muerto, ya no volvería a verlo más. El pequeño mundo que habíamos construido con mucho esfuerzo, tras el duro golpe que supuso la muerte de mi madre, se había vuelto a desmoronar nuevamente. Aunque el afamado profesor Henry Donovan pasaba largas temporadas supervisando excavaciones arqueológicas en el extranjero, el tiempo que estaba en casa compensaba cualquier ausencia. Su jovial carácter nos contagiaba un entusiasmo sin igual a mi hermana y a mí, consiguiendo que cada segundo a su lado fuera especial. Cada día era una aventura con él. Siempre nos contaba maravillosas leyendas de épocas remotas o nos llevaba a hermosos lugares que solo unos pocos privilegiados conocían. Sus consejos nos habían sacado de más de un problema, y su amor por nosotras quedaba patente, incluso cuando se encontraba viajando. Pero ya no regresaría. Su último viaje era sin retorno.

Un silencio ensordecedor reinaba en el ambiente tras cerrar la puerta de entrada. La luz en la planta de arriba me indicó que Sarah ya había llegado, y que posiblemente Nora estaba con ella.

—¿Hola? —pregunté en voz alta, mientras subía la escalera.

—Estoy aquí. —Era la voz de Sarah—. Tía Nora ha salido a comprar no sé qué para el viaje.

Me extrañó que el sonido proviniera del despacho de mi padre, ya que Sarah no había entrado allí desde su muerte. Pero efectivamente, la encontré acurrucada en el sillón del estudio, hipando por culpa del llanto.

—Ey, pequeña. No llores. Ven aquí —le dije envolviéndola en mis brazos para consolarla.

Sarah me abrazó con fuerza.

—Ya sé que apenas paraba en casa, pero le echo tanto de menos, Mel —se dolió entre lágrimas—. Nos han dejado solas.

Mi corazón se rompió en mil pedazos al escuchar sus palabras. Sarah era demasiado joven para haber sufrido la pérdida de sus dos padres y yo no sabía qué podía hacer para mitigar, aunque fuese un poco, su dolor.

—Lo sé, cielo —traté de calmarla—, pero tenemos que ser fuertes. Las dos. Aunque estemos solas, siempre cuidaré de ti, pase lo que pase. Nunca me apartaré de tu vida, ni siquiera cuando estemos lejos. Debes confiar en mí; todo irá bien, ya lo verás.

—Pero estoy tan triste... —dijo, lastimosa.

—Pasará. Te lo prometo —le aseguré.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —dudó, preocupada.

De lo único que estaba segura era que tenía que sacar fuerzas de donde fuese para afrontar aquella situación con valentía. Todo dependía de mí, Sarah era mi responsabilidad a partir de entonces.

—Cuando comience el curso, regresarás de Italia con la tía Nora y viviremos aquí hasta que

termine la escuela secundaria —improvisé sobre la marcha—. Después, ya veremos qué hacemos.

—De acuerdo —aceptó con seriedad—, pero tú...

—No te preocupes por mí —la corté, restando importancia—. Eso da igual. Anda, vamos a comer algo. Salgamos de aquí. ¿Te apetece cenar pizza?

Sarah asintió con la cabeza, mientras se limpiaba las lágrimas que aún brotaban de sus ojos.

—Vale.

Aunque tuve que disimular ante mi hermana, en realidad sí que me preocupaba mi futuro. Mi sueño de adolescente fue seguir los pasos de mi padre y marcharme a Europa una vez que finalizase mi carrera de Historia Antigua, pero tras la muerte primero de mi madre y después la de mi padre, mis planes se vieron frustrados sin remedio, ya no había esa opción. Debía permanecer en Nueva York para cuidar de Sarah.

Aquella fue otra noche más en la que no logré pegar ojo. Nuevamente las pesadillas habían acudido para desvelar mi sueño y sumirme en un estado de nerviosismo del que no podía escapar. Harta de dar vueltas en la cama, me levanté resoplando. Casi sin darme cuenta, mis pasos me llevaron hasta el despacho de mi padre, donde comencé a observar cada objeto con nostalgia. Aún no me hacía a la idea de que no lo volvería a ver. Nunca más sonreiría embelesada mientras él me contaba sus andanzas en las excavaciones de Italia, España o Egipto.

Egipto era su pasión, amaba su cultura con un entusiasmo voraz que me contagió desde niña, despertando en mí una enorme curiosidad por aquella remota civilización.

Acaricié con tristeza uno de sus diarios, donde anotaba todo tipo de apuntes y teorías sobre sus descubrimientos.

Al abrir el libro comprobé que se trataba de un registro completo sobre la última excavación en la que estaba trabajando, una de las dos que llevaban a cabo en Taposiris Magna, al oeste de Alejandría. Recordé que, justo antes de fallecer, estaban a punto de llegar hasta la cámara funeraria de una importante noble egipcia que vivió en la época de Cleopatra.

Noté que algo caía sobre mis pies descalzos y me agaché para recogerlo. Uno de los objetos era una vieja llave, el otro era una fotografía de alguna escultura encontrada en la excavación. Las dos cosas se habían resbalado de las páginas del diario.

Al observar la imagen con detenimiento vi que se trataba de una escultura de un busto femenino. De pronto, mis ojos se agrandaron y mi corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Qué clase de broma macabra era esa? La pieza guardaba una semejanza asombrosa conmigo.

—No es posible —mascullé.

Un escalofrío me recorrió la espalda. La fotografía se cayó de mis manos, pero no me detuve a recuperarla. Salí a toda prisa del despacho, sin mirar atrás.

Capítulo 2

Ryan

—Residencia del profesor Donovan, dígame —contestó una voz de mujer.

¿Era ella? Mi mente se quedó en blanco, dejándome sin habla durante unos segundos, hasta que conseguí articular palabra, tras aclararme la garganta.

—Buenos días, ¿hablo con Melanie Donovan?

—No, soy Nora, su tía. —Parecía tener prisa—. Mel no está en casa. ¿Quiere que le dé algún mensaje de su parte? ¿Quién es usted?

Mis hombros se relajaron al saber que no se trataba de Melanie.

—Antes que nada, me gustaría decirle que siento mucho su reciente pérdida. Me llamo Ryan Foster, trabajaba para Henry Donovan, y ahora dirijo las últimas excavaciones que llevó a cabo en Egipto. Necesito comunicarme con su hija para hablar sobre algunos documentos que guardaba el profesor. ¿Podría facilitarme su número personal?

Oí un sonoro bufido al otro lado del auricular.

—Muchas gracias por su pésame. —Suspiró, antes de añadir—: En este instante no tengo a mano el teléfono de Melanie, y lo cierto es que no me puedo entretener en buscarlo, pues se me hace tarde y mi vuelo sale en cuarenta minutos.

—No se preocupe —le dije con calma, al saber que no contactaría de inmediato con ella—. Llamaré más tarde, ¿de acuerdo? Lamento haberla pillado en mal momento.

—Oh, no pasa nada. Mel estará aquí esta tarde, así que será mejor que llame entonces. —Hizo una pausa y al instante se despidió—. Ha sido un placer conocerlo.

—Igualmente. Gracias por atenderme.

Y colgué soltando un suspiro.

El ritmo acelerado de mis latidos me indicó que no estaba preparado aún para aquel encuentro. A pesar de haber transcurrido una semana desde que la viera por primera vez, el shock que sufrí fue tan intenso que todavía no se había mitigado ni un ápice.

Mis esperanzas de encontrarla comenzaron a derrumbarse hacia más de setecientos años. Desde entonces, me limitaba a transitar por una vida tras otra, siglo tras siglo, con la certidumbre cada vez más arraigada de que el ritual no había funcionado con Neith y jamás iba a recuperarla.

Hasta aquel día.

Viajé a Nueva York con la excusa de asistir al funeral del profesor Donovan, pero mi intención real siempre fue conseguir el colgante de Neith, en posesión de Henry desde hacía más de cinco años. Jamás hubiera imaginado que este hecho me haría reencontrarme con ella, tras más de dos mil años de espera.

Aquella mañana llegaba tarde al entierro, pues el vuelo se retrasó más de lo esperado, así que cuando me presenté allí, el oficio estaba finalizando. Me quedé detrás del gentío, pasando desapercibido entre la muchedumbre que se agolpaba frente al féretro para darle el último adiós a Henry, y cuando la multitud comenzó a despejarse, apareció frente a mí el bello rostro de Neith golpeándome con fuerza en el corazón.

Al principio pensé que era una alucinación producida por el cansancio tras tantas horas de viaje.

Pero después de varios minutos, en los que sacudí mi cabeza varias veces para despejarme, me di cuenta de que no se trataba de mi imaginación. Neith estaba allí, con su bello y perfecto rostro inundado de dolor.

Era real.

Incapaz de moverme, contemplé la escena medio oculto tras un gran árbol. Fue entonces cuando alguien reveló su nombre al dirigirse a ella: Melanie. Aunque el asombro terminó de sacudir cada fibra de mi cuerpo al descubrir que Melanie era la hija mayor de Henry Donovan.

¿Cómo era posible? Neith había estado cerca de mí durante cinco años y yo no lo sabía. Quizá no era ella y solo se trataba de una mujer con su idéntica apariencia, aunque estaba seguro de saber reconocerla entre un millón. Aun así, antes de hacerme ilusiones, debía cerciorarme de que portaba un *ankh* grabado en su muñeca derecha.

El sonido de mi teléfono me devolvió al presente. Era Jack, lo cual me indicó que no recibiría buenas noticias.

—¿Ryan? Soy yo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté inquieto—. Te dije que no me llamas si no era algo urgente.

Un tenso silencio se impuso al otro lado de la línea.

—La hemos encontrado, Ry. —La voz de Jack sonaba categórica.

Cerré los ojos con fuerza para tratar de convencerme a mí mismo de que eso no estaba ocurriendo.

—No puede ser —murmuré con desconcierto—. Es demasiado pronto, aún faltan semanas de excavación.

No me percaté del tono de mis palabras, hasta que escuché lo que Jack me dijo a continuación.

—Si no te conociera, diría que no te alegras, Ry —dudó—. Pero sé que te has dejado la piel para hallarla.

Me pasé la mano por el pelo, en un vano intento por tranquilizarme.

—No es eso —intenté disimular—. Es solo que me hubiera gustado estar allí.

Escuché su risa a través del auricular.

—Por eso no temas —me aseguró—. Solo hemos destapado la entrada y vamos a esperar a que regreses para continuar.

Eso apaciguó mi turbación un poco.

—De acuerdo —concedí—. No entréis en la tumba hasta que vuelva. Este asunto no me llevará demasiado. Calculo que en menos de una semana estaré allí de nuevo.

—Tómate el tiempo que necesites, amigo. —Su tono se tornó apacible—. Sé cuánto te ha afectado la muerte del profesor.

—Te lo agradezco, Jack. Nos vemos en unos días.

—Hasta la próxima semana, Ry.

Corté la llamada, dejándome caer sobre la cama de la habitación del hotel. Esas eran las peores noticias que podían llegarme desde Egipto, sobre todo hallándome a tanta distancia de Taposiris Magna.

Durante siglos, mi mayor preocupación fue proteger los restos de Neith para que nadie los dañase. Era consciente de que aquel lugar era diana de muchos historiadores que afirmaban que Cleopatra estaba enterrada allí, pero siempre me tranquilizó saber que, tanto el sarcófago de Neith como su colgante, estaban a salvo, pues nunca habían perforado tan cerca.

Pero el profesor era harina de otro costal. Su certero olfato lo había llevado hasta el sitio exacto donde se encontraba la cámara funeraria de Neith, así que, aunque nuestro primer encuentro fue fruto

de la casualidad, finalmente no me quedó otra alternativa que unirme al equipo de Henry Donovan, cuando supe que se proponían excavar allí en busca de tumbas reales.

Mi única intención era desviar la atención hacia otros recintos funerarios, para asegurarme de que su tumba continuaba intacta. El problema fue que me encariñé del profesor con tal intensidad, que en poco tiempo se convirtió en algo parecido a un padre para mí.

Una sonrisa apareció en mi rostro cuando recordé cómo conocí a Henry.

En aquel entonces yo contaba con veintidós años de edad. Había viajado hasta Egipto para llegar hasta las ruinas del templo de Osiris de Taposiris Magna, y así recuperar el colgante de Neith que yo mismo escondí allí dos mil años atrás. Me aterraba que alguien de los que trabajaban en las excavaciones del templo pudiera encontrarlo.

Tras retirar varios bloques de pesada piedra, logré llegar hasta mi objetivo, situado en una de las paredes medio derruidas del templo. Allí estaba, intacto a pesar del tiempo.

Cuando me dispuse a marcharme con el colgante, una autoritaria voz me detuvo, acusándome de sustraer objetos de valor incalculable que pertenecían a su excavación.

Me tomó por un ladrón de antigüedades. Fue entonces cuando me llevó hasta su tienda de lona, situada en el campamento de arqueología y me interrogó sin piedad.

Asombrado por mis conocimientos sobre el Antiguo Egipto, a pesar de mi corta edad, me propuso un trato a cambio de no denunciarme a las autoridades. Me ofreció trabajar para él con un sueldo bastante aceptable, y me prometió que si al finalizar la excavación mi trabajo resultaba tan fructífero como pensaba, me regalaría el colgante que había intentado llevarme.

Y así comenzaron los cinco años más interesantes de mi existencia después de transitar durante varios siglos por vidas aburridas e insípidas. Aunque, a decir verdad, en el pasado no todas ellas fueron así.

Mi teléfono móvil empezó a sonar a mi lado y me hizo dar un respingo. No reconocí el número que apareció en la pantalla.

—Dígame —contesté.

—¿Ryan Foster? —Una descarga eléctrica me sacudió con fuerza al escuchar una voz tan conocida por mí—. Soy Melanie Donovan. Me han dicho que está intentando contactar conmigo por algo relacionado con mi padre.

Mi mente se bloqueó. Tardé largos segundos en reaccionar, pues las palabras se me atascaron en la garganta.

—Sí, soy yo. La he estado llamando porque necesito solicitarle unos documentos de su padre. También me gustaría darle mi sentido pésame en persona, porque el teléfono me parece un método demasiado frío. —Hice una pausa, tratando de buscar la excusa perfecta para que no se negase a verme—. El profesor era como un padre para mí.

Se hizo un incómodo silencio, pero Melanie lo rompió aclarándose la garganta antes de contestar.

—Lo sé. Mi padre nos hablaba mucho de usted a mi hermana y a mí. —Se quedó callada, y al segundo prosiguió, pero su voz sonaba más ronca—. Mi padre también le apreciaba.

Sentí un gran alivio al notar que se mostraba receptiva.

—Entonces, ¿es posible que nos veamos, por ejemplo mañana por la tarde? —pregunté con la esperanza de que aceptase.

Debió pensárselo bastante, o a mí se me hizo el tiempo eterno, hasta que escuché su contestación.

—Sí, sí, claro. ¿Sabe dónde está la pastelería y cafetería *Sweet Kate*? Si le apetece podemos quedar allí mañana, sobre las cuatro.

Solté todo el aire de mis pulmones e hice un gesto de triunfo, en silencio.

—¿Esa cafetería con estilo retro de los años 60? A su padre le encantaba y hablaba mucho de ella.

—Sí. La misma.

—Por supuesto. Allí estaré —le aseguré, intentando que el entusiasmo no se reflejara en mi voz

—. Por cierto, si te parece bien podemos tutearnos. Si mis cálculos no fallan, solo nos separan tres años.

Su risa sincera me provocó un escalofrío de placer. Sonaba a música celestial en mis oídos.

—De acuerdo, nos tutearemos... Te veo mañana, Ryan.

—Hasta mañana, Melanie.

Solté el teléfono con manos temblorosas y me paseé de un lado a otro de la habitación, nervioso. Era ella, estaba más seguro que nunca. Pero debía comprobarlo, viendo si llevaba la marca en su piel.

Tras dos mil años de búsqueda había llegado el momento, pero ¿cómo iba a conseguir que recuperase sus recuerdos? Si se trataba de Neith realmente, ni siquiera se había inmutado al escuchar mi voz...

—Neith... —susurré para mí.

Daba igual lo mucho que costase, lo lograría. Era mi única oportunidad.

Capítulo 3

Melanie

Nora y Sarah se habían marchado el día anterior y ya echaba de menos a mi hermana. Nunca me había separado de ella más de unas semanas, pero comprendía que alejarse de Nueva York era lo mejor, dados los duros momentos que nos tocaba vivir. Ese período fuera del país le ayudaría a sobrellevar nuestra pérdida.

La vivienda parecía tan vacía desde su marcha, tan enorme, que no soportaba permanecer allí durante demasiado tiempo e intenté mantenerme ocupada fuera de casa para no volverme loca, para no pensar.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe dentro? —me insistió Rachel por cuarta vez—. Es un extraño al fin y al cabo, por muy buenas referencias que tengas de él, y por mucho que tu padre lo quisiera.

—No tienes de qué preocuparte, en serio —la tranquilicé—. Es lo menos que puedo hacer, después de lo bien que se está portando con nosotras al ocuparse de todo lo relacionado con el trabajo de mi padre. Además, hemos quedado en una cafetería repleta de gente, no en un callejón oscuro.

—Vale, vale —concedió—. Pero ya sabes que si necesitas que te rescate, solo tienes que darme un toque y me plantaré allí, ¿de acuerdo?

—Que sí, pesada. Pero ya verás como no hace falta.

Rachel se preocupaba demasiado por mí, y aunque algunas veces me sentía como una niña ante sus regañinas, también agradecía tener alguien a mi lado que me cuidara y me hiciera saber que podía contar con ella.

—¿Y Mat? —Su tono se agrió—. ¿Piensa dejarte sola?

—Me dijo que regresaría en un par de días, pero la verdad es que con todo lo ocurrido se me había olvidado por completo.

Rachel masculló algo por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —pregunté, pinchándola.

—He dicho que si de verdad estuvieras enamorada no se te habría olvidado tu novio con tanta facilidad.

Me quedé paralizada al darme cuenta de que tenía razón. Desde la muerte de mi padre apenas había pensado en él, aunque sí eché en falta su presencia a mi lado para consolarme durante ese duro trance. Pero si era sincera conmigo misma, ya no me hacía especial ilusión su regreso.

—No es eso —me excusé—. Lo estoy pasando fatal y solo puedo pensar en mi padre. Le echo tanto de menos... Sé que tengo que ser fuerte, sé que estaba acostumbrada a su ausencia, pero pensar que nunca más volveré a verlo me parte el corazón, y me hace plantearme que posiblemente debí poner más de mi parte para pasar más tiempo junto a él. Quizás deberíamos haberlo acompañado en algunos de sus viajes, como hacíamos cuando mi madre aún vivía y éramos una familia feliz.

Rachel resopló, negando categóricamente.

—Eres demasiado injusta contigo misma —replicó—. También podrías considerar que tu padre debió pensar en sus hijas antes que en su trabajo. A lo mejor tenía que haber permanecido a vuestro lado, pues aunque él perdiera a su mujer, vosotras os quedasteis sin madre cuando más la

necesitabais.

—No lo sé, Rach —susurré con tristeza—. Él nos quería más que a nada, y sé que hizo todo lo que estuvo en su mano por nosotras.

Permanecimos en silencio, sumidas en nuestros pensamientos, hasta que paró el coche, dejándome cerca de la cafetería *Sweet Kate*.

—En fin, quizás tengas razón —concedió—. Ya hemos llegado. Si quieres que vuelva para recogerte, solo tienes que pedírmelo, Mel —me aseveró—. Que vaya bien, cariño.

—Gracias por cuidarme tanto, Rachel. —Antes de salir del coche le di un sonoro beso en la mejilla—. Eres mi ángel guardián.

Sonrió afectuosa y me dijo adiós con la mano a través de la ventanilla, mientras comenzaba a alejarse por el carril.

Una vez en el interior del local eché un vistazo a las mesas en busca de un hombre solo, puesto que no tenía ni idea de cómo era Ryan, pero no localicé a nadie que pudiera encajar con su perfil; así que me senté donde vi un hueco libre y esperé a que apareciera.

No mentía cuando le dije a Ryan lo mucho que mi padre lo apreciaba. Él siempre nos narraba divertidas anécdotas sobre el joven desgarbado que había pillado hurtando piezas valiosas en su excavación y que le había impresionado por sus vastos conocimientos sobre la historia de Egipto, hasta el punto de convertirse en su mano derecha en cuestión de pocos meses. Nos contaba que jamás conoció a alguien que dominase tan bien el idioma egipcio antiguo. A veces incluso llegué a sentir una punzada de celos por la gran admiración que mi padre le profesaba.

Lo cierto es que lo trataba con el mismo cariño que a nosotras, tanto que en su testamento le había legado casi todos los avances relacionados con su trabajo y estudios de arqueología. Algo que fue un verdadero alivio para mí, pues me evitó tener que ocuparme de esa parte de la vida de mi padre de la que yo no tenía ni la más remota idea de cómo administrarla, a pesar de mi interés sobre el tema.

Ese sería el motivo por el que Ryan querría citarse conmigo, ya que mucha de la documentación sobre las excavaciones de mi padre se encontraba en su despacho y quizá la necesitaba para continuar con su labor.

—¿Melanie Donovan?

Levanté la vista para toparme con el rostro más atractivo que había visto nunca. Unos profundos y grandes ojos marrones me contemplaban con intensidad, casi con ¿reverencia? Su nariz recta encajaba a la perfección entre sus anchos pómulos, dando paso a unos carnosos labios que invitaban al pecado.

Intenté desviar la mirada, pero fue peor. Sus musculosos brazos me impresionaron, pero su perfecto torso, cubierto por una camiseta gris que marcaba de forma descuidada su figura, le daba la apariencia de una estatua griega esculpida en piedra. ¿De dónde había salido semejante criatura? Esa clase de hombres solo existía en las películas, ¿no?

¿Este era el desgarbado Ryan Foster que describía mi padre? Abrumada, me incorporé y le tendí mi mano, tratando de articular palabra.

—La misma. Tú debes de ser Ryan, ¿no es así? —Mi voz sonó más aguda de lo normal.

—Llámame Ry, por favor —contestó, estrechando mi mano con tanta delicadeza que me provocó un escalofrío.

Nos sentamos sin dejar de observarnos mutuamente. Había algo en él que me resultaba familiar, era una sensación extraña que me produjo inquietud, pero la descarté imaginando que en algún momento tuve que ver alguna fotografía suya, cuando mi padre nos enseñaba instantáneas de sus viajes.

—De acuerdo, Ry. —Le sonreí con timidez, mostrando mi cara más amable—. ¿Y qué te trae por Nueva York? Se supone que estáis en plena campaña de excavaciones en esta época del año, ¿no?

Sonrió con tristeza, mostrando una ternura que me embelesó.

—Antes me gustaría transmitirme mi pesar por la pérdida del profesor Donovan. —Inspiró con fuerza para intentar reprimir la emoción que asomaba en sus ojos—. Lo lamento de veras, nunca pensé que algo así pudiera ocurrirle.

Agaché la cabeza para que no viese las lágrimas que comenzaban a acumularse en mis párpados, y traté de recobrar la compostura.

—Ha sido demasiado repentino. —Rememoré lo ocurrido aquella tarde, sintiendo otra vez un ramalazo de dolor—. Estaba trabajando en su despacho, sin ningún síntoma de que algo iba mal en su salud, y de repente oímos un golpe seco. Fue un infarto tan fulminante que cuando llegó la ambulancia ya era demasiado tarde, no pudieron hacer nada por salvar su vida.

—Aún me cuesta hacerme a la idea —expresó, y supe que era sincero—. Henry era una de esas personas que crees que nunca va a faltar.

—Lo sé —afirmé—. Cada vez que llego a casa, espero que asome la cabeza por la puerta de su despacho para saludarme —le confesé, pero al instante me di cuenta de que estaba contándole cosas demasiado personales a un completo desconocido—. Pero imagino que no tendrás ganas de que te cuente mis lamentos y que estás aquí por motivos de trabajo, ¿cierto?

—En realidad vine para asistir a su funeral, pero mi avión se retrasó y no llegué a tiempo —me explicó—. Pero sí, también debo zanjar algunos asuntos que conciernen a las excavaciones en las que estamos trabajando en la actualidad.

Su hipnótica mirada me impedía pensar con claridad. Me removí en la silla para romper el contacto visual y procurar centrarme en la conversación.

—¿Y de qué asuntos se trata? —inquirí.

Ryan se quedó en silencio durante varios interminables segundos, contemplándome sin tapujos. Noté que le ocurría algo parecido conmigo, pues no apartaba sus ojos de mi rostro, como si quisiera absorber cada detalle. Finalmente habló.

—Necesito los documentos y los diarios en los que Henry anotaba los avances de las investigaciones. —Hizo una pausa, mientras se colocaba un despeinado mechón de pelo oscuro que caía por su frente—. Y debo recuperar una antigua reliquia que tu padre se llevó de Taposiris Magna.

Esa última frase captó mi atención. Fruncí el ceño con perplejidad.

—Supongo que no me costará reunir la documentación de su despacho —aventuré—. Pero me extraña que mi padre sacara algún valioso objeto de una excavación y lo guardara con sus posesiones. Eso no era habitual en él.

Ry me miró a los ojos y presentí que no se encontraba cómodo con ese giro de la conversación.

—Es un colgante egipcio de la época de Cleopatra. Tu padre se lo llevó para estudiarlo personalmente.

Examiné con detenimiento la expresión de Ryan, parecía inquieto.

—Lo buscaré —le dije intrigada—. Aunque no recuerdo haber visto nada parecido entre sus cosas.

—Te lo agradezco. —Sus hombros se relajaron visiblemente—. Es algo crucial para avanzar en la investigación de la tumba que estamos a punto de abrir —insistió—. Si quieres, puedo ayudarte a recopilar todo lo que necesito... No me malinterpretes, no pretendo molestar.

Me sorprendió su ofrecimiento, pero imaginé que era fruto de las prisas que tenía por finiquitar

aquello para poder marcharse y continuar con su trabajo.

—No te preocupes, no me molesta —le aseguré—. Al contrario, agradezco que me ayudes con esto. Si te apetece puedes pasarte mañana por nuestra residencia y así escoges todo lo que necesites.

¿Qué acababa de hacer? Había invitado a mi casa a un desconocido, estando sola. ¿Me había vuelto loca? En realidad no era un completo extraño, pues se trataba de la persona en la que mi padre más confiaba. Calmé a mi voz interior, convenciéndome a mí misma de que había hecho lo correcto.

—Por supuesto, será un placer.

La palabra placer escapó de sus labios provocándome una corriente de electricidad en todo el cuerpo. Mi maltrecha mente no actuaba con lógica, comenzaba a preocuparme bastante mi estado anímico.

Saqué un bolígrafo de mi bolso y escribí la dirección en una servilleta de papel. Cuando alcé la cabeza para ofrecerle la servilleta, me di cuenta de que Ryan tenía los ojos clavados en mi muñeca y la sonrisa se había esfumado de su cara. En un acto reflejo, escondí mi brazo bajo la mesa, y sin saber por qué le di una explicación.

—Es una marca que tengo desde que era una niña —me excusé—. Empezó a aparecer de repente. Al principio era solo una rojez, pero con el paso de los años ha ido adquiriendo el aspecto de una cicatriz. —Me quedé callada por unos segundos—. Mi padre siempre creyó que me lo había hecho yo misma, impulsada por mi pasión por la civilización egipcia.

Ryan sondeaba mi rostro con atención.

—¿Sabes qué es? —Supe que se refería al símbolo.

—Sí, es un *ankh* egipcio.

Asintió con la cabeza, al tiempo que extendía su brazo para alentarme a enseñarle la extraña marca. A pesar de mi reticencia, lo hice.

Con extrema suavidad, me sujetó el brazo y acarició con sus dedos la parte interna de mi muñeca donde se encontraba el grabado. Mi corazón comenzó a latir desbocado ante el roce de su mano. ¿Qué me pasaba con ese hombre?

Retiré el brazo rompiendo el hechizo que se había creado entre ambos, aunque sentí su abrasadora mirada todavía sobre mí.

—Debo marcharme —le anuncié con brusquedad—. Se hace tarde.

—Puedo acompañarte, si quieres —comentó al tiempo que se levantaba y me dejaba espacio para salir.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. —Nuestros cuerpos se rozaron al cruzarnos—. Pararé un taxi aquí mismo —expuse señalando la salida del establecimiento.

Debió notar mi turbación, pues no insistió.

—Como quieras. Nos vemos mañana por la tarde —dijo agitando la servilleta de papel, antes de introducirla en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—Hasta mañana.

Le sonreí mientras me alejaba, sintiendo que me relajaba al fin, libre de las inquietantes sensaciones que había experimentado durante nuestro encuentro.

Capítulo 4

Ryan

Llevaba más de veinte minutos plantado frente a la puerta de la residencia del profesor Donovan, meditando si era buena idea ver de nuevo a Melanie, pues todavía no me había recuperado del shock que me causó nuestro encuentro del día anterior.

Estaba casi seguro de que Melanie era la reencarnación de Neith, pero cuando descubrí el *ankh* marcado en su piel, comencé a temblar como un niño.

Dos mil años de búsqueda y al fin la tenía frente a mí.

Un soldado egipcio que no temía a la muerte, que se enfrentó con valentía a las tropas de Octavio para defender a la reina Cleopatra, se venía abajo y dudaba cuando por fin hallaba al único amor que tendría jamás. No era lógico que me sintiera así, cuando debía estar dando saltos de alegría por encontrarla. Pero lo cierto era que me aterraba la idea de ser rechazado por ella, o que Melanie no llegase a recordar que en otra vida fue Neith.

No me quedaba otra alternativa que intentarlo, dedicar todos mis esfuerzos en conseguir que Melanie rememorara su pasado. En dos días me marcharía de regreso a Egipto y no sabía cuándo volvería a verla, así que me tocaba hacer todo lo que estaba en mi mano para que recordase pronto.

Llamé al timbre y a los pocos segundos me abrió la puerta una mujer joven, que no era Melanie. Me miró de arriba abajo con curiosidad.

—¿Tú eres Ryan? —me preguntó, al tiempo que abría los ojos asombrada y levantaba las cejas.

—Sí —contesté indeciso—. Tengo una cita con Melanie para solucionar unos asuntos sobre su padre. ¿Está ella en casa?

—Sí, sí, pasa. Yo soy Rachel, su amiga.

Me dejó entrar al interior de la vivienda sin dejar de observarme, algo que me hizo sentir incómodo.

—Hola, Rachel. Un gusto conocerte.

—Lo mismo digo. —Su inquisitiva mirada me estaba sacando de quicio—. Mel espera tu visita, está en el despacho de su padre. Puedes subir por esas escaleras, es la primera puerta hacia la derecha.

Subí las escaleras aliviado al percatarme de que Rachel no me seguía. Al traspasar el umbral de la habitación, localicé a Melanie sentada en el suelo, rodeada de un montón de papeles esparcidos a su alrededor. Mi corazón se saltó un latido al contemplar su precioso rostro.

—Hola, Ryan —Sonrió con sinceridad, mientras se incorporaba para instarme a entrar—. Pasa, estaba adelantando trabajo, recopilando todo lo que he podido conseguir hasta ahora.

En ese momento, Rachel se asomó desde el marco de la puerta.

—Oye, Mel —le dijo—. Creo que no es necesario que me quede más tiempo aquí. —Me señaló con la cabeza e hizo un gesto aprobatorio—. Te dejo en buenas manos, no creo que Ryan sea un psicópata o un acosador, ¿verdad?

Supe que se dirigía a mí, aunque no me miraba directamente.

—No, claro —le aseguré—. Puedes irte tranquila. Melanie no corre peligro a mi lado. Prometo que la cuidaré bien.

La expresión de Melanie mostró un gesto ofendido, con la vista clavada en su amiga. Y entonces

lo entendí todo. Rachel estaba allí porque Melanie no quería quedarse a solas conmigo, pero su amiga le acababa de tender una encerrona, cuando se dio cuenta de que yo no era alguien a quien hubiera de temer.

—Perfecto. —Rachel sonrió con malicia—. Yo me marcho. Portaos bien, chicos.

Me agradó el buen humor de Rachel y me gustó que confiase en mí, a pesar de acabar de conocerme.

—Adiós, Rach. Luego te llamo —le espetó Melanie con malhumor.

Cuando Rachel se fue, Melanie se acercó hasta mí con un fajo de papeles en los brazos y los dejó caer sobre los míos.

—Esto es todo lo que he encontrado hasta ahora. —Se encogió de hombros y continuó—. Como ves, mi padre no era demasiado ordenado, pero no tiraba nada. —Sonrió con pena al hablar de Henry.

Estaba preciosa, y todavía no me acostumbraba a tener el mismo rostro de Neith frente a mí después de tanto tiempo, después de llegar a creer que no la volvería a ver jamás. Me costaba mantener la compostura sin derrumbarme.

—Lo sé. Tu padre en el campamento era un desastre también. —Me di cuenta que contarle cosas sobre el profesor le iluminaba la mirada a su hija—. Siempre andábamos recogiendo todo lo que dejaba por medio, y la pobre Claire se ocupaba de organizar sus archivos porque él era incapaz de hacerlo.

—¿Quién es Claire?

—Es... era la asistente personal de Henry —le conté—. Además de ser una gran historiadora. Gracias a ella hemos hecho enormes avances en las investigaciones, aunque es bastante tímida y le cuesta hacer amigos.

Parecía ensimismada, tanto que se sentó otra vez en el suelo y me instó a seguir hablando.

—Cuéntame más cosas sobre el equipo —pidió—. Me hace sentir un poco más cerca de mi padre.

Le sonreí, acto seguido me senté en un pequeño sofá para atender a su petición, depositando el montón de papeles a mi lado. Contemplé de nuevo a Mel, su aspecto era tan idéntico a Neith que me costaba respirar cuando la miraba.

—De acuerdo. Veamos... continuaré por Jack. Jack es bastante especial. La verdad es que no sé cómo describírtelo —confesé—. Hay que conocerlo. Es tan grande como una montaña, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho, aunque a veces es muy cabezota. Digamos que es la fuerza en estado puro.

Me rasqué la barbilla, enumerando en mi mente quién faltaba.

—¡Es cierto! —Rio—. Ya sé quién es Jack, mi padre nos contaba divertidas anécdotas sobre él.

—Es que lo que no le pase a Jack... —Meneé la cabeza acordándome de alguno de sus extraños accidentes por sus tremendos descuidos—. Me queda por hablarte de Salih y de Elizabeth. Salih es el miembro más joven del equipo, y el más listo, es un cerebritito, un auténtico experto en informática. Tendrías que ver lo que es capaz de hacer.

—Vaya, debe de ser un hacha en su campo.

Asentí, pero era mejor dejarlo ahí y no revelar que en otro tiempo Salih fue un conocido hacker que tuvo en jaque a varias organizaciones internacionales.

—Y Elizabeth. Bueno, ella es... bastante particular. Es la mayor del grupo y experta en arte egipcio. Gruñona, autoritaria y un poco estirada, pero es lo más parecido a una madre que tenemos allí. En realidad, todo es fachada, porque en el fondo nos mimas y nos cuida al resto como nadie.

Melanie me observó con atención, creo que por un momento se olvidó de que el profesor ya no estaba entre nosotros. Sus ojos brillaban divertidos. Pero al instante su expresión se tornó compungida.

—Antes de que muriera mi madre acompañábamos a mi padre en muchos de sus viajes —recordó—, incluso mi hermana nació durante una de sus excavaciones en Sevilla, en España. Por eso mi madre le puso el nombre de Sarah. Así se llamaba la matrona que la atendió en el parto.

Permanecí en silencio, escuchando su precioso relato. Parecía echar de menos esa época de su vida, y me encantó que lo compartiera conmigo.

—¿Por qué dejasteis de acompañarlo? —Me pudo la curiosidad.

Melanie inspiró con fuerza.

—Mi madre enfermó por una extraña infección, estando en Egipto, y tuvimos que regresar a Nueva York, donde murió tras agravarse su estado. Fue muy repentino. Mi padre se quedó destrozado y durante un tiempo no se separó de nuestro lado, pero después de un año decidió volver a trabajar.

Contemplé sus ojos vidriosos y tuve la necesidad de abrazarla, consolar a mi dulce Neith, pero me contuve.

—Esa última parte sí la conocía, ocurrió justo cuando Henry me encontró y comencé a trabajar para él. —Hice una pausa, dudando si contarle o no lo que sabía, pero decidí no hacerlo, no era lo más indicado en ese momento—. Tu padre hubiera dado lo que fuera por permanecer a vuestro lado, ¿sabes?

—Ya no sé qué pensar. —Se quedó absorta, pero de repente cambió de tema—. Pero da igual. Vamos al asunto que te ha traído hasta aquí. Me he pasado todo el día buscando, pero en este despacho no hay ni rastro del colgante que me hablaste.

Melanie se levantó y se puso a rebuscar por detrás de una hilera de libros que reposaban en una de las estanterías.

—Imaginaba que no sería fácil encontrarlo —declaré, al tiempo que me incorporaba para acercarme a ella por detrás—. Tu padre debió esconderlo en un lugar seguro.

—¿Tan importante es? —preguntó sin volverse.

—Bastante, es vital para el estudio de la última tumba que hemos descubierto —mentí, pero necesitaba convencerla para que no cesara en la búsqueda.

Casi chocó conmigo cuando se giró. La sujeté para que no perdiera el equilibrio y su aroma me inundó los sentidos. Tenerla tan cerca, casi entre mis brazos, me hizo perder la razón por un instante. Pero ella se recompuso rápidamente, separándose de mi cuerpo para ofrecerme un pequeño libro que sacó de los estantes.

—Toma. Creo que esto te será de ayuda. —Sus dedos rozaron los míos cuando me lo entregó—. Es el diario en el que anotaba todos los avances de las excavaciones de Taposiris Magna.

—Gracias. —Mi voz sonó ronca.

Alargué el contacto con su mano todo lo que pude, pero finalmente me retiré. Mel parecía confusa.

—¿Es de alguien influyente la última tumba que habéis encontrado? —me dijo, tratando de disimular su turbación.

—Hemos hallado la de un sumo sacerdote y ahora estamos llegando a la entrada de la cámara funeraria de una mujer que poseía un alto status social en la época de Cleopatra —relaté, y sin poder evitarlo, mis ojos se detuvieron en sus labios.

Aparté la mirada de golpe, no quería asustarla. Ella me consideraba un desconocido, debía ir despacio y no dejarme llevar por mis sentimientos. Lo malo era que apenas me quedaba tiempo.

—¿Esa mujer era joven?

Me intrigó su pregunta. ¿Y si había comenzado a recordar? Quizá le estaba ocurriendo lo mismo que a mí en cada vida, cuando de niño tenía sueños que aumentaban con el paso del tiempo, hasta rememorar todo mi pasado. Pero a mí siempre me pasaba en la adolescencia.

—Sí —le confirmé, sondeando sus ojos en busca de algún indicio de sospecha—. Creemos que se trata de una mujer llamada Neith, por unos papiros que hemos encontrado cerca de la tumba. Si lo que pone en esos documentos es cierto, Neith tuvo una estrecha relación con Cleopatra y se suicidó siendo muy joven.

Mel se llevó una mano al corazón. Noté que no se mostraba indiferente ante esa información.

—¿Se suicidó? —preguntó inquieta—. ¿Por qué?

Mis latidos se aceleraron ante su curiosidad por conocer la historia de Neith. Estaba seguro de que no era algo casual; comencé a sospechar que Mel sentía que tenía algún vínculo con ella.

—Según los documentos funerarios que encontramos, se suicidó, pero no se sabe nada más.

Sin poder reprimirme acaricié el brazo de Melanie, instándola a acercarse. Nuestros ojos se encontraron y prendió la llama, no logramos apartar la mirada el uno del otro. Sus preciosos ojos verdes me hipnotizaban, igual que antaño. Acaricié con dulzura su mejilla, pero ella no se retiró, permaneció quieta aceptando mi contacto.

El hechizo se rompió bruscamente cuando el teléfono móvil de Mel empezó a sonar con insistencia.

Mel observó primero la pantalla y después contestó.

—Mat, cariño, te llamo en un rato, ahora mismo no puedo hablar. —Y tras unos segundos, colgó.

¿Mat? ¿Quién era Mat? Un ramalazo de celos me invadió. Se había dirigido a él con demasiada complicidad como para que fuese solo un amigo. Era lógico que Melanie tuviera relaciones con hombres, como cualquier chica de su edad, pero saberlo de primera mano me provocó un fuerte impacto en el pecho, tan intenso que casi caí en la tentación de confesarle nuestro secreto.

Melanie resopló, visiblemente contrariada.

—Será mejor que me marche —manifesté, consciente de que el rumbo de mis pensamientos no me llevaban por buen camino. Si no salía de allí, metería la pata hasta el fondo, revelándole a Mel algo que no debía—. Se ha hecho tarde y todavía tengo que hacer un par de cosas. Mi vuelo a Egipto sale pasado mañana a las 6:15 a.m., así que tengo que darme prisa para dejarlo todo atado.

—¿Ya regresas a Egipto? —No disimuló su decepción—. Pensé que te quedarías más tiempo.

—No me queda más remedio, me están esperando para abrir la cámara funeraria.

—Bien, entonces... —Mel se abrazó a sí misma, mirando a un lado y hacia el otro—, continuaré buscando el colgante y si consigo recuperarlo antes de que te vayas, te lo haré saber.

—Gracias, Mel —le dije bastante afectado por la despedida, aunque aún me quedaba un día más—. Ha sido un auténtico placer conocerte.

Tenía que buscar alguna excusa para verla al día siguiente.

—Lo mismo digo. —Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla, sorprendiéndome—. Espero que nos volvamos a ver.

—Dalo por hecho —le aseguré, separándome con dificultad, anhelando su contacto un poco más.

Sostuve su mano entre las mías durante unos segundos, acariciando su dorso; pero finalmente me fui, aunque con la firme decisión de verla una vez más antes de emprender el viaje.

Capítulo 5

Melanie

—Mel, cariño, voy a ir un momento a mi apartamento para dejar allí mi equipaje.

La voz de Matthew retumbó desde la planta inferior. El día anterior me había llamado para decirme que había adelantado su viaje y en unas horas regresaba a Nueva York.

—Vale, ¿te espero para ir a almorzar?

—Sí, me pasaré a recogerte sobre las doce y media. Ponte guapa. Hasta luego, preciosa. —Y cerró la puerta evitando hacer demasiado ruido.

Matthew había llegado esa misma mañana, pero yo apenas le presté atención. Aunque sabía que no era lo correcto, pero con la excusa de encontrar el colgante me mantuve alejada de él todo lo posible, sumergida durante horas entre los objetos de mi padre.

¿Y si Rachel estaba en lo cierto? Ver a Mat no me había provocado ningún tipo de emoción, a pesar del tiempo que habíamos permanecido separados. Incluso sus avances cariñosos me habían resultado desagradables, cuando se acercó varias veces a besarme.

Sin embargo, no dejaba de ver la imagen de Ryan en mi cabeza.

¿Qué me pasaba con ese hombre? Tan solo recordar su caricia, justo antes de marcharse, me producía un agradable escalofrío por la espalda. Nunca me había ocurrido algo así, jamás había sentido una atracción tan fuerte como la que me inspiraba Ryan cada vez que lo veía. Mi corazón comenzaba a latir desbocado, sin control.

—Para ya de pensar en él, Melanie —me regañé a mí misma en voz alta—. El colgante, tengo que concentrarme para dar con él. Eso es.

¿Dónde guardaría mi padre el maldito colgante? Debía encontrarlo. Aún me costaba reconocer que el único propósito por el que quería recuperar aquel objeto era para ver de nuevo a Ryan antes de que se marchara. Pero también quería continuar preguntándole sobre la tumba de esa egipcia llamada Neith, pues tenía la sospecha de que se trataba de la misma joven cuya escultura aparecía en la fotografía de mi padre, la que guardaba una increíble semejanza conmigo.

Al abrir uno de los cajones de la cómoda situada en la habitación de mis padres, saqué una caja de madera de tamaño medio con forma de corazón. La emoción me embargó al reconocerla. Era de mi madre, la compró en España muchos años atrás. Recordé que en ese estuche guardaba pequeños cristales de colores que encontraba en las playas de Cádiz, cuando estuvimos allí durante un verano, mientras mi padre trabajaba en una excavación en las proximidades.

Intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave, así que la dejé a un lado para continuar buscando. De todas formas, era imposible que el colgante estuviese ahí dentro.

Unas horas más tarde tuve que dejar la búsqueda, pues a las doce y media Matthew me recogió para almorzar en un restaurante que le gustaba frecuentar.

—Te noto ausente, Mel. ¿Te ocurre algo?

—No es nada, solo estoy triste.

—Pues no tienes ningún motivo para estarlo —soltó airado.

¿Lo decía en serio? Mi padre había fallecido hacía tan solo unas semanas.

—No te preocupes, se me pasará.

—Eso espero —rió y me guiñó un ojo con picardía.

No entendía a Matthew. No era que tuviera menos empatía que un calamar, también me resultaba asombroso su egoísmo sin fin. Solo pensaba en él, en todos los sentidos; tanto en el terreno emocional como profesional. ¿Cómo había sido tan idiota de no darme cuenta de sus defectos hasta aquel momento?

Comí sin ganas, escuchando el monólogo de Mat y deseando regresar a mi hogar para centrarme en lo único que me importaba en esos instantes.

Fueron un par de horas que me resultaron interminables, mientras el rostro de Ryan acudía a mi mente una y otra vez. Faltaba tan poco para que dejara el país... necesitaba verlo, aunque fuera unos minutos. No comprendía ese anhelo que había nacido en mí, pero era tan fuerte que me asustaba.

Cuando llegamos a casa, nada más cruzar la puerta de entrada Mat metió la mano por debajo de mi vestido, provocándome un respingo.

—Ven a la cama conmigo, Mel. Este vestido tan sexy me está volviendo loco.

Su falta de tacto me hizo estallar.

—¿De verdad no te das cuenta de que lo único que necesito ahora es un poco de cariño y comprensión? —exclamé alterada.

—Eso intento, darte cariño —contestó, sorprendido por mi arranque de furia.

—Mat, mi padre acaba de fallecer, y no solo no has estado a mi lado para afrontar este duro trance, sino que tampoco das muestras de sentirlo lo más mínimo, y mucho menos me transmites una pizca de consuelo.

—Vamos, Melanie. No seas tan frágil, estas cosas pasan. Tu padre era un hombre de cierta edad, y es ley de vida...

—¿Cómo dices? —Mi indignación iba en aumento—. No me puedo creer que haya pasado dos años de mi vida con semejante gilipollas carente de sentimientos.

Matthew se quedó pasmado.

—¿Me acabas de llamar gilipollas?

Mi teléfono comenzó a sonar. Miré la pantalla y vi que se trataba de Ryan.

—Dime, Ry.

—¿Melanie? —La voz de Ryan me hizo sentir bien—. Oye, sé que te va a sonar raro, pero me gustaría verte antes de marcharme. ¿Te apetece que cenemos juntos esta noche?

Suspiré, llevándome una mano a la frente.

La furibunda mirada de Matthew me indicó que no era buena idea ponerme a charlar por teléfono como si nada, en mitad de nuestra discusión.

—Verás... —escogí bien mis siguientes palabras—. Me encantaría cenar contigo esta noche, la verdad. Pero me pillas en una situación delicada ahora mismo. ¿Te puedo llamar luego?

Hubo un breve silencio.

—Claro, llámame cuando quieras.

—Perfecto, hasta luego —me despedí, y corté la comunicación.

Mat me examinaba con una expresión de total incredulidad.

—¿Acabas de quedar con un panoli delante de mis narices? —gritó.

—No es ningún panoli, se trata de Ryan, el ayudante de mi padre. Tenemos asuntos que solucionar relacionados con su trabajo —le expliqué con calma—. Además, Ryan me ha transmitido mucha más comprensión y se ha mostrado mucho más afectado que tú por su pérdida.

¿A quién pretendía engañar? Quería quedar con Ryan porque me apetecía.

—Será mejor que nos tranquilicemos —dijo Mat rebajando el tono—. Hablemos con sosiego sobre esto para solucionarlo, ¿de acuerdo?

—No quiero solucionarlo, Matthew —repliqué—. Durante las últimas semanas me he dado cuenta de que no encajamos. Me hacía falta tu presencia para enfrentarme a la muerte de mi padre. Necesito alguien a mi lado que esté a la altura cuando la situación lo requiera. Para lo bueno y para lo malo.

Prorrumpí en llanto. No fue por Matthew, sino por un cúmulo de emociones que explotaron a la vez. No había tenido tiempo de pararme a llorar la muerte de mi padre, ni de afrontar que a partir de ese instante era totalmente responsable de mi hermana.

—Si quieres que nos demos un tiempo... —susurró, al ver mi reacción.

—Quiero que rompamos nuestra relación. —Estaba segura de las palabras que acababa de pronunciar—. No deseo volver a verte.

En la cara de Matthew apareció una expresión de sorpresa. No se esperaba mi rechazo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Completamente —afirmé.

—No te creo.

—Pues deberás creerlo. Quiero que salgas de mi vida de inmediato.

—¿Sabes? Te arrepentirás de haber tomado esta decisión y regresarás a mí, implorando que te perdone —me espetó con rabia.

Y tras soltar esa última frase, abrió la puerta y se fue dando un sonoro portazo.

Durante largos minutos permanecí hecha un ovillo, sentada en las escaleras, hasta que enjuagué mis lágrimas y decidí subir al despacho de mi padre, pues era en el único lugar donde me sentía segura.

Me acurruqué en su gran sillón, frente a su escritorio, recordando algunos de los consejos que me daba. Cuando murió mi madre, él siempre decía que no debía llorar por perder lo que quería, porque las cosas más importantes se guardaban en el corazón, y allí siempre estarían vivas y a salvo.

Empecé a jugar con la llave que descansaba sobre el escritorio, sumida en mis pensamientos. Mi mano se paró en seco, observando con atención la llave que tenía entre los dedos. Era la llave que cayó del interior del mismo diario donde también estaba la fotografía del busto femenino.

Acerqué la llave a mi rostro para examinarla con detenimiento. «Las cosas más importantes se guardan en el corazón», repetí mentalmente.

No era posible. ¿O sí?

Me levanté del asiento como un resorte y corrí hasta la habitación de mis padres. Una vez que saqué la caja con forma de corazón, probé si encajaba la llave en su cerradura. Mis latidos se aceleraron al escuchar un clic, y acto seguido la tapa se abrió, dejando al descubierto varios objetos, entre ellos me llamó la atención lo que parecía ser un antiguo papiro egipcio y varias notas escritas a mano.

Desdoblé con cuidado una de las notas; no me sorprendió ver la pulcra letra de mi padre, pero no me detuve a leerla. A continuación rebusqué en el interior y localicé una piedra tallada de un intenso color azul, flanqueada por un borde dorado.

El colgante.

Casi no me lo podía creer, pero allí estaba. Lo saqué para observarlo con detenimiento, sosteniéndolo entre mis dedos. Sin duda era precioso, una auténtica reliquia con más de dos mil años de antigüedad.

De repente, comencé a sentirme extraña, una sensación de cansancio extremo me invadía desde las piernas hacia arriba con rapidez. Como un flash, una imagen pasó por mi mente: un hombre joven ataviado con una túnica corta de color blanco, sin mangas. Sus ojos derrochaban amor, me sonreía con franqueza.

Pero entonces todo se oscureció a mi alrededor y sentí cómo las fuerzas abandonaban mi cuerpo.

Capítulo 6

Melanie

Desperté desconcertada, sintiendo un fuerte dolor de cabeza. Estaba en el suelo y mis músculos dieron buena cuenta de ello, pues tenía todo el cuerpo entumecido. ¿Cuánto tiempo había permanecido así? Al mirar por la ventana vi que comenzaba a amanecer. Debía ser una broma, si eso era cierto había dormido casi toda la tarde anterior y la noche completa. Traté de recordar, pero mi mente parecía haber borrado de un plumazo lo que sucedió hasta dejarme inconsciente en el suelo.

Al levantarme vi que algo caía de mi mano izquierda. El colgante. Un montón de imágenes regresaron a mi cerebro de golpe. La tarde anterior había encontrado la antigua reliquia en el interior de la caja de madera.

Oh, Dios; tenía que avisar a Ryan, era importante que no se fuera sin él.

Mierda. El reloj marcaba las 5:20 a. m., pero su vuelo salía menos de una hora más tarde. Si no me daba prisa no llegaría a tiempo.

Sin pensármelo dos veces, recogí mi bolso, donde introduje el colgante y me fui a toda prisa hacia el aeropuerto.

—Buenos días. ¿A dónde la llevo, señorita? —me preguntó el taxista que acababa de parar.

—Por favor, necesito llegar lo antes posible al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy.

—Eso está hecho. —Me miró sonriendo a través del espejo retrovisor—. No se preocupe, llegará a tiempo a su vuelo.

—En realidad... —Iba a explicarle que no me marchaba de viaje a ningún sitio, pero la verdad era que no tenía por qué darle tantas explicaciones—. Le agradezco que se dé prisa.

Me estaba tomando demasiadas molestias por un simple collar. Aunque fuera necesario para que siguieran investigando esa tumba, siempre cabía la posibilidad de enviárselo por vía postal.

¿A quién trataba de engañar? Lo hacía porque quería ver de nuevo a Ryan antes de que se marchara. Quizás era la última oportunidad de reunirme con él, porque aparte del asunto del colgante, ya había quedado zanjado todo lo relacionado con el trabajo de mi padre.

Por más que quisiera, no iba a seguir negando esa extraña sensación que me invadía cada vez que Ryan se acercaba a mí. Era una atracción irremediable, imposible de obviar, que me intrigaba cada vez más.

Miré con fijeza mi teléfono y marqué el número de Ryan. Nada, su terminal estaba apagado o fuera de cobertura. No hubo forma de contactar con él.

Llegué al aeropuerto cinco minutos antes de la hora prevista de salida, así que si tenía un poco de suerte encontraría a Ryan antes de subirse al avión.

—¿Llego a tiempo al vuelo con destino a Alejandría, Egipto? —interrogué a la recepcionista.

Mis esperanzas se desvanecieron cuando vi su gesto de negación, acompañado de una mueca de disgusto.

—Lo lamento, pero acaba de despegar hace apenas dos minutos.

Sin saber por qué, sentí un pellizco en el corazón. Nunca más volvería a ver a Ryan. No tenía motivos para decepcionarme, solo lo había visto dos veces en toda mi vida... sin embargo, no podía evitar aquella sensación de desasosiego que me invadió por completo. Era absurdo lo que me estaba ocurriendo, no tenía ninguna lógica. Sacudí la cabeza para recobrar la cordura, desterrando ese

extraño anhelo que se había apoderado de mí.

Cuando regresé a casa para retomar mi rutina, aún me acompañaba una desazón que me impedía pensar con claridad. Con toda seguridad era producida por el cúmulo de sucesos que me habían ocurrido en los últimos tiempos, por ejemplo, el más reciente, mi ruptura con Matthew.

Mi teléfono móvil parpadeó, avisándome de la llegada de mensajes nuevos.

Rachel: *Te he visto en línea desde muy temprano. ¿Estás bien?*

Yo: *Sí, he madrugado porque tenía asuntos que resolver.*

Rachel: *Vale. ¿Te apetece desayunar donde siempre? Hoy tengo turno de noche, así que estoy libre.*

Yo: *Claro, así te cuento algo que te gustará saber.*

Rachel: *¿Qué ha pasado? No me dejes con la intriga.*

Yo: *No seas impaciente, en una hora te lo explico.*

Rachel: *Ok. Nos vemos en un rato.*

Suspiré, dejándome caer en el sofá para descansar aunque fuese cinco minutos. Saqué con cuidado el colgante y lo deposité sobre la mesa sin dejar de observarlo. No debía entretenerme demasiado, aún tenía que darme una ducha antes de salir al encuentro de Rachel.

—¿Estás de coña? ¿En serio has roto con Mat?

—Tenías razón, Rach. No me merezco un tipo así —le confirmé con una nota de melancolía en la voz—. Debí darme cuenta de la clase de persona que era cuando no mostró ni un mínimo sentimiento ante la muerte de mi padre.

—Nena, no gastes ni un segundo más en pensar en Mat —me aconsejó—. Hombres hay a patadas, y estoy segura de que el idóneo aparecerá en tu puerta el día menos pensado. Por ejemplo, ese tal Ryan —añadió como de pasada—. ¿Por qué no me hablaste de lo bueno que está?

Solté una carcajada.

—Es bastante atractivo, sí. —Continué removiendo mi café con la mirada perdida—. Pero no creo que vuelva a verlo más. Se marchó esta mañana.

—No fastidies —protestó—. Bueno, pero tendrás su número de teléfono al menos, ¿no? Llámalo.

—¿Para qué? ¿Qué quieres que le diga? —Pensé en el colgante, era la excusa perfecta para llamarlo.

—Algo así como «oye, guapo, ¿te apetece volver a Nueva York conmigo para...?»

—Vale, vale —la corté riendo—. Ya me hago una idea.

—Iba a decir «para cenar una noche», malpensada —soltó con expresión de total inocencia.

—Lo haré. Lo llamaré. —Vi la cara de asombro que puso Rachel y le aclaré—: Pero no es por lo que piensas, es solo que tengo que contarle que he encontrado al fin el colgante egipcio que estaba buscando y que mi padre había guardado.

—Pfff —se quejó—. Trabajo y más trabajo. Eres un caso, Mel. Además, ¿qué tiene esa cosa de especial para que llevéis varios días buscando sin parar?

Me quedé pensativa.

—No creo que tenga nada fuera de lo común, es solo que lo necesitan para estudiarlo porque tiene algo que ver con la tumba que acaban de descubrir. —Hice una pausa para tomar un sorbo de café—. Ven a casa y te lo enseño, ¿quieres? Así me ayudas a ordenar el despacho de mi padre, que me lo he dejado patas arriba.

—Está bien, te echaré una mano. Total, no tengo nada urgente que hacer hasta esta noche — aceptó, encogiéndose de hombros.

—Pues entonces, vámonos —le dije apurando el último sorbo de la taza.

Unas horas más tarde aún no habíamos terminado de arreglar todo el desbarajuste que formé días atrás para encontrar la dichosa joya.

—¿Pero cuántas cosas guardaba tu padre aquí? —Rachel puso la enorme caja en los estantes y se sacudió las manos llenas de polvo en los pantalones—. Creo que con esto ya está todo.

Miré a mi alrededor para cerciorarme de que todo estuviese en su sitio, pero recordé que en la habitación de mis padres quedaba algo por medio.

—Todavía falta algo. —Me encaminé hacia el pasillo—. Ven, quiero revisar unos documentos que me olvidé mirar esta mañana con las prisas.

Sobre la cama reposaba la caja de madera abierta y un montón de papeles esparcidos encima del edredón.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Rachel con curiosidad—. ¿Eso es un papiro egipcio de verdad?

—Creo que sí. —No le di importancia, estaba acostumbrada a ver ese tipo de objetos desde pequeña—. Ábrelo si quieres, la verdad es que impresiona cuando ves uno por primera vez.

—Nena, esto es una maravilla de la historia —susurró emocionada, mientras sostenía con reverencia el papiro en sus manos.

Lo desenrolló con cuidado y sonreí ante la mirada de asombro que puso al contemplar aquella antigüedad. Su expresión pasó de la sorpresa al ¿terror? en cuestión de segundos.

—Mel, creo que deberías ver esto —murmuró con seriedad.

—¿Qué pasa? —Le quité el papiro de las manos y lo abrí bajo la luz de la lámpara para examinarlo.

Era un dibujo, parecía un documento funerario, pues aparecía la imagen de una mujer tumbada con una máscara mortuoria sobre la cara. Sus brazos estaban extendidos en una posición extraña, mostrando las muñecas. Acerqué el rostro para ver con claridad el objeto que tenía sobre la muñeca derecha. El papiro se cayó al suelo cuando me di cuenta de lo que era. Un *ankh*.

—¿Cómo es posible? —me preguntó Rachel con el rostro desencajado—. Debe ser una horrible coincidencia. Tu padre siempre decía que esto te lo habías hecho tú cuando eras una niña.

Me pasé la mano por la frente, buscando una explicación lógica.

—Es posible que viese este dibujo durante mi infancia y por eso lo hice. —Mi mente trabajaba a gran velocidad, tratando de encontrar una respuesta coherente—. Sí, es lo más probable.

Rachel recogió el papiro del suelo, mientras comencé a abrir algunos de los papeles que descansaban sobre la cama. Uno de ellos llamó mi atención. Era una anotación de mi padre, pues su letra resaltaba con claridad. Tres nombres en tres columnas: Neith, Ryan y Melanie. Justo debajo de los tres nombres había un dibujo, otra vez el símbolo egipcio de la vida, el *ankh*.

Mi corazón comenzó a latir a toda prisa.

—¿Qué ocurre, Mel? —La voz de Rachel se notaba cada vez más nerviosa—. Me estás asustando.

Sin contestarle, abrí otra de las notas. Esta vez no estaba escrita por mi padre. La leí en voz alta.

«Querido Henry, estabas en lo cierto. He encontrado un documento del año 187 a. C. donde se habla de un antiguo ritual de reencarnación invocando a la diosa Isis. Aparece la descripción del ankh marcado en el brazo, tal y como dijiste.

Lláname cuando regreses a Nueva York para quedar y contarte todos los detalles.

Me dejé caer sobre la cama para no desplomarme en el suelo por la impresión. El aire apenas entraba en mis pulmones, me costaba respirar. Miré mi muñeca y acaricié la cicatriz que destacaba sobre mi piel.

¿Por qué estaban los nombres de Ryan, Neith y el mío juntos? No podía tratarse de una simple coincidencia. Cada vez tenía más sospechas de que mi padre estaba investigando algo más que una tumba egipcia. ¿A qué demonios se refería la nota que hablaba de un ritual de reencarnación? Necesitaba respuestas y en Nueva York no las encontraría, de eso estaba segura.

El rostro de Rachel se había quedado sin color, aunque intentaba disimular su turbación mostrando una sonrisa forzada.

—No pienses cosas raras, Melanie. —Me dio unas palmaditas en la espalda para restarle importancia al asunto—. Siempre hay una explicación lógica para todo, acuérdate cuando de pequeñas creíamos que había un fantasma en tu habitación y al final descubrimos que no era más que una pintura especial que había puesto tu madre y que brillaba en la oscuridad.

Continué en silencio, sumida en mis pensamientos, con los latidos desbocados por la decisión que iba a tomar y que no tenía vuelta atrás. Era una locura, sí, pero no permanecería de brazos cruzados, quería resolver aquella incógnita que me carcomía por dentro.

—Rachel —la llamé, y cuando fijó sus ojos interrogantes en los míos, le solté—: No intentes disuadirme, ¿de acuerdo? Me voy a Egipto.

Capítulo 7

Ryan

Taposiris Magna, Egipto

—Ilumíname aquí, Jack.

Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de lo cerca que me encontraba de los restos de Neith. Tenía la sensación de haber estado en ese mismo lugar el día anterior, mientras el sacerdote *sem* realizaba el ritual de reencarnación; sin embargo habían transcurrido más de dos mil años.

—¿Es la antecámara? —susurró Jack, como si no quisiese perturbar el descanso de los muertos con su voz.

—Sí. ¿Ves aquella pared con dos tipos de piedra diferentes? —disimulé, dándole una explicación lógica de por qué sabía dónde estaba exactamente el sarcófago—. Justo detrás está la cámara funeraria. Supongo que la sellaron para protegerla.

Jack resopló, sin dejar de apuntar con la linterna hacia el interior.

—Eso quiere decir que todavía tenemos que derribar esa pared para llegar hasta ella —protestó—. Pensaba que hoy sería el gran día.

—Ten paciencia —le dije palmeándole la espalda—. Ya falta poco.

Demasiado poco, pensé para mí. Ni siquiera había tenido tiempo de planear cómo demonios iba a proteger la tumba después de abrirla. Era consciente del peligro que corría, pues los ladrones de antigüedades ya comenzaban a merodear por los alrededores, sabiendo que pronto tendrían un nuevo objetivo. Pero eso no ocurriría, no iba a permitirlo bajo ningún concepto.

Era culpa mía. Por más que intenté despistar al equipo no logré mantener la cámara a salvo. Aprovecharon mi ausencia para excavar justo en el lugar que dije que no lo hicieran. Desoyeron mis palabras, alegando que el profesor Donovan siempre intuyó que se encontraba ahí.

Ya solo me quedaba la opción de buscar la mejor manera de esconder el sarcófago y sellar la tumba, simulando un derrumbe o un robo. Aún tenía algo de tiempo para planearlo con calma, pero de momento mi principal preocupación era llegar hasta ella, para que el equipo no sospechara.

—Henry estaría orgulloso —murmuró Jack con pesar—. Me hubiese gustado que estuviera aquí.

—Esta tumba fue su obsesión desde el principio —corroboré—. A pesar de no tener tanta importancia como la del sumo sacerdote.

Nunca entendí la insistencia del profesor Donovan por encontrar el sarcófago de Neith, puesto que ella no fue una personalidad tan relevante como el sumo sacerdote, quien era además familiar de Cleopatra, y cuya cámara estaba repleta de joyas y riquezas. Por eso centré todos mis esfuerzos en localizarlo, para que Henry se llevase el mérito de hallarlo. Un descubrimiento que lo hubiese encumbrado hasta situarse entre los más importantes de la década.

Pero nada de eso convenció a Henry para que dejase de buscar el sarcófago de Neith. A lo mejor apunté demasiado bajo y en realidad debí llevarlo hasta donde intuía que estaba la tumba de Cleopatra; solo así se hubiese olvidado de Neith. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Cómo van los trabajos de limpieza de la otra excavación? —Desde mi llegada no había podido ponerme al día con los avances del hallazgo de la tumba del sumo sacerdote—. ¿Habéis

avanzado algo?

—Sí, estamos a punto de llegar a la parte inferior de las escaleras.

Asentí, pensando que era una buena noticia, ya que ayudaría a que se olvidase pronto el percance que debía provocar en la cámara de Neith.

—¿Ryan? —Claire asomó la cabeza, mirando hacia un lado y otro hasta ubicarme—. Siento molestarte, pero tu teléfono no ha parado de sonar en toda la mañana. Creí que debía decírtelo por si se trata de algo urgente.

Me sacudí las manos y avancé hasta la salida, donde esperaba Claire.

—Gracias, Claire.

Tomé el aparato que me ofrecía y confirmé que tenía siete llamadas perdidas. Mi corazón se saltó un latido cuando vi que eran de Melanie. Con rapidez, me dirigí hacia una tienda de lona para resguardarme del sol y me dispuse a devolver las llamadas. No habían sonado ni dos tonos cuando escuché la preciosa voz de Mel.

—¿Ryan? —dudó. Su voz parecía asustada.

Me había marchado de Nueva York con una tremenda frustración por no ver a Melanie antes de mi partida. Esperé durante horas su llamada, pero nunca llegó. Al principio pensé insistir, pero lo descarté porque supuse que debía estar con su novio, el tal Matthew. Finalmente decidí dejar las cosas como estaban y regresar a Egipto con la idea de volver a Nueva York a recuperarla, una vez que resolviera el problema de la tumba.

—Discúlpame, Mel —me excusé—. Hasta ahora mismo no he sabido que intentabas contactar conmigo. ¿Ocurre algo?

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—Esto... yo... he encontrado el colgante —declaró.

—Es fantástico. —Sentí un gran alivio ante la noticia, al menos algo salía bien—. En cuanto tenga oportunidad iré a Nueva York para que puedas entregármelo.

—No será necesario —dijo misteriosa—. ¿Estás muy ocupado en este momento? —Estaba inquieta, lo noté en su tono.

Qué pregunta más extraña. ¿Para qué quería saber si estaba ocupado?

—Estoy en Taposiris Magna, en la excavación —le aclaré—. ¿Qué necesitas?

Escuché un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Necesito que alguien venga a recogerme. —Hizo una pausa y añadió con firmeza—: Estoy en el aeropuerto de Alejandría.

El ruido del terminal chocando contra el suelo me indicó que se me había escurrido de las manos, por el impacto que esas palabras me habían causado.

¿Era una broma?

Me agaché con rapidez, comprobando que el teléfono estaba intacto y que no se había cortado la comunicación.

—Disculpa, creo que te he entendido mal —forcé una carcajada—. Me ha parecido que decías que estás en Egipto.

—Eso es justo lo que te he dicho. —Noté su enfado—. Llevo más de cuatro horas intentando contactar contigo sin éxito, y estoy empezando a asustarme porque ya se me han acercado dos hombres hablándome en un idioma que no entiendo y tirando de mi brazo para que me vaya con ellos.

Sentí que una oleada de furia me invadía.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —le ordené ofuscado—. Bueno, sí. Dirígete al mostrador central y espérame. Llegaré en una hora.

—De acuerdo... gracias —expresó más calmada.

Colgué con brusquedad, sin despedirme. ¿Estaba mal de la cabeza? ¿Cómo se le ocurría viajar a Egipto sola?

—Tengo que irme —le dije a Jack, que me miraba con el ceño fruncido—. Melanie Donovan está aquí.

—¿La hija mayor del profesor? —preguntó incrédulo.

—La misma —le confirmé con enfado.

—¿Y qué hace en Alejandría?

—Eso me gustaría saber a mí —espeté.

Agarré las llaves del todoterreno y me dirigí al coche con pasos rápidos, ante las miradas sorprendidas del resto del equipo.

Durante todo el trayecto maldije a cuanto vehículo se interponía en mi camino, mirando el reloj a cada instante, recordando que estaba sola en una ciudad que no conocía, en la otra punta del planeta. Aunque Alejandría era una ciudad moderna, esto no era Nueva York, aquí las cosas eran muy distintas; un lugar de tradiciones arraigadas que podría resultar inseguro para una mujer sola, debido a la inestabilidad del país de los últimos años.

Tal y como le dije a Mel, llegué una hora más tarde. Aparqué el coche y entré en el edificio que, como era habitual, estaba atestado de gente. Mis ojos tardaron en habituarse a la luz del aeropuerto, pues fuera el sol del mediodía deslumbraba a la par que aumentaba la temperatura de forma alarmante.

Con paso seguro me encaminé hasta la sala central, oteando a la muchedumbre en busca de Mel, hasta que una larga melena castaña llamó mi atención. Allí estaba, igual de preciosa que días antes, cuando la vi por última vez en Nueva York. Parte de mi enfado se esfumó al saberla sana y salva.

Sonreí al contemplar su atuendo. Vestía una camiseta negra un poco entallada, que estilizaba su figura; unos pantalones color caqui, bastante sueltos y con un montón de bolsillos. Completaba el conjunto una mochila que portaba en el hombro derecho, y unas botas de explorador, que debían estar cociéndole los pequeños pies, debido al extremo calor. Se notaba que estaba acostumbrada a parar en los campamentos de arqueología de su padre, y eso me agradó.

Me deslicé entre el gentío con dificultad, tratando de acercarme a ella. Cuando nos separaban unos pocos pasos me vio, pero su rostro en vez de alegrarse, se tornó lúgubre.

—Ya era hora —profirió enfurruñada.

La miré con desconcierto, pues lo que menos me esperaba era un saludo con tan malas formas.

—Vaya, ¿esta es tu manera de darme las gracias por venir a recogerte?

No salía de mi asombro.

—¿Qué esperabas tras quince horas de vuelo y cinco de espera en este aeropuerto?

—Pues la verdad es que algo así como «hola, me alegro de verte» y un poco de agradecimiento por haberme molestado en venir, no estaría mal. —El reproche salió solo de mis labios—. En Nueva York no me pareciste una estirada sin modales.

—¿Y ahora sí lo piensas? —Melanie soltó un largo suspiro suavizando su semblante, se mostraba arrepentida—. Lo siento, sé que no me he comportado como debía, pero estoy de malhumor porque nada ha ido como esperaba durante este viaje.

—Si me hubieras avisado que planeabas venir...

Estaba irritado por su temeraria aventura. Había recorrido medio mundo, viajando sola a un país que no atravesaba su mejor época, ¿para qué?

—Lo intenté —me explicó—. Te llamé justo antes de que saliera tu vuelo en Nueva York, y

después, antes de que el mío despegase. Pero no he logrado contactar contigo en estos tres días.

Resoplé, reconociendo para mí mismo que se me había olvidado por completo revisar mi teléfono desde mi vuelta a Egipto.

—Tienes razón —concedí—. Ahora me toca a mí disculparme, pues llevo varios días sin comprobar si tenía alguna llamada. Salgamos de aquí. Ven.

Alcé su maleta y me dirigí hacia la salida, asegurándome de que me siguiera hasta el aparcamiento. Cuando por fin nos montamos en el coche se hizo un ansiado silencio, que agradecí para poder hablar con tranquilidad.

—¿Y bien? ¿Qué clase de locura te ha poseído para obligarte a viajar sola hasta aquí? ¿Sabes que estás como una regadera? —le regañé sin lograr contenerme.

—Yo... —Mel se quedó sin palabras—. Tan solo quería ayudar. Vine para traerte el colgante.

La observé de reojo, mientras se ajustaba el cinturón de seguridad. Estaba preciosa con ese rubor en sus mejillas. Me quemaban los labios por las ganas de acercarme a posarlos sobre su boca.

—Venga ya, Mel. —Mi escepticismo iba en aumento—. No me creo que hayas cruzado medio mapa solo para traerme un colgante.

Agachó la cabeza y se quedó pensativa. Supuse que meditaba si contarme la verdad.

—En realidad... hay algo más —confesó—. Pero sé que si te lo cuento confirmarás que estoy chiflada.

La curiosidad me invadió. ¿Y si había comenzado a recordar? Anum dijo que portar objetos de su antigua vida le ayudaría a recordar su pasado.

—Ya lo creo por haber venido sola hasta Egipto —me mofé—. Pero ahora hablemos en serio, puedes decirme lo que quieras —le aseguré—. Jamás pensaré que estás loca, por muy increíble que sea lo que me cuentes. Confía en mí.

Melanie se pasó la mano por la frente para retirar varias gotas de sudor. El calor de Alejandría todavía era insoportable en aquella época del año.

—Creo que antes de morir, mi padre estaba investigando algo más importante que una tumba —soltó de carrerilla.

Mi corazón se paró.

—¿A qué te refieres?

Sacó unas notas de la mochila, junto a un papiro enrollado.

—Examina esto, por favor —me pidió.

Abrí el papiro y mi rostro se quedó sin color al percatarme de que se trataba de un dibujo funerario de Neith, realizado justo después del ritual de reencarnación, con el símbolo de la vida grabado en su brazo derecho. Mi mente se puso en funcionamiento a toda velocidad, pero mi presentimiento se confirmó cuando leí una de las notas, en la que el profesor había apuntado los nombres de Neith, Melanie y el mío, junto a un *ankh*.

¿Cómo era posible? Henry Donovan sospechaba antes de morir que su hija guardaba un milenario secreto, o mejor dicho, que ella misma era ese milenario secreto. La noticia me cayó como un jarro de agua fría, pues nunca imaginé que Henry pudiera manejar esa información.

El problema era que si se lo revelaba todo a Melanie, ella jamás recuperaría sus recuerdos, al menos esa había sido la única advertencia que me diera el sacerdote *sem*.

Bufé con resignación.

—Te llevaré al campamento —dije mientras ponía el motor en marcha—. Allí podremos revisar esto con calma.

Capítulo 8

Melanie

Ryan tenía razón, debía de estar loca por haber viajado hasta Egipto solo movida por un presentimiento sin fundamentos sólidos, pero mi corazón no opinaba igual cada vez que miraba de reojo a Ry desde el asiento de copiloto del coche.

Con aquellas pintas, totalmente desaliñado y con polvo hasta las cejas, estaba aún más guapo que la última vez que lo había visto en Nueva York. Y eso que su atuendo no era nada atractivo, con los vaqueros rotos y sucios, una camiseta que en otro tiempo debía ser blanca y en ese momento lucía llena de manchas; y cómo no, una gorra cuya visera llevaba hacia atrás, como si fuera un cantante de rap de los 90s.

Nunca había sentido una atracción física tan extrema con ningún hombre, de hecho me jactaba de ello cuando hablaba con Rachel; pero con Ryan parecía una quinceañera enamoradiza, pues los latidos se me aceleraban y un extraño cosquilleo nacía en mi vientre cada vez que lo veía.

—¿Estás mejor? —me preguntó—. Alejandría tiene un clima demasiado caluroso y no es fácil acostumbrarse a él.

—Ya veo. —Observé la preciosa ciudad desde la ventanilla—. Menos mal que dentro del coche hay aire acondicionado.

—En el campamento tampoco pasarás calor —me aseguró—. Tu padre no escatimó en gastos para que pudiésemos tener todo tipo de comodidades.

Lo miré agrandando los ojos.

—¿Hay aire acondicionado en el campamento? Pero eso es imposible, si está al aire libre.

Ryan soltó una carcajada.

—Imagino que estás habituada a campamentos más básicos, pero ahora es diferente. Estos refugios han cambiado bastante desde que eras una niña. —Me guiñó un ojo y sentí un pellizco en el estómago.

Me iba a costar acostumbrarme a estar cerca de él sin sentirme como una tonta.

—Estoy deseando verlo, no me imagino cómo puede ser.

—Te gustará. —Giró otra vez la cabeza para mirarme y sonrió con sinceridad—. Ya falta menos para llegar. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—En un principio dos semanas, tres a lo sumo. —Contemplé el cambio en el paisaje al dejar atrás la ciudad—. Si te soy sincera, no tengo ningún motivo para regresar de inmediato a Nueva York. Mi hermana no volverá hasta octubre, y no estará sola, porque mi tía me ha asegurado que se quedará con ella.

Cuando alcé la vista, Ryan me observaba con el ceño fruncido, pero se quedó en silencio durante largo rato. Finalmente habló.

—Aquí puedes quedarte todo el tiempo que quieras, estoy seguro de que todos estarán encantados con tu presencia... Y yo también.

No me atreví a comprobar si me estaba mirando, continué admirando la extensa llanura de tierra que se asemejaba a un desierto.

—Gracias —susurré.

Permanecimos en silencio durante un buen rato, hasta que a lo lejos comencé a divisar un gran

muro medio derruido, que a medida que avanzábamos se iba haciendo más grande.

—Son las ruinas de Taposiris Magna —me aclaró Ryan.

—Es enorme —repliqué, admirando la vasta construcción.

—Justo detrás de ese muro está el equipo instalado.

Efectivamente, a los pocos minutos llegamos a lo que parecía un pequeño aparcamiento improvisado con varios coches estacionados.

Ryan puso el freno de mano y recordé la nota de mi padre. Intenté ver si en su muñeca derecha tenía tatuado el símbolo de la vida, pero no conseguí averiguarlo porque la llevaba repleta de pulseras de cuero que tapaban por completo su piel en esa zona.

Salí del vehículo y seguí las indicaciones de Ryan, quien me señaló el camino con la mano, mientras él sacaba mi equipaje del interior del maletero.

La sorpresa me invadió cuando descubrí el campamento que había montado el equipo de mi padre. Desde luego, no tenía nada que ver con los que yo frecuentaba de niña.

Tres modernas caravanas de grandes dimensiones destacaban en el centro, y alrededor de ellas distinguí cuatro espaciosas tiendas de lona.

Una mujer joven se acercó a mí con una sonrisa en su rostro, tendiéndome la mano.

—Tú debes ser Melanie. —Estreché su mano, abrumada—. Yo soy Claire. Me alegra conocerte al fin, tu padre hablaba mucho sobre ti. Siento mucho tu pérdida. —Su mirada se entristeció.

—Gracias... Claire. Un gusto saludarte. —Le sonreí con timidez.

—Ven, te presentaré al resto —me dijo.

Era extraño, pero empezaba a sentirme como en casa, sobre todo cuando Claire me llevó ante Jack, Salih y Elizabeth, pues recordé lo que Ryan me contó de ellos y fue como si ya los conociera. Realmente eran tal y como Ry los había descrito.

Jack era un grandullón atractivo, cuyos ojos desprendían bondad a raudales. Claire era como una versión empollona de Audrey Hepburn, poseía una espectacular belleza clásica y elegante, que parecía intentar esconder tras unas enormes gafas. Salih era un chico con rasgos egipcios, con la mirada despierta e inteligente. Y Elizabeth... me examinaba con cara de pocos amigos, pero al rememorar las palabras de Ryan sobre ella no pude evitar reírme.

Un fuerte silbido captó la atención de todos. Era Ry.

—¿Siempre os llama como si fueseis sus mascotas? —pregunté con estupor.

Claire rio.

—Te acostumbrarás, todos solemos hacer lo mismo cuando estamos lejos —me tranquilizó, y acto seguido señaló a Ryan—. Aunque parezca huraño, Ry es un buen tipo.

No me dio tiempo a replicar, ya que Ryan comenzó a hablar, dirigiéndose al grupo que se congregó a su alrededor.

—Veo que ya habéis conocido a Melanie. —Me miró y continuó con su discurso—. Ya sabéis que Mel es la hija del profesor Donovan. Ella se quedará un par de semanas con nosotros y quiero que se sienta lo más cómoda posible aquí, ¿de acuerdo?

Todos asintieron.

—Bien, pues ahora sigamos trabajando. —Dio un par de fuertes palmadas—. En breve Musa nos avisará para comer. Se giró hacia mí y añadió—: Mel, ven, te enseñaré tu alojamiento.

Seguí sus pasos, mientras el resto del equipo se disgregó para continuar con sus quehaceres.

—Como puedes ver, esto es un campamento de arqueología a la antigua usanza —me contó—. En la actualidad se suele parar en algún apartamento del pueblo más cercano y solo se va a la excavación durante las jornadas laborales. Pero nosotros preferimos acampar junto a la excavación y

no movernos del sitio hasta que finalice la misma. Así también evitamos muchos robos.

—Bueno, tanto como a la antigua usanza... —Reí—. Cuando yo era niña se montaban algunas tiendas de lona y punto. —Apunté con el dedo a las tres caravanas—. Esto era impensable.

—Los tiempos cambian. —Ryan me devolvió la sonrisa justo antes de abrir la puerta de una de las caravanas, para dejarme paso—. Esta era la de tu padre, y ahora te alojarás tú en ella. Espero que sea de tu agrado.

No esperaba encontrarme una mini casa con ruedas. No faltaba ni un solo detalle en el interior: una pequeña cocina totalmente equipada, un cuarto de baño con ducha incluida, un diminuto comedor y una amplia cama de matrimonio al fondo.

—Vaya. —Mi asombro quedó patente.

—No está mal, ¿verdad? —Pero la mirada de Ryan no se dirigía al mobiliario de aquel acogedor espacio, estaba fija en mí.

—Nada mal. —Un rubor subió hasta mis mejillas.

Inmediatamente, Ry rompió el contacto visual y se recompuso.

—Instálate, ponte cómoda y ven a buscarme cuando estés lista, así podré enseñarte el resto del asentamiento.

—De acuerdo —acepté—. Esto... Gracias por todo, Ry.

Se volvió antes de marcharse e hizo una especie de reverencia, que me arrancó una carcajada.

—Es un placer, pequeña.

Qué bien sonó esa palabra cuando salió de sus labios.

Suspiré, mirando a mi alrededor con curiosidad, inspeccionando cada rincón. Aún quedaban algunas de las pertenencias de mi padre dentro de los armarios, lo que me provocó una punzada de tristeza. Saqué uno de sus chalecos y lo acuné con mimo; todavía guardaba su aroma. Reposé durante algunos minutos, sentada en el reducido comedor con el chaleco en mis manos.

Deshice mi equipaje y me di una rápida ducha para refrescarme tras el largo viaje. A pesar del cansancio provocado por las quince horas de vuelo, mi mente no dejaba de dar vueltas al asunto que me había llevado hasta Egipto. Mi padre ocultaba algo y no pararía hasta dar con la respuesta.

—¿Qué estabas investigando, papá? —susurré en voz baja.

Pero en ese instante recordé que no había avisado a Rachel de mi llegada, se había quedado preocupadísima por mi repentina decisión, y no entendía que quisiera irme sola a un país cuya situación no era la más segura. Aún me pitaban los oídos por el rapapolvo que me había soltado un par de días antes, cuando le comuniqué mi intención de viajar a Egipto. Así que, sin más dilación, le mandé un mensaje avisándola de mi llegada para tranquilizarla.

Un rato más tarde fui en busca de Ryan, que estaba resguardado del sol en una de las tiendas de lona, revisando una especie de plano.

—Qué rapidez —expresó—. Musa acaba de avisarme de que ya está lista la comida. ¿Te apetece acompañarme?

—La verdad es que tengo bastante hambre. —Asentí.

—Ven. —Me indicó, levantándose para dirigirse a otra de las tiendas de lona—. Hoy comeremos solos. Los chicos almorzarán rápido en las ruinas porque estamos a punto de despejar las escaleras de acceso a una de las tumbas.

—¿En serio? —No pude evitar mostrar mi entusiasmo—. ¿Puedo acercarme esta tarde a las ruinas y al templo para echar un vistazo? —le pregunté captando su atención.

Me sonrió, contemplándome de arriba abajo sin tapujos, pero con aprobación en sus ojos.

—¿No prefieres descansar hoy? —contestó con otra pregunta—. Debes estar agotada del viaje.

—Ya tendré tiempo para dormir esta noche. Hoy prefiero dar una vuelta para despejarme, y me gustaría ver las ruinas de cerca. El templo parece extraordinario y me muero por descubrirlo.

—Has heredado de tu padre su amor por Egipto, ¿eh? —Hizo una pausa y tras pensar, añadió con decisión—: Está bien, pero déjame que te acompañe y así te puedo explicar lo que conocemos del lugar hasta ahora.

—Perfecto —concedí, encantada con la idea de disfrutar de su compañía durante algunas horas.

Capítulo 9

Ryan

Ante nuestros ojos se alzaban los restos de la antigua ciudad de Taposiris Magna. Una muralla rectangular de piedra caliza rodeaba las ruinas, en cuyo interior se llevaban a cabo varias excavaciones; una de ellas era la que nuestro equipo estaba realizando en esos momentos para abrir la tumba del poderoso sumo sacerdote.

—Este templo estaba dedicado al dios Osiris —le expliqué mientras contemplaba embelesado el rostro de Mel, quien parecía absorber cada detalle de cuánto veía a su alrededor.

—Es realmente maravilloso —susurró Melanie, acariciando uno de los muros que estaban parcialmente derruidos—. Debió ser espectacular en su época.

—Yo también lo creo.

Parecía un sueño tenerla frente a mí, allí, en Egipto. Un bello sueño del que no quería despertar. Me costaba contener las ganas que se apoderaban de mi voluntad por acariciar su suave mejilla; me conformaba tan solo con un leve roce de su piel. Pero no debía, aún no.

—Echaba de menos esto —me confesó, esta vez fijando su vista en mis ojos—. Aquí me siento más cerca de mi padre. Además, es cierto que siempre he tenido una especial admiración por todo lo relacionado con esta cultura. Seguramente por eso siento que estoy en casa.

—El misterioso Egipto. —Sonreí—. Viéndote ahí de pie sobre la muralla, pareces una preciosa princesa de la antigüedad.

—¿Me tomas el pelo? —Se rio, rompiendo la magia—. Me acabas de llamar vejestorio.

Solté una carcajada, aunque mi intención era alabar su hermosura, no llamarla vieja.

—Al contrario, me refería a que eres tan bonita como una princesa egipcia —susurré sin apartar la mirada.

Al instante Mel se ruborizó y su expresión se tornó más seria.

—Vaya... Gracias. Me siento abrumada. —En verdad parecía avergonzada—. Nunca me habían dicho algo así.

Me sorprendí.

—¿Acaso tu novio no te dice lo bonita que eres? —Me indigné—. Si yo tuviese una mujer como tú a mi lado, no podría mantener la boca cerrada ni las manos quietas, ni un solo instante.

Me arrepentí de soltarle aquello en cuanto noté cómo el rubor de sus mejillas aumentaba de tono, hasta hacer que se abanicase con la mano para calmarlo.

—Yo... no sé qué decir. —Se giró para que no viese su rostro—. ¿Aquí también se encuentra la tumba de Neith? —preguntó, cambiando de tema bruscamente, sin dejar de abanicarse.

Decidí seguirle la corriente, pero me divertí apreciar que se acaloraba cuando le hablaba de lo mucho que me atraía.

—No. La tumba de Neith está más alejada. —Le señalé hacia horizonte, acercándome a su cuerpo—. Allí, fuera de estas murallas.

—¿Y no puedo visitarla? —Se separó un poco, con disimulo.

Mi mente trabajó a toda prisa para inventar alguna excusa que sonase real. No iba a permitir que Mel se encontrara con los restos de Neith, de ninguna de las maneras.

—Por ahora no es segura —improvisé—. Hemos entrado en la primera sala, pero aún no sabemos

en qué condiciones se encuentra la cámara funeraria.

Mel se quedó en silencio durante largos minutos, con la mirada perdida en dirección a la tumba de Neith.

—No quiero parecer pesada, pero estoy segura de que mi padre tenía tanto interés en ella por algún motivo. —Hizo una pausa—. Algo que aún no consigo entender, pero creo que si pudiese verla con mis propios ojos...

No dejaría el tema, la conocía demasiado bien.

—No te preocupes —la tranquilicé—. Sea lo que sea, te ayudaré a descubrirlo. Mañana me encontraré bastante ocupado porque estamos en un punto clave en la tumba del sumo sacerdote, pero durante los próximos días revisaremos juntos los documentos que has traído.

—De acuerdo —se conformó, aunque continuaba sumida en sus pensamientos.

Rodeamos el perímetro en silencio, dando un lento paseo, pero de vez en cuando notaba que me observaba de reojo, con curiosidad.

—Mi padre solía contarnos cosas sobre ti, aunque nunca nos habló sobre tu procedencia, ni tu pasado. Eres americano también, ¿verdad?

—Nací en Boston —le afirmé—. Pero nunca llegué a conocer a mis padres. —Mel levantó las cejas ante mi relato—. Crecí en un orfanato hasta mi adolescencia, entonces estuve varios años pasando de una casa de acogida a otra, así hasta que un matrimonio de cierta edad se encariñó conmigo y decidió adoptarme.

—Vaya, no tenía ni idea.

—No te preocupes, tampoco he echado de menos tener una familia durante mi niñez —le aseguré para que no me dirigiera esa mirada de lástima que tanto odiaba.

—¿Y ese matrimonio aún vive?

—Mi madre —recalqué—, falleció hace unos años. Yo aún estaba en la Universidad. Aunque primero murió mi padre, a los pocos meses de adoptarme, así que apenas lo conocí. Sin embargo, el tiempo que pasé junto a ella me hizo sentir el cariño de una madre de verdad.

—Bueno, es que yo pienso que la sangre no te hace necesariamente ser una buena madre.

Estaba adorable cuando tocaba temas tan profundos.

—Cierto. —Le sonreí, apartando un mechón de su pelo que le caía sobre los ojos.

Se detuvo, sorprendida por mi gesto y me miró con intensidad.

—¿Y ahora estás solo?

Suspiré.

—Se puede decir que sí, aunque durante cinco años Henry se ocupó de mí como si fuera mi padre —le revelé.

Melanie sonrió sin moverse del sitio. Pareció relajarse un poco ante mi cercanía.

—Me alegra que mi padre cuidara de ti —murmuró en voz baja.

El sol comenzaba a ponerse, reflejando tenues rayos anaranjados en su pelo castaño.

—¿Sabes? —le dije—. A mí también me contaba leyendas y grandes hazañas de antiguos héroes. Me encantaba escucharlo. Sobre todo al atardecer, cuando terminábamos la jornada de trabajo y de camino hacia el campamento se acordaba de alguna anécdota del pasado.

Mel sonrió con melancolía.

—Igual que a mí... —afirmó—. Me parece raro estar en una excavación sin él.

Acaricié su mejilla, sin lograr contener el impulso, pero no se retiró. Me apoyé sobre un bajo muro y le hice un hueco para que se sentara a mi lado.

—Yo no soy tan bueno como él, pero si te apetece puedo contarte una leyenda que te gustará —le

solté sin meditar sobre las consecuencias.

—¿Ah, sí?

Me quedé callado durante unos minutos. Si le narraba nuestra historia de amor del pasado, pero sin confesarle que se trataba de nosotros... Eso no iría en contra de la única advertencia que me diera el sacerdote *sem*, ni perjudicaría a su memoria; incluso con un poco de suerte le ayudaría a recordar.

—Érase una vez...

Melanie rio con fuerza.

—¿Me vas a contar un cuento? —inquirió, divertida.

—No he dicho «había una vez una princesa» —me burlé—. Está bien, está bien. Hace mucho, mucho tiempo, vivió una bella y joven egipcia, cuyo padre era un influyente noble de la época.

—Vaya, suena interesante —manifestó, inclinando su cabeza hacia un lado para observarme mejor.

—Era una de las confidentes de Cleopatra —continué—. Una de sus amigas más cercanas; algo raro, pues la reina solía llevarse mejor con los hombres, ya que despertaba grandes envidias entre las mujeres.

—No me extraña. Estoy segura de que Cleopatra fue una mujer espectacular —expresó fascinada.

—Yo creo que la protagonista de esta historia lo era más —le aseguré—. La joven a la que me refiero tenía decenas de poderosos pretendientes que ofrecían a su padre grandes riquezas para conseguir desposarse con ella. Pero ella se negaba, apreciaba demasiado la independencia que había alcanzado gracias a su estrecha relación con la reina.

—Bien hecho, yo también actuaría igual —aplaudió.

Sonreí ante su entusiasmo. Mis manos comenzaron a temblar al recordar el momento en que vi por primera vez a Neith, y tuve que sujetarme con firmeza al muro de piedra para no atraer a Mel y envolverla entre mis brazos.

—Pero la hermosa egipcia no contaba con que el amor se cruzase en su camino. —relaté con voz ronca—. Uno de los soldados que formaba parte de la guardia personal de Cleopatra, bebía los vientos por ella en secreto. La joven no sabía de su existencia, hasta que un día sus miradas se cruzaron y ya no hubo vuelta atrás. A principio solo se atrevían a buscarse con los ojos cuando se encontraban cerca, pero pronto necesitaron más.

—¿No hablaban? —me interrogó Mel, totalmente entregada al sonido de mi voz.

—No. Él no podía dirigirse a ella sin su consentimiento, pues su situación social era muy inferior a la de su amada.

—¿Y qué pasó?

Reí, complacido por su impaciencia.

—Su padre la envió a una ciudad cercana para que acompañase a su hermana durante los últimos meses de embarazo, y ella solicitó a Cleopatra que dos de sus guardias la escoltasen para protegerla durante el trayecto. Por supuesto, la reina aceptó.

—Qué lista —rio—. Y seguro que eligió al mismo soldado al que le había echado el ojo.

—En realidad fue él quien se ofreció voluntario —la corregí—. Así fue como...

A lo lejos, vi que Jack se acercaba a toda prisa, cortando de un plumazo nuestra conversación.

—¿Qué ocurre, Jack?

—Estamos dentro. Lo hemos conseguido —dijo Jack casi sin aliento—. Y parece que es incluso mejor de lo que predijiste.

Mi pecho se hinchó de orgullo. El hallazgo de la tumba del sumo sacerdote pagaba con creces el

duro trabajo que todos estaban realizando.

—Vamos a verlo —azucé a los dos para que me siguieran.

Comenzaba a anochecer, pero la escasa luz no impidió que corriésemos hacia la entrada de la cámara para abrazar y felicitar al resto del equipo por nuestro logro.

Capítulo 10

Melanie

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido? —La voz de Claire me hizo dar un respingo.

Todavía notaba la resaca del viaje, a pesar de haber descansado a pierna suelta durante toda la noche. Hacía bastantes días que no dormía tan profundamente y sin que me asaltaran las malditas pesadillas.

—Bien —le contesté, mostrándole mi mejor sonrisa—. Lo cierto es que no me abandonaba al sueño tan a gusto desde hacía tiempo.

—Me alegra oírlo —manifestó—. Imagino que han sido unas semanas difíciles para ti.

—Bastante —le confirmé en voz baja.

—Bueno, no hablemos de cosas tristes. —Palmeó la silla que estaba a su lado—. Ven a desayunar conmigo. Tenemos zumo, leche, tostadas, huevos revueltos, tortitas... Sírvete lo que te apetezca.

—Gracias —le dije mientras me sentaba y comenzaba a echar sobre mi plato un poco de cada cosa—. Hummm, está todo delicioso.

—Aquí todo sabe mejor —me afirmó Claire riendo—. El trabajo duro te empuja a apreciar la comida de otra forma.

—¿Ya se han levantado todos?

—Sí, llevan un par de horas despejando la entrada de la tumba del sumo sacerdote, para poder maniobrar con tranquilidad en la cámara funeraria —me explicó.

Miré a mi alrededor, extrañada por lo ordenado que estaba el campamento.

—¿Dónde dormís vosotros? —pregunté intrigada, mientras introducía otro trozo de tortita en mi boca.

—Elizabeth y yo estamos instaladas allí. —Señaló una de las caravanas—. Y Jack duerme con Salih en esa otra. —Me indicó la del otro extremo.

—¿Y Ryan? —la interrogué.

Claire suspiró sin dejar de sonreír.

—Ry es un poco especial, prefiere descansar solo en su propia tienda de lona. —Apuntó con el dedo índice hacia una gran tienda, alejada del resto.

—Ya veo que no quiere que le molesten.

Claire soltó una carcajada.

—No le culpo. A veces somos demasiado ruidosos, sobre todo por las noches. Ya te darás cuenta —me avisó, guiñándome un ojo.

Cuando terminamos de desayunar, Claire se quedó consultando un antiguo libro y no dudó en responder a todas mis preguntas con amabilidad.

Me sorprendió descubrir la cantidad de datos y fechas que era capaz de retener en su memoria. Sin duda, era una gran historiadora, tal y como me había dicho Ryan. A pesar de su juventud, ya que tenía más o menos la misma edad que yo, poseía un cerebro privilegiado.

Tras pasar toda la mañana juntas llegué a la conclusión de que Claire y yo llegaríamos a ser buenas amigas durante el tiempo que estuviera en Egipto. Aunque parecía un poco tímida, cuando se soltaba un poco sacaba a relucir un gran sentido del humor.

Por la tarde nos acercamos hasta la excavación para echar un vistazo, pero no conseguí cruzarme

con Ryan por más que lo intenté. Ry estuvo durante horas en el interior de la cámara funeraria y no salió ni siquiera para almorzar.

Lo cierto era que me ahogaban las ganas por verlo de nuevo, pero era lógico que se centrara en su labor; él no estaba allí de visita.

Jack se acercó hasta situarse a mi lado.

—¿Preparada para la celebración de mañana? —me preguntó.

—¿Celebración?

—Los chicos van a preparar una cena especial para festejar que hemos llegado a la cámara funeraria del sumo sacerdote —detalló—. Habrá una parrillada, música y cómo no, baile y diversión.

—Vaya, veo que os lo montáis bien. Aquí uno no se aburre —le comenté con humor.

—No todos los días se consigue un hallazgo como este.

Apoyé mi mano en el brazo de Jack para no caerme por el desnivel del terreno y él, tras notar que trastabillaba, me sujetó por la cintura.

—Gracias por no dejarme caer, y por la invitación. —Le sonreí con sinceridad—. Allí estaré la primera para cenar.

En ese instante vi que Ryan subía los últimos peldaños de la escalera que llevaba a la cámara donde estaban trabajando. Su mirada se cruzó con la mía y sus ojos brillaron por la sorpresa, pero al momento frunció el ceño con la vista fija en la mano que tenía apoyada en el brazo de Jack; acto seguido apartó la mirada y siguió su curso.

Pareció pensárselo mejor, porque de repente se frenó en seco y me habló sin siquiera mirarme.

—Voy a necesitar ayuda, ¿vienes, Mel? —dijo en voz alta, desde lo alto del muro.

Me molestó que Ryan me mostrara esa indiferencia, aun así decidí aceptar. ¿Por qué habría reaccionado así al verme?

—¿Qué quieres que haga?

—Sígueme —me ordenó, indicándome con la mano hacia adelante.

Continuamos por el camino de tierra, hasta detenernos frente a lo que parecían las ruinas de una pequeña construcción, a la que se accedía por unas escaleras que descendían. Acompañé a Ryan hasta el interior; se trataba de una especie de cobertizo donde almacenaban todo tipo de herramientas y maquinaria pequeña que usaban en los trabajos de excavación.

—¿Y bien? —pregunté.

—Sujeta esto.

Me tendió un gran rollo de cuerda y me dio la espalda.

—De acuerdo —accedí.

Ryan bufó, y siguió dándome la espalda.

—Veo que te llevas bien con Claire... y con Jack —comentó de pasada.

¿A qué venía eso?

—Eh... sí. Son tal y como me contaste en Nueva York —admití—. Claire es un amor, y Jack se está portando muy bien conmigo, incluso me ha invitado a la cena de mañana.

—¿Ah, sí?

—Sí —le confirmé—. Me lo acaba de decir.

—Ajá. —Y se dio la vuelta para mirarme—. ¿Eso es de lo que estabais hablando antes, cuando te sostenía por la cintura?

¿Estaba celoso o solo me lo parecía?

—Eh... sí.

—Tenéis bastante confianza Jack y tú, para conoceros de un solo día —añadió, y se acercó con paso lento hacia donde yo estaba.

—La verdad es que tropecé y él me ha sujetado para que no cayese, por eso estaba apoyada en su brazo —aclaré, mientras daba unos pasos hacia atrás para evitar que Ryan se aproximase más.

Su cercanía provocaba una oleada de calor en mi interior.

Di un último paso hacia atrás, con tan mala suerte que volví a tropezar, esta vez con el escalón. Pero Ryan me atrapó, evitando que me diera de bruces contra el suelo.

—¿Igual que ahora?

—Exacto —logré articular, notando que un intenso rubor me invadía las mejillas.

Pero a diferencia de Jack, Ryan sí me atraía y me aceleraba el pulso con su sola presencia, tal y como sucedía en ese instante. Más todavía, cuando aproximó su rostro al mío de forma alarmante.

—A mí me ha parecido que estabas coqueteando con él —susurró muy cerca de mi oreja—. Algo bastante feo, teniendo novio.

Tragué saliva. Ni loca le iba a confesar que ya no había ningún novio.

—Nooo. Por supuesto que no coqueteaba con él —negué categóricamente—. Además, Jack no es mi tipo.

—¿Ah, no? —continuó encerrándome entre sus brazos, sin ceder espacio—. Pues todas comentan lo atractivo que es.

«Pero tú lo eres más», pensé para mí.

—No todo se basa en un buen físico —contesté con nerviosismo—. A veces es más importante lo que la otra persona te hace sentir cuando está cerca... y sobre todo, lo que hay en su interior.

—Ya veo —susurró, y sus ojos me transmitieron un deseo voraz—. ¿Te refieres a ponerte la piel de gallina cuando te toca? ¿O quizás embriagarte con su aroma? ¿Así?

Y rozó con sus labios la curva de mi mandíbula, provocándome un estremecimiento de la cabeza a los pies.

—Más o menos —murmuré con la voz estrangulada.

De repente se apartó de mí, cambiando su expresión bruscamente.

—Bien. —Se aclaró la garganta—. Pues espero que tu novio te haga sentir eso mismo y mucho más.

Y sin más, comenzó a subir la escalera que llevaba hacia el exterior.

Miré atónita el rollo de cuerda que tenía entre mis manos. ¿Solo me había pedido ayuda para llevar eso?

Capítulo 11

Melanie

Mi mente no dejaba de revivir el encuentro con Ryan del día anterior. ¿De veras le molestaba mi buena relación con Jack?

El día transcurrió sin que sucediese nada memorable. El equipo estaba concentrado en su trabajo, y yo merodeaba sin rumbo, intentando echar una mano a quien lo necesitase.

Sin embargo, Ryan estaba de malhumor. No conocía el motivo, pero algo le había llevado a comportarse de manera hosca con todo el que se acercaba a él. Daba órdenes con firmeza y no había ni rastro de la amabilidad que me había demostrado en Nueva York.

Intenté abordarlo una de las veces que pasé por la excavación, pero cuando me vio, me miró de arriba abajo con lentitud y se dio la vuelta, por ese motivo preferí mantenerme alejada de él y evitarlo el resto del día, en la medida de lo posible.

Comenzaba a anochecer cuando un agradable olor me llevó hasta el lugar donde Musa estaba preparando la cena. Varios tipos de carne se cocinaban lentamente sobre las brasas.

—Qué bien huele, ¿qué es?

—Kebab y kufta —me contestó en mi idioma, con un pronunciado acento egipcio.

—Hummm, el kebab me encanta, pero nunca he probado el kufta.

Una amplia sonrisa asomó a sus labios mientras ponía una especie de albóndiga alargada en un plato, junto a un poco de arroz y verduras y me lo ofreció.

—Come. Está rico.

Efectivamente, estaba delicioso. Musa pareció complacido cuando vio mi gesto de deleite al probar su exquisita comida.

—¿Saboreando los platos de Musa? —La voz de Ryan, que provenía de mi espalda, me provocó una descarga eléctrica.

Me giré para saludarlo. Se había duchado y cambiado de ropa; su pelo lucía aún mojado, dándole un aspecto tan atractivo que me robó el aliento.

—Veo que tu humor ha mejorado —le solté al descuido.

—Mi humor siempre es excelente, pequeña. —Se hizo el inocente.

—Pues no lo parece. Antes ni siquiera te has acercado a saludarme cuando me has visto en la excavación. —Lo miré fijamente y añadí—: A lo mejor solo estabas molesto conmigo, aunque no entiendo por qué.

—Estaba ocupado, Mel —se excusó mirando hacia el suelo—. Pero ahora estoy disponible... si quieres —finalizó en voz baja, fijando sus ojos en los míos.

—Bien, te tomo la palabra. —Me hice la interesante—. Si no recuerdo mal, tienes que seguir contándome la historia de la joven egipcia y el soldado.

—Cierto —confirmó—. Pero mejor vamos a cenar primero. Han preparado ya la mesa para todos allí.

Me ofreció su brazo, que acepté encantada y nos dirigimos hacia el resto del equipo, que ya se estaba acomodando alrededor de la mesa. A medida que nos acercábamos escuchamos que mantenían una acalorada discusión.

—Pues yo te digo que eso es imposible —comentó Salih enfadado—. No creían en la reencarnación sino en la vida eterna, que es diferente.

Al oír la palabra reencarnación, me tensé y presté atención a lo que decían.

—¿De qué habláis? —preguntó Ryan.

—Claire dice que ha encontrado indicios que apuntan a que los antiguos egipcios creían en la reencarnación, pero yo sé que no es así —le explicó Salih.

Ryan se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Por qué crees que es imposible? —le contradijo Ryan—. Ten en cuenta que Isis está considerada la reina del Más Allá y además, por algo la llamaban La Diosa Maga. —Se detuvo para retirarme la silla e instarme a sentarme a su lado, y continuó con su exposición—: Fue capaz de recomponer los pedazos de su marido y resucitarlo. Si llevó a cabo eso, quizá también podía realizar reencarnaciones.

Mi corazón comenzó a latir a toda prisa, recordando la fotografía de la escultura que se parecía a mí, y la nota que mi padre escribió con el nombre de Neith junto al de Ryan y al mío.

Dejé de prestar atención a la conversación, que continuaba con la misma intensidad, con Salih y Claire como protagonistas.

—¿Crees en la reencarnación? —le susurré al oído a Ryan.

Se separó un poco para mirarme fijamente. Había un destello de intriga en su expresión.

—Sí —afirmó con seguridad—. ¿Y tú?

—Yo... no lo sé —dudé—. Pero es un tema que me intriga; y tengo el presentimiento de que mi padre también estaba interesado en él.

—Puede ser.

La nota de misterio de su última frase me dejó meditando durante el resto de la cena. ¿Y si Neith fue objeto de un ritual de reencarnación? Eso explicaría la nota que le habían enviado a mi padre y su obsesión por encontrar la tumba de esa noble egipcia.

Cuando me di cuenta, todos habían terminado de cenar y comenzaban a arremolinarse alrededor de Musa y varios de los operarios egipcios, quienes empezaron a tocar algo parecido a unos timbales y una flauta, emitiendo una melodía que invitaba a tocar las palmas y bailar.

Solté una carcajada al contemplar cómo Jack tiraba del brazo de Elizabeth y la obligaba a bailar. Una proeza, la seria y estirada Elizabeth agitando su cuerpo sin parar.

Miré a Claire y despertó mi curiosidad descubrir que dirigía una mirada melancólica a Jack. La observé con detenimiento, suspiró sin apartar sus ojos del grandullón.

¿Claire estaba enamorada de Jack? Menuda sorpresa.

Era un auténtico espectáculo cómico ver bailar a Jack, con ese enorme cuerpo moviéndose sin ritmo al son de los tambores. Me eché a temblar cuando el gigantón centró su atención en mí, indicándome con su mano que me uniese a ellos.

¿Por qué no?

Enlacé mi brazo en el de Claire y la conduje hasta el centro del círculo, riendo y contoneándonos al son de la música. Me sentía libre, liviana y sin complejos. Y supe que mi padre estaría feliz viéndome bailar así, en su lugar favorito del mundo.

Pero me paré en seco cuando vi que Ryan se alejaba despacio de la reunión, se marchaba de allí intentando pasar desapercibido.

En un impulso decidí seguir sus pasos a toda prisa, hasta casi llegar a la entrada de su tienda de lona.

—Ryan, ¿ya te vas? —le grité, llamando su atención.

Se giró, observándome con el rostro serio, pero no se movió. Entonces aproveché para caminar hasta situarme frente a él.

—Ha sido un día duro y no me gustan demasiado las fiestas, prefiero irme a descansar —me dijo con una expresión desconcertada en su cara.

—Ah. —No pude evitar que notara la desilusión en mi voz—. Yo... pensaba que me seguirías contando la historia del guerrero egipcio. Me lo prometiste antes de cenar.

Durante unos segundos se quedó en silencio, rascándose la barbilla y mirándome como si viera un fantasma. Finalmente habló.

—Está bien. Será un placer. Si aún te apetece puedes pasar a «mi humilde morada» —recalcó—, y conversaremos sin interrupciones.

Su invitación sonó comedida, pero sus ojos desprendían un fuego que no logró esconder.

Sonreí con sinceridad antes de responder.

—Para mí también será un placer —repetí sus palabras.

Capítulo 12

Ryan

Era curioso cómo todo podía dar un giro de forma radical en un lapso tan corto de tiempo. Durante el día había luchado por mantener mis preocupaciones escondidas en lo más profundo de mi mente, pero no logré enterrarlas, ya que cada vez que veía a Mel me asaltaban las dudas que me hacían preguntarme si alguna vez recuperaría sus recuerdos y si era egoísta por desear que así fuera.

Verla divertirse con Jack o con Claire me hacía sentir cierta culpabilidad por anhelar que recobrase esa parte de su memoria en la que yo era protagonista. La vida de Melanie no era la de Neith. Mel tenía una nueva existencia, totalmente definida y con novio incluido, donde a lo mejor no había cabida para mí. No debía olvidar en ningún momento que en Nueva York le esperaba Matthew, y que no era correcto forzarla a rescatar una vida que quizás Melanie ya no deseaba.

Pero al perseguirme esa noche y pedirme que no me fuera de su lado, las tornas habían girado. Me acababa de demostrar que no era indiferente a mi compañía y que quizás no estaba todo perdido.

—Pasa si quieres. —Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía, pero era producto de mi inesperada turbación ante el cambio de los acontecimientos.

Mel entró en la tienda, que hacía las veces de hogar para mí durante el tiempo que debía permanecer en Taposiris Magna. Se trataba de una estancia amplia pero sencilla, con un colchón grande al fondo, que reposaba sobre unas tablas de madera. Una lámpara de gas colgaba del techo, dando la luz necesaria para alumbrarme en mis ratos de estudio sentado frente al sencillo escritorio, que en ese momento estaba repleto de libros viejos y papeles por doquier. Una pequeña mesa con dos sillas completaba el escaso mobiliario, situada justo al otro extremo de la cama; en ella solía comer siempre que no me apetecía hacerlo con el resto del equipo y buscaba un poco de soledad.

—Es enorme —dijo sorprendida—. No esperaba que una tienda de tela diera para tanto. Tienes hasta tu propio escritorio.

—No es gran cosa, pero al menos he reunido todo lo que necesito aquí.

Se paseó por el alojamiento observando cada detalle con detenimiento.

—¿Por qué no duermes en la caravana? —me interrogó.

Contemplé sus preciosas facciones bajo la tenue luz y tuve que contener una vez más mis ganas de abrazarla para no soltarla más.

—Me adapté a este tipo de instalaciones y lo prefiero así —le confesé—. Intenté acostumbrarme a dormir con Jack y Salih, pero soy un poco quisquilloso como compañero de piso. Aprecio demasiado mi soledad.

—No me extraña. —Me sonrió Mel y mi corazón comenzó a latir acelerado—. Aquí se respira una tranquilidad que dan ganas de no irse.

«Pues no te vayas nunca», pensé para mí.

Se sentó sobre mi improvisada cama, al no encontrar otro sitio donde acomodarse.

—¿Puedo? —vaciló una vez instalada, pero ya se había adelantado.

—Claro. Siento no tener algún sillón o un asiento algo más confortable para ofrecerte —me excusé.

—No importa. —Se apoyó en sus codos sobre los almohadones—. Aquí estoy bien. Demasiado bien... —añadió—. Si me descuido, me quedará dormida.

Tuve que darme la vuelta para que no percibiese mi expresión. Verla sobre mi cama, con sus pantalones cortos y su ceñida camiseta de tirantes, era más de lo que podía soportar en ese instante. Cuando recuperé la compostura, volví a contemplarla.

—Suenas interesante. Así sabré cómo es tu bonita cara cuando duermes relajada.

Se ruborizó, igual que siempre que alababa algo en ella.

—Esto... ¿Por dónde te quedaste en tu relato sobre el soldado y la bella egipcia? —Cambió de tema radicalmente y me hizo sonreír.

—¿Dije que era bella? —dudé.

Puso los ojos en blanco y me lanzó un cojín.

—Dijiste que era más hermosa que Cleopatra; pero da igual, yo me la imagino guapísima y con eso basta —refunfuñó.

Si no me controlaba iba a tener verdaderos problemas para acabar la noche sin abalanzarme sobre ella para besarla.

—Está bien —concedí, sin dejar de sonreír—. Lo último que te conté fue que el joven soldado se presentó voluntario para acompañar a la bellísima —enfaticó—, egipcia.

—Ajá —afirmó Mel, mientras se inclinaba hacia un lateral para acoplarse entre las almohadas.

Me senté en el suelo, justo al lado del borde de la cama, para sentirla más cerca, dejando que mi brazo derecho descansara contra el colchón. Entonces, continué hablando.

—Durante el trayecto y las semanas posteriores que pasaron juntos, el joven soldado y la preciosa egipcia sucumbieron a la irresistible atracción que sentían el uno por el otro y comenzaron una tórrida relación.

—¿Tórrida? —dijo con sensualidad—. ¿Te refieres a tener sexo a todas horas?

Solté una carcajada. Esto me iba a costar más de lo que pensaba.

—Eso mismo —confirmé, cada vez más excitado—. Y además, debían verse a escondidas.

Melanie me escuchaba con atención, casi con embeleso.

—¿A escondidas? —preguntó.

—No les quedó otra alternativa —le aclaré—. Pertenecían a mundos diferentes; ella provenía de una de las más adineradas familias egipcias, y él era un humilde soldado que jamás tendría una mínima posibilidad de optar a solicitarla en matrimonio.

—Un amor imposible, por culpa de la diferencia de clases —susurró Mel.

—Exacto —aseveré, y continué con la narración—. Cuando la hermana de la hermosa joven dio a luz, regresaron a su ciudad y continuaron con su romance en secreto. Se habían enamorado a pesar de ser conscientes de que nunca podrían estar juntos.

—Qué historia más triste. —La voz de Mel poseía una nota de profunda melancolía.

—Bueno, piensa que no todo el mundo tiene la suerte de hallar esa clase de amor —opiné—. Y tal vez para ellos merecía la pena amarse durante un instante, antes que no encontrarse jamás.

Mel apoyó su cabeza sobre un cojín y me miró con dulzura.

—Eso que acabas de decir es precioso. —Y bostezó.

El sueño se apoderaba poco a poco de ella sin remedio.

—Todo se complicó cuando el padre de la joven se enteró de su relación y trató por todos los medios de separarlos —proseguí—. A pesar de sus intentos, no impidió que el amor de ambos se apagase, pues Cleopatra, quien descubrió que su amiga estaba enamorada de su más fiel escolta personal, decidió tomar cartas en el asunto y ayudarlos a que se casasen en secreto.

Me extrañó que Melanie no hiciese ningún comentario, así que levanté la vista y sonreí al percatarme de que dormía profundamente acurrucada en mi cama.

Un flash me atravesó como un rayo al recordarla sin vida, tumbada sobre la losa de piedra. Un cruel destino que ahora se convertía en una segunda oportunidad para los dos. Allí estaba, tan relajada, tan llena de vida.

Me arrodillé para contemplarla mejor, y no conseguí reprimir el impulso de acariciar su rostro.

—Mi preciosa Melanie —le susurré en voz baja para no desvelar su sueño.

Permanecí a su lado durante varias horas, deleitándome con su compañía, escuchando su suave respiración; hasta que de repente, a altas horas de la madrugada, su pecho comenzó a agitarse y en su cara apareció una expresión de profunda angustia.

—¿Qué te ocurre, Mel? —La zarandeeé con delicadeza para intentar despertarla.

Sonaron todas las alarmas en mi mente cuando murmuró algo ininteligible y empezó a sollozar sin control. Asustado, la sacudí con más fuerza.

—¡Melanie! —Y entonces abrió los ojos—. ¿Estás bien?

Aturdida, se levantó de golpe y se abrazó a mí con firmeza, sin parar de llorar.

—Era tan real —me reveló, pero no entendí a qué se refería—. Esta vez lo he visto con claridad. —Noté cómo su cuerpo temblaba de pies a cabeza, pegado al mío.

—¿De qué estás hablando, pequeña? —le pregunté, confuso.

Se apartó de mis brazos y me examinó como si viera un fantasma.

—Es imposible —susurró—. Eras tú.

Mel acercó su mano temblorosa a mi cara y acarició mi áspera mejilla titubeando. Abrió la boca para hablar, pero no salió ningún sonido.

—Tranquila, preciosa. —Me incliné sobre ella y besé su frente con ternura, sin dejar de acariciar su espalda para calmarla.

—Desde niña sufro de terribles pesadillas —me confesó, aferrándose nuevamente a mi abrazo—. Pero esta vez ha sido distinto.

Mi cuerpo se relajó al comprender que se trataba de los sueños. No eran más que los recuerdos de su pasado, que se presentaban en su subconsciente de manera recurrente.

Una buena noticia para mis oídos, ya que eso significaba que cada vez estaba más cerca de desvelar nuestro secreto. Yo mismo las sufrí en todas las vidas por las que había transitado, hasta alcanzar cierta edad en la que exteriorizaba la verdad.

—No tengas miedo, nena. —Volví a besar su piel, esta vez cerca de su oreja—. Es solo un sueño.

Sentí cómo poco a poco se relajaba entre mis brazos, sin soltarse de mi cuerpo, aceptando las caricias de mis labios sobre su mejilla, su nariz, la curva de su mandíbula... De repente, Mel sujetó mi rostro entre sus manos y se separó para fijar sus ojos en los míos.

—¿No lo entiendes? —manifestó aturdida—. Eras tú. Estabas allí, inclinado sobre mi cuerpo, que yacía sobre una superficie de piedra. Llorabas aferrado a mí. —Hizo una pausa, y con nerviosismo prosiguió—: Al principio no sabía su identidad, pero entonces levantaste la cabeza y te vi.

—Seguro que tiene alguna explicación lógica —le resté importancia—. Piensa que soy lo último que has visto antes de quedarte dormida.

—No, no, no. —Se levantó, frustrada y comenzó a pasearse por el interior de la estancia—. En el sueño también vi que en tu muñeca aparecía la misma marca que tengo yo. Idéntica a la que dibujó mi padre en esa nota, junto con nuestros nombres y el de Neith.

Suspiré. No tenía sentido intentar engañarla, ni esconderle algo que podría ayudarla a no sentir tal inquietud. No iba a revelarle nuestro secreto, pero sí que haría lo que estuviera en mi mano para que ella lo descubriese por sí misma.

Me incorporé, mientras quitaba una a una las pulseras de cuero que cubrían esa zona de mi brazo

derecho. Cuando terminé, me planté frente a Mel y alcé mi mano, mostrándosela.

—¿Te refieres a esto? —le susurré.

El rostro de Mel se tornó lívido.

—¿Cómo es posible? —Trastabilló y comenzó a andar hacia atrás, hasta la entrada—. Necesito salir de aquí. Esto no puede ser real.

Anduve los pasos que nos separaban y la sujeté por la cintura.

—No te vayas así, pequeña. —La apreté contra mi torso y la envolví en mis brazos, mientras ella temblaba sin parar—. No tengas miedo. —Deposité una ristra de besos en su mejilla, sin dejar de acariciar su espalda—. Quédate conmigo.

Permaneció en silencio, encerrada entre mis brazos, hasta que dejó de temblar y alzó la cabeza, interrogante.

—Me va a estallar la cabeza —aseguró, confusa—. ¿Cuándo descubriste que tenías esa cicatriz? —me consultó.

—Tendría unos doce o trece años.

—¿Te la hiciste tú? —insistió.

—No —respondí sin darle más explicaciones.

—¿Apareció sola?

—No lo sé. Creo que sí. —Quise ser sincero.

Finalmente conseguí que se calmase, acariciando su espalda mientras respondía a todas y cada una de sus preguntas.

—Ven aquí, pequeña.

La invité a que se recostase conmigo en la cama y ella accedió, ajustándose a mi cuerpo, buscando mi contacto para refugiarse.

—¿Qué significa todo esto, Ry?

—Shhh. Tranquila. Relájate, ha sido un día agotador y acabas de recibir demasiada información de golpe. —La acuné durante un buen rato.

—Pero... —Y Mel bostezó.

Introduje mi mano por debajo de su camiseta y ella aceptó la muestra de cariño, pegándose aún más a mi cuerpo.

—Sé que tienes muchas preguntas —le susurré—. Confía en mí, te ayudaré a encontrar las respuestas.

—De acuerdo —musitó.

Acaricié su cintura notando que se relajaba poco a poco, y permanecimos en silencio hasta que minutos más tarde sentí que su respiración se tornó acompasada.

—Todo a su tiempo, preciosa. Espero que todo salga bien y pronto lo descubras —respondí entre murmullos, sabiendo que ya no me escuchaba, pues se había quedado dormida de nuevo.

Capítulo 13

Melanie

Desperté cuando la claridad comenzaba a filtrarse por algunas zonas de la gruesa tela de la tienda de Ryan. Intenté incorporarme, pero el brazo de Ry me lo impidió. Estaba atrapada entre sus cuatro extremidades, con mi cabeza reposando sobre la curva de su cuello.

Inspiré con fuerza para deleitarme con su olor, rozando la suave piel de su clavícula con mis labios y sintiendo que estaba en el lugar correcto. Pero cuando recordé lo que había ocurrido unas horas antes, pegué un salto y me deshice de su abrazo para levantarme de la cama.

Tras mostrarme la marca del *ankh* de su brazo la noche anterior, lo sometí a un interrogatorio del que Ry solo me pudo asegurar que no tenía ni la más remota idea de cómo había llegado a parar la cicatriz a su piel. Al igual que a mí, le había aparecido durante su niñez, pero no sabía cómo exactamente se la había hecho, o quién.

Más tarde, nos habíamos tumbado los dos juntos en su cama en su intento por calmar mi inquietud. Al principio no conseguí conciliar el sueño, pues mi mente no dejaba de inventar absurdas teorías sobre las notas de mi padre y la relación que posiblemente tenían con nosotros dos. Pero nada cobraba sentido, y finalmente debí quedarme dormida.

—¿Ya te vas? —La voz de Ry me detuvo justo saliendo de la estancia a hurtadillas para que no se despertase.

—Siento haberte desvelado —me justifiqué—. He tratado de no hacer ruido para no molestarte.

—Tú nunca molestas, pequeña —ronroneó—. En realidad, lo que me ha despertado es notar que te separabas de mí.

Debía escapar del hechizo que Ryan ejercía sobre mí y salir de allí cuanto antes.

—Ya —dije, molesta—. En fin, me marchó... te veo en el desayuno. Voy a prepararme para acompañaros esta mañana a la tumba de la noble egipcia.

Tenía que centrarme en lo que de verdad importaba en ese momento: la tumba de Neith. Estaba convencida de que allí encontraría la clave para resolver ese puzle.

—De eso ni hablar. —Ryan se levantó de un salto y en dos zancadas llegó hasta mí—. Ya te he dicho que no puedes bajar a la cámara funeraria, es peligroso.

—Y yo te digo que soy lo bastante mayorcita para cuidarme sola —exclamé enfadada—. No eres quién para darme órdenes.

—¿Ah, no? Te recuerdo que dirijo esta excavación y no puedes acceder allí sin mi permiso.

—Eres un mandón engreído —estallé—. Muy bien, haré lo que su excelencia ordene. Que tengas un buen día.

Y salí de allí hecha una furia, dejándolo con la palabra en la boca.

Me llevaban los demonios. ¿Por qué no me dejaba ir? Él alegaba los peligros de un posible derrumbe, pero yo presentía que había algún otro motivo para su tajante negativa. ¿Qué me estaba ocultando? No se trataba de ninguna coincidencia que los dos luciéramos exactamente la misma cicatriz en nuestras muñecas, y era evidente que él sabía algo más sobre el tema que no quería desvelarme.

Durante la mañana me dispuse a ayudar al equipo con las tareas de limpieza y catalogación de las

piezas que habían encontrado en una de las cámaras funerarias. Al menos me mantuvo ocupada por unas horas y calmó un poco mi enfado.

Ya era mediodía cuando el equipo comenzó a regresar de la excavación para almorzar. Ryan me localizó con rapidez en cuanto llegó al campamento, pero evité encontrarme con él porque continuaba irritada.

Fue inútil.

Sin darme cuenta me vi encerrada entre sus brazos, apoyada contra la puerta de la caravana, lugar a donde me dirigía cuando él me interceptó.

—¿Aún sigues enfurruñada? —La voz de Ry sonaba divertida, algo que confirmé cuando alcé la vista y comprobé que lucía una expresión burlona en su rostro.

—¿Tú qué crees? —espeté.

Estaba tan atractivo que me robaba el aliento. Con su apariencia de chico malo, nadie diría que en realidad era un reputado arqueólogo e historiador. No tenía pinta de intelectual, ni tampoco se le podía comparar con un aventurero tipo Indiana Jones. Ryan era... pura sensualidad de la que era mejor huir. Parecía el líder de una banda callejera, con su gorra hacia atrás y sus gafas de sol de aviador. Tener tan cerca su torso era perturbador, con esa camiseta marrón que le marcaba cada músculo. Pero mirar hacia abajo tampoco era buena idea, al toparme con sus característicos vaqueros rotos, que se amoldaban a sus fuertes piernas y terminaban enfundadas en unas botas que le daban más aspecto aún de macarra de barrio.

Con el dedo índice tocó la punta de mi nariz, sin dejar de sonreír de forma socarrona. Mis ojos se entornaron cuando me fijé en que había cubierto su cicatriz con un pañuelo negro, enrollándolo alrededor de su muñeca.

—No te enfurezcas conmigo, pequeña. —Acercó tanto su rostro al mío que noté su respiración sobre mis labios—. Solo quiero protegerte de cualquier cosa que pueda causarte daño.

Resoplé.

—Me parece que ahora mismo corro más peligro aquí que en interior de una tumba a punto de derrumbarse —murmuré de malhumor.

Ryan soltó una carcajada y rozó su nariz con la mía, sin borrar la expresión depredadora de su cara. Sus ojos danzaban desde los míos hasta mi boca, provocándome un escalofrío de placer.

—Conmigo jamás estarás en apuros, y tú en el fondo lo sabes. —Besó mi frente y se separó un poco de mí.

—Pues la verdad es que en estos momentos me siento como una presa a punto de ser zampada —susurré.

—Lamento haberte acorralado de esta forma —se disculpó—, pero verte cabreada y recordar tu cuerpo pegado al mío esta mañana al despertar, me ha...

—No lo digas —lo corté, notando que su cercanía y sus palabras me estaban nublando la mente—. No vayas por ese camino. Déjame marchar, por favor.

—Eres libre para irte cuando quieras.

Levantó los brazos para mostrármelo.

—De acuerdo.

Hice amago de marcharme, pero no me moví del sitio. Alcé la barbilla y él se rio ante mi gesto desafiante.

—¿Vas a huir otra vez de lo que sientes cuando estás cerca de mí? —preguntó, y añadió—: Cobarde.

—No huyo de ti y no soy una cobarde.

Lo miré a los ojos, retándolo.

—Sí lo haces —me contradijo.

—No lo hago, tonto ególatra. —Mi enojo iba en ascenso.

Ryan rio con fuerza.

—¿Entonces, por qué te retiras cada vez que estamos así? —Se apretó otra vez contra mi cuerpo

—. Igual que esta mañana —se burló.

—Te recuerdo que fuiste tú el que me rogaste anoche que no me marchase —le recriminé.

—Y a ti no te costó aceptar, si mi memoria no me falla.

En eso tenía razón.

—Porque me quedé en shock al ver la marca en tu brazo. Además, no ha pasado nada entre nosotros, tan solo hemos dormido en la misma cama —me excusé, cada vez más nerviosa por el fuego que desprendía su mirada.

—¿Ah, no ha ocurrido nada? —se mofó—. ¿Y entonces por qué te has pegado a mí como una lapa al despertar y has rozado tus labios con mi cuello? ¿Creías que no me iba a espabilar al notar tus apetitosas curvas frotándose contra mi cuerpo?

—Yo... Eso no es verdad —mentí descaradamente.

Ry soltó una carcajada, para acto seguido besar la punta de mi nariz. Continuaba acorralada por sus fuertes brazos.

—No me digas que ahora sientes remordimientos por tu novio de Nueva York... —soltó como al descuido.

¿Novio? ¿Pero aún no se había dado cuenta de que Matthew no estaba en mi cabeza desde que él había aparecido en mi vida?

—No existe ningún novio, idiota —le anuncié—. Lo dejé antes de viajar a Egipto.

Lo empujé con suavidad, para salir andando en dirección al comedor y dejarlo perplejo ante mis palabras.

Me detuve detrás de una de las tiendas de lona para tomar aliento, pues el episodio que acababa de ocurrir entre Ryan y yo me había dejado temblando de emoción. Efectivamente, la atracción que sentía por él era cada vez más potente, y esa misma mañana lo había confirmado cuando desperté envuelta en sus brazos y me ahogaron las ganas por besar sus labios. Su olor había nublado mis pensamientos y por eso me había acurrucado en la curva de su cuello para deleitarme en él.

Rachel siempre me decía que sabría que había encontrado al hombre indicado cuando su olor me hiciera perder la razón y el roce de su piel me acelerase el corazón. Pero se olvidó de contarme que me temblaría el cuerpo entero y una descarga eléctrica me atravesaría las entrañas ante la idea de besarlo. Si me sentía así sin haber probado sus besos, no me podía ni imaginar lo que llegaría a experimentar al catar sus labios.

Sí, Ryan me atraía como ningún otro lo había hecho en toda mi existencia. Despertaba en mí un anhelo que no lograba reprimir, y que se intensificaba cada vez que se acercaba a mí.

Pero nada de eso iba a calmar mi furia por impedirme entrar en la tumba que mi padre estaba investigando, y que podría revelarme por qué relacionó el nombre de Neith con Ry y conmigo.

Cuando conseguí serenarme, me encaminé hacia la mesa en la que el resto del equipo estaba esperando a que se sirviese la comida, y me senté junto a Claire.

—¿Te has enterado? —me preguntó Claire mientras daba un sorbo de agua a su vaso.

—¿De qué me tengo que enterar?

Mi cerebro aún no funcionaba con normalidad, pues no me había recuperado del cúmulo de emociones que me supuso el encontronazo con Ryan.

En ese instante, Ry apareció y todo mi cuerpo se tensó. Para mi tranquilidad, se sentó justo al otro extremo de la mesa, junto a Jack, pero no sin antes dirigirme una ardiente mirada.

—Esta mañana han entrado en la cámara funeraria de la joven egipcia —me explicó—. Y resulta que solo hay un sencillo sepulcro. Nada de riquezas ni joyas, ni siquiera los objetos típicos del ritual funerario. ¿Te lo puedes creer?

Me encogí de hombros.

—A lo mejor no era un personaje tan relevante como pensabais —me aventuré, intrigada por el tema de conversación.

—No tiene sentido —negó Claire—. El profesor Donovan no se hubiera tomado tantas molestias en encontrarla si no fuera importante.

No, claro que no. Esto me confirmaba que esa tumba escondía mucho más de lo que parecía, y que mi padre no buscaba en ella riquezas ni reconocimiento. Esa joven egipcia guardaba un secreto que iba más allá de la lógica y cada vez estaba más convencida de ello.

Miré a Claire de soslayo, pero se me olvidó lo que iba a preguntarle cuando vi que observaba embelesada el otro extremo de la mesa, donde Jack parloteaba y se reía a carcajadas por algo que le habían contado.

—¿Sabes? A veces los hombres pueden ser un poco obtusos para darse cuenta de ciertas cosas —le dije—. La mayoría de ocasiones no ven las señales que les enviamos, por más directas que sean.

Claire se sobresaltó, tanto que casi se le cayó el vaso de las manos.

—No sé a qué te refieres.

Un intenso rubor le cubrió las mejillas.

—A mí puedes contármelo, Claire. —Le palmeé el dorso de mano—. He visto cómo os miráis mutuamente y creo que es una pena que ninguno os animéis a dar un paso hacia adelante.

Claire agrandó los ojos.

—Es imposible que Jack se fije en mí. Mírame, soy tan poca cosa a su lado... —susurró.

—No digas tonterías. Eres una mujer preciosa e inteligente, y te aseguro que Jack bebe los vientos por ti —afirmé—. Justo en este momento está contemplándote con cara de bobo. Echa un vistazo de reojo, ya verás.

Hizo exactamente lo que le sugerí, pero vi que ponía los ojos en blanco.

—Vaya, creo que aquí hay alguien más que está en la misma situación que yo. —Soltó una risilla—. No es precisamente Jack quien curiosear nuestro sitio con cara de enamorado.

Giré la cabeza, para ver a qué se refería y me encontré con los profundos ojos de Ryan fijos en mí, y sin lograr evitarlo me perdí en su mirada, con mi corazón latiendo a mil por hora.

Capítulo 14

Ryan

Anocheecía cuando decidimos regresar al campamento. Examiné por enésima vez las proximidades. No me iba tranquilo, me preocupaba dejar la cámara funeraria de Neith abierta, sabiendo que los ladrones de antigüedades merodeaban por los alrededores. Aunque estaba seguro de que nadie encontraría la cámara secreta, de la que solo yo conocía su existencia.

Suspiré y comencé a caminar; no tuve más remedio que fiarme de los vigilantes que se habían ofrecido a realizar guardias durante la noche.

Llegué al asentamiento convenciéndome a mí mismo de que no pasaría nada, pues ya todo el mundo sabía que no habíamos encontrado nada de valor en su interior. Así que traté de olvidarme del tema y relajarme con una ducha refrescante en la caravana de Jack.

—¿Cenarás con nosotros, Ry? —me preguntó Jack, asomándose por la puerta de entrada.

—No lo sé —contesté mientras me introducía por la cabeza una cómoda camiseta de algodón—. Antes quiero ir a hablar con Melanie sobre unos documentos que nos trajo y que eran del profesor Donovan.

Jack soltó una risilla.

—¿Solo vas a encontrarte con ella por eso?

Me detuve en seco, frunciendo el ceño.

—Claro. ¿A qué viene esa pregunta? —contraataqué.

Jack levantó las cejas.

—No te hagas el tonto conmigo, esta mañana la vi salir del interior de tu tienda —soltó en tono cantarín.

Pero no me dio tiempo a responderle, porque al instante cerró la puerta con suavidad y se marchó silbando.

No todo era tan sencillo como Jack creía. Melanie seguía enfadada, me lo había confirmado al no responder a mi despedida esa misma tarde, antes de regresar a la tumba de Neith.

Pero ya no soportaba más su silencio, la echaba demasiado de menos. Con decisión salí para dirigirme a la caravana de Mel y tras unos segundos de titubeo, llamé a la puerta.

—¿Qué quieres? —me contestó desde el interior, sin abrir.

¿Cómo sabía que era yo? ¿Me estaba espiando por la ventana?

—¿Podemos hablar un momento, Mel?

Los siguientes segundos se me hicieron eternos, hasta que escuché los goznes chirriar y la puerta se abrió, dejándome ver a una Melanie con los brazos cruzados y una expresión de enfado en su rostro.

—¿De qué quieres hablar? —inquirió, arisca.

Suspiré, y sin lograr evitarlo una sonrisa divertida apareció en mis labios. Su actitud rebelde me volvía loco.

—Si me dejas pasar, te lo explicaré.

Pareció meditarlo, pero finalmente se echó hacia un lado para dejarme entrar. Al pasar junto a ella me detuve y sujeté su barbilla para forzar que me mirase a los ojos.

—¿Vas a continuar con esto mucho tiempo más?

—Hasta que me dejes acompañarte al interior de la tumba —me retó, con sus bellos ojos verdes fijos en los míos.

Nuestras miradas se desafiaron durante un lapso de tiempo que se me antojó eterno y que finalmente tuve que cortar, apartándome a un lado, antes sucumbir a su hechizo y besarla hasta dejarla sin aliento.

—Ya te he dicho que no puedo llevarte —le repetí nuevamente—. Es peligroso y me niego a que corras ese riesgo.

—En serio, Ry, soy mayorcita para cuidarme sola y no necesito que me protejas de nada.

Resoplé, cansado de revivir la misma discusión una y otra vez. Incliné la cabeza y descubrí las notas y varios documentos de su padre esparcidos sobre la mesa.

—Mel, no he venido a pelear. —Saqué unas fotos de mi bolsillo y las coloqué sobre la superficie, junto al resto de papeles—. Creo que esto puede interesarte.

Para apartar de su mente la idea de entrar en la tumba, esa misma tarde fotografié las paredes de la cámara funeraria, donde aparecía una pintura que retrataba el ritual de reencarnación, con Neith tumbada, ataviada con una túnica y una máscara mortuoria, y donde se podía apreciar el símbolo de la vida eterna en su brazo derecho.

Tuve mucha precaución de no captar ninguna imagen del sarcófago, pues de ninguna de las maneras permitiría que Mel viera los restos de Neith. No quería que esa imagen quedase en su memoria, si alguna vez recuperaba sus recuerdos.

Melanie se sentó y examinó las fotos con detenimiento. Su gesto era serio a la par que asombrado.

—Esta pintura es idéntica al papiro —murmuró—. Ven, mira esto. —Se echó a un lado para hacerme sitio junto a ella.

Sujeté el papiro que me ofreció y comprobé que era cierto.

—Bien, ahora ya has confirmado que Neith tenía también un *ankh* grabado y que la mujer del papiro es ella. —Me senté junto a ella y su perfume me inundó las fosas nasales de miles de sensaciones—. ¿Qué crees que significa?

Notar su calor y recordar cuando había despertado con su cuerpo pegado al mío era demasiado para mi maltrecho corazón. Aun así, anhelaba acercarme más para sentir su piel en contacto con la mía, torturándome y haciéndome perder la razón.

Melanie se volvió parcialmente, quedando su cara muy cerca de la mía.

—No lo sé, pero cada vez estoy más convencida de que hay un extraño vínculo que me une a esa tumba, o mejor dicho, a Neith. —Meditó durante unos segundos y añadió—: ¿Crees que mi padre lo sabía?

Suspiré, mientras retiraba un mechón de su larga melena que se había soltado de su improvisado recogido.

—Por algún motivo escondió todos esos documentos —planteé, sin dejar de observar su preciosa boca—. Y si tenía algo que ver contigo, entiendo que lo mantuviera en secreto. Para él, tu hermana y tú eráis lo más importante.

Mel chasqueó la lengua.

—Ya no estoy tan segura de eso.

Me incorporé, intrigado.

—¿Por qué no lo crees? —la interrogué.

—Porque si le hubiésemos importando más que su trabajo no nos hubiera dejado solas para marcharse al extranjero durante tanto tiempo.

Contemplé sus ojos con fijeza y supe que lo decía en serio. No podía dejar que creyese aquello,

cuando no era cierto.

—Pequeña, tu padre hubiera dado lo que fuera por permanecer a vuestro lado —atestigüé—. Tienes que saber que intentó quedarse con vosotras, pero no le quedó más remedio que regresar a las excavaciones porque se arruinó.

—¿Cómo dices? —Y enmudeció.

—Cariño, cuando tu madre enfermó y falleció, la compañía que financiaba la excavación que tu padre dirigía en ese momento, retiró su subvención y él tuvo que hacerse cargo de todos los gastos. Eso lo llevó a la ruina.

—No puede ser...

Asentí a la vez que acariciaba su mejilla con mi nariz con ternura, empapándome de su dulce aroma.

—No encontró otra alternativa que volver a trabajar para saldar sus deudas y para que vosotras tuvieseis un buen futuro.

—¿Y por qué no nos lo contó? —susurró con voz apenas audible.

—Imagino que no quiso preocuparos. —Acaricié la curva de su mandíbula con mi dedo índice—. Ya teníais bastante con asumir la muerte de vuestra madre.

Quería estrecharla entre mis brazos para protegerla de cualquier dolor o sentimiento negativo. No soportaba verla tan triste.

—He pasado años creyendo que su trabajo era lo más importante para él —continuaba impactada por lo que acababa de revelarle.

—Él hubiera dado su vida por vosotras, Mel.

—No puedo creerlo. ¿De veras no quería dejarnos?

—Nunca.

—Esto lo cambia todo. Ahora sé, gracias a ti, que nosotras le importábamos más que su oficio.

Sus ojos me miraron con dulzura. Y sin darse cuenta entrelazó su mano con la mía, un gesto típico en ella que me transportó al pasado. Un escalofrío recorrió mi espalda, que se intensificó cuando levanté la mirada y reparé en que sus ojos estaban fijos en mis labios.

Era una auténtica tortura.

—¿Sigues enfadada conmigo? —se lo dije tan bajito que pensé que no me escucharía.

Se removió inquieta, pero no se apartó.

—Puede ser —titubeó, inquieta por nuestra cercanía.

Me moría por besarla.

—¿Por qué dejaste a tu novio de Nueva York, pequeña? —le susurré, sin dejar de acariciar su mano entrelazada.

—Matthew.

—¿Qué? —pregunté, aturdido por el fuego que invadía mi ser.

—Que se llama Matthew —me aclaró en voz baja—. ¿Qué importa la razón por la que rompí con él?

Estaba nerviosa, esquivando mi mirada.

—A mí sí me importa. —Besé su mejilla y continué hasta su oreja—. Ya no lo soporto más...

Su piel se erizó con el roce de mis labios.

—¿Qué no soportas más? —Su voz sonó más aguda de lo normal, pero no se apartó, al contrario, buscó mi contacto.

Solté una carcajada nerviosa.

—Tenerte tan cerca y contenerme para... —Pasé el otro brazo por detrás de sus hombros para

arrimarla más, encerrándola entre mis brazos—. Mi preciosa Mel... Muero por saborear cada palmo de tu piel desde la primera vez que te vi —le confesé.

Alzó su verde mirada y pude apreciar el profundo deseo que transmitían sus ojos.

—No sigas —casi rogó.

—¿Por qué no quieres que siga? —Su aliento se mezclaba con el mío—. ¿A qué temes tanto?

—Yo... estoy tan confusa. Toda esta situación tan extraña... Las coincidencias, esta sensación que me ahoga y no me deja respirar. Es como si quisiera recordar algo importante y no pudiera. Además, no te vas de mi cabeza desde que nos conocimos y eso me está volviendo loca.

—No temas, cariño —le susurré, tan excitado que apenas lograba respirar—. Déjate llevar.

Y como un imán me atrajo lentamente hacia ella por el cuello, con la mano que tenía libre.

Sentir sus labios, abriéndose con ansias ante mi asalto, me dejó sin defensas y ya no pude razonar. Mi lengua se abrió paso hasta encontrarse con la suya, juntas iniciaron una danza tan intensa y erótica que le provocó un gemido de placer, obligándola a aferrarse a mí con más fuerza. Su sabor me transportó dos mil años atrás. Por fin estaba en casa; ella era mi hogar. Rememoré su dulzura y supe que nada había cambiado entre nosotros. La misma pasión nos consumía, un idéntico fuego se prendía cuando nuestras bocas se unían.

—¿Cómo es posible? —murmuró contra mis labios—. Nunca había sentido algo así, como si solo tú...

—Como si solo tú pudieras calmar mi sed —terminé la frase por ella.

Volví a profundizar el beso, buscando su aterciopelada lengua, provocándole otro estremecimiento. Permanecimos saboreándonos sin contemplaciones durante largos minutos, cada vez con más ansias, necesitando más el uno del otro.

—No pares —susurró cuando me separé un poco para tomar aliento.

Y accedí a su súplica, devorando cada rincón de su boca con un deseo que no cesaba, que iba a más con cada roce de su lengua, con cada suspiro, con su aliento mezclándose con el mío.

Sin poderme contener, introduje mi mano bajo su camiseta, buscando la suave piel de su pecho derecho, hasta alcanzar su pezón. Melanie gimió y se aferró a mi cuello con firmeza. Acto seguido, sentí su mano sobre mi muslo, subiendo poco a poco...

Y en ese instante varios golpes en la puerta nos devolvieron a la realidad, provocándonos un respingo que nos hizo separar nuestras bocas, dejándonos jadeantes.

—¿Mel? —Era la voz de Claire—. ¿Estás bien? La cena ya está lista hace rato, te estamos esperando para empezar. Solo faltáis Ry y tú.

—Ya voy —contestó, al tiempo que intentaba recuperar el aliento.

Cuando escuchamos que Claire se alejaba, los dos nos buscamos con la mirada. El deseo seguía intacto.

—No huyas. Quédate aquí conmigo... —comencé a decir.

—¿Qué me está pasando? Esto no es normal —me cortó con la voz estrangulada—. Te... tengo que irme.

Y salió, dejando un fuego en mi interior que abrasó hasta mi alma.

Capítulo 15

Melanie

Me aterraban los intensos sentimientos que me provocaba Ryan, y que aumentaban cada instante que pasaba con él. Por ese motivo decidí evitar encontrarme a solas con Ry, al menos hasta que pusiera en orden mis emociones.

Ya no se trataba solo de una poderosa atracción, sino de algo más fuerte que iba más allá de todo lo racional y que mi mente no alcanzaba a explicar.

Lo que experimenté cuando Ry me besó era tan profundo que derribó mis defensas por completo. No era posible que tuviésemos ese vínculo tan sólido, si no hacía ni dos semanas que nos conocíamos. Pero lo que más me preocupaba era que mi obsesión había llegado hasta tal extremo que incluso lo visualicé en uno de mis extraños sueños.

No, no, no. Debía poner distancia entre nosotros para aclarar mis ideas.

La noche anterior logré esquivarlo, excusándome por un fuerte dolor de cabeza justo después de cenar. Me marché rápido, pero eso no impidió que notase cómo sus ojos se clavaban en mi nuca conforme me alejaba de ellos.

No conseguí conciliar el sueño, dando vueltas en la cama sin cesar hasta que vi amanecer con los ojos como platos.

Por la mañana, permanecí en la caravana hasta que me aseguré de que Ryan se marchaba del campamento, entonces salí para desayunar y explicarle a Claire todo lo que había descubierto, de esa manera ella me ayudaría a resolver el misterio que me carcomía por dentro y así dejaría Egipto lo antes posible para regresar a Nueva York y poner tierra de por medio entre Ryan y yo. Estaba segura de que era la mejor solución para recobrar la cordura y comprobar si mis sentimientos eran verdaderos o se trataba de una locura pasajera.

—Claire, ¿puedo hablar contigo esta tarde? —Me decidí a abordarla mientras estaba sumergida en la lectura de uno de sus antiguos documentos—. Me gustaría enseñarte algunas investigaciones de mi padre para que me des tu opinión.

Levantó la vista del antiguo libro y se colocó bien las gafas antes de responderme.

—Claro, cuenta con ello. Ahora debo terminar este informe para la reunión de hoy —se disculpó—, pero esta tarde estaré disponible para lo que quieras.

—Bien, entonces te dejaré trabajar tranquila y luego nos vemos. —Palmeé su hombro a modo de despedida—. Voy a aprovechar la mañana para dar un paseo por las ruinas.

—De acuerdo. Ten cuidado si vas sola y no tardes en regresar —me aconsejó Claire.

Pero no había salido aún del campamento cuando una mano sujetó con firmeza mi brazo y tiró de mí hasta llevarme a la parte trasera de una de las tiendas de lona.

—¿Estás loca? —Mi piel se erizó al reconocer la voz de Ryan y encontrarme con su enfurecida expresión frente a frente—. ¿Cómo se te ocurre siquiera plantearte contarle a Claire lo que tu padre descubrió?

—Cre... creí que te habías marchado hace un par de horas a la excavación —tartamudeé, impactada por la sorpresa.

Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad, quedando atrapada por la intensidad de su mirada, sin conseguir articular palabra.

—No, hoy no he ido a la tumba, tengo una importante reunión a mediodía en Alejandría —me aclaró con enfado, y continuó regañándome—: ¿No entiendes lo arriesgado que es que se lo cuentes a cualquiera? —espetó.

—Claire no es cualquiera.

—Ni siquiera a ella —me advirtió.

Resoplé.

—No lo entiendo. ¿Por qué es tan peligroso que lo hable con el equipo? —dudé, más confundida que nunca—. Lo único que quiero es descubrir la verdad.

Ryan suspiró y sus facciones se relajaron, endulzando su mirada. Alzó su mano y me acarició el brazo con suavidad.

—Si continúas así, nunca lo descubrirás. No quiero que le comentes este tema a nadie más —me advirtió con un tono más sosegado.

—Pero...

—Si tu padre lo mantuvo en secreto fue por un motivo de peso, así que no debes confiar en nadie más que en mí para tratarlo, ¿de acuerdo? —insistió.

Asentí lentamente.

—Entonces, ¿quiere decir que me creíste cuando te dije que hay algo que va más allá de lo racional en todo esto? —le susurré.

—Ya sabes que sí, pequeña. —Acercó su rostro al mío y me besó en la punta de la nariz—. Y que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte a resolverlo. —Hizo una breve pausa—. Solo te pido un poco de paciencia. Confía en mí, por favor.

Su intensa mirada me transmitió sinceridad.

—Está bien. —Me resigné—. Confiaré en ti.

—Así me gusta. —Pellizcó mi mejilla—. Y ahora, ¿vas a decirme por qué me estás evitando desde ayer? No es necesario que huyas de mí. Si no quieres que vuelva a besarte, basta con que me lo digas y no pasará más.

Sus ojos eran dos pozos oscuros, tan profundos como hipnóticos.

Me removí inquieta. No estaba preparada para tener esa conversación, pues ni yo misma sabía qué estaba ocurriendo en mi interior. Pero tras meditarlo durante unos segundos, llegué a la conclusión de que lo mejor era decir la verdad.

—Me asusta lo que me haces sentir —confesé en voz baja, sin apartar la vista de la suya.

Ryan no esperaba mi respuesta, ya que lo dejé sin habla durante un buen rato, que a mí se me antojó eterno. Finalmente, me encerró entre sus brazos y apoyó su barbilla en mi cabeza.

—No temas nunca a lo que hay entre nosotros. —Suspiró sonoramente—. Ojalá pudiera explicarte algunas cosas...

—Pero es tan intenso que me aterra. ¿No lo notas? —le pregunté en un murmullo.

Alcé mi rostro para otear sus ojos.

—Pequeña, cuando te tengo cerca, así... —Se separó para buscar mi mirada—. Solo puedo pensar en besarte desesperadamente y hacerte el amor con lentitud durante horas, recorrer toda tu piel con mis labios hasta que grites de placer.

Su aliento se mezcló con el mío, tan cerca de mis labios que se me secó la garganta y tragué saliva con dificultad. Mi corazón se saltó un latido al escuchar cómo verbalizaba sus deseos, y sus palabras me excitaron hasta hacer que me mordiese el labio, anhelando que llevara a cabo lo que acababa de describir.

No pude hablar.

—Pero además —continuó susurrando sobre mis labios—. Necesito protegerte de todo mal para que no te puedan hacer daño; solo quiero envolvarte entre mis brazos para que nada ni nadie te separe de mí otra vez.

¿Otra vez?

Rocé mis labios con los suyos, sin poder reprimir mis ganas de probar de nuevo el sabor de sus besos, y Ryan aceptó la invitación asaltando mi boca sin contemplaciones, con un hambre voraz.

El sonido de unos pasos me puso en alerta, pero no me impidió continuar deleitándome en el placer que me provocaba el roce de su aterciopelada lengua acariciando la mía en el interior de mi boca.

—Emmm... —Oí un carraspeo—. Siento interrumpir, pero si no nos vamos ya, Ry, llegaremos tarde a la reunión.

Nos separamos de forma abrupta tras escuchar la voz de Jack. La mirada ardiente de Ryan me recorría de arriba abajo, devorándome sin tapujos. Su respiración estaba acelerada.

—La reunión —repitió, aún desubicado—. Sí, ya voy.

Resopló y me echó un último vistazo antes de darse la vuelta para marcharse.

—Esta tarde nos vemos —me aseguró, y acto seguido se dirigió al coche junto a Jack.

Una sensación de vacío me invadió por completo. Ryan no solo se había convertido en el dueño de mis pensamientos, también comprobé que tenía el mismo poder con mi cuerpo, pues reaccionaba a su contacto sin lograr evitarlo.

Cuando vi que el vehículo se perdía de vista en el horizonte, me fui a la caravana para recogerme el pelo frente al espejo y que no se me ensuciara con el fuerte viento que se había levantado.

Una vez que me hice un descuidado moño, me dispuse a salir, pero los documentos que reposaban sobre la mesa llamaron mi atención. Con cuidado, observé cada una de las notas y de las fotografías, incluyendo las que Ryan me había facilitado. Pero mis ojos se posaron con fijeza en un objeto: el colgante. Como si fuese un poderoso imán, mis manos viajaron hasta él para levantarlo hasta quedar frente a mi rostro. Y en un impulso me lo coloqué, introduciéndolo por mi cabeza hasta dejarlo reposar en mi cuello.

No pasó nada. Ni mareos, ni sentí desvanecerme como sí ocurrió la primera vez que lo sostuve. Sin embargo, no me lo quité, solo lo escondí bajo mi camiseta para que nadie pudiera verlo. A continuación salí del habitáculo para despejarme e intentar quitarme ese asunto de la mente por un buen rato.

La mañana transcurría lenta, a pesar de estar ocupada ayudando a Claire a buscar unos datos que necesitaba en sus viejos libros. Pero no me concentraba, pues no dejaba de pensar en Ry y en los documentos de mi padre.

¿Qué vínculo podría tener con esa tumba para que mi padre se hubiese obsesionado con ella? Quizás era más sencillo de lo que creía y tenía la respuesta delante de mis narices, pero no lograba verla con claridad.

Un pensamiento cruzó mi mente de repente. ¿Y si yo era descendiente de Neith? Era más lógico eso que cualquier suposición sobre reencarnaciones que pudiera surgir en mi cabeza. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? En realidad era la conclusión más razonable. No se trataba de ninguna locura y eso explicaría muchas de las cosas que mi padre había descubierto.

Aunque eso no me aclaraba por qué Ryan tenía la cicatriz en su brazo y había aparecido en las notas de mi padre. Tampoco esclarecía la nota que la tal Susan le había enviado a mi padre.

—Claire, ¿sabes si la tumba de la joven egipcia que habéis abierto queda muy lejos? —le pregunté al descuido.

—No queda lejos. —Levantó el brazo, señalando con la mano su ubicación—. ¿Ves aquellos montículos?

—Sí.

—Pues justo detrás de ellos está la tumba. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué lo quieres saber?

—Oh, por simple curiosidad. —Desvié la mirada—. Como Ryan y Jack se han ido, estaba pensando que ahora mismo no hay nadie por allí que la vigile para que nadie pueda entrar, ¿no?

Claire se colocó bien las gafas, en un gesto que comenzaba a conocer bien y que me indicaba que no estaba del todo cómoda con la conversación que manteníamos.

—Por eso no te preocupes —le restó importancia—. Hay varios trabajadores que se van turnando para patrullar por los alrededores y solo dejan pasar al equipo, por si acaso se acerca algún ladrón de antigüedades.

Asentí mirando al horizonte, pensativa. Tenía que llegar hasta la tumba, a pesar de las advertencias de Ryan para que no lo hiciera, era el momento indicado, pues él no se encontraba en el campamento y con un poco de suerte nunca se enteraría de lo que iba a hacer.

Ahí estaba mi oportunidad y no la desperdiciaría. Aproveché que Salih y Elizabeth se habían acercado a las ruinas para tomar unas medidas, y la única que estaba en el campamento era Claire; pero la joven historiadora estaba tan inmersa en su trabajo de documentación, que no se percataría de mi ausencia.

Con paso firme me encaminé hacia la dirección que me había indicado Claire. Anduve durante unos minutos por un camino de tierra, hasta llegar al lugar donde un guarda custodiaba el perímetro, quien al reconocermelo del campamento me dejó pasar sin problema, saludándome con la mano.

Con lentitud, me introduje en las escaleras que descendían hasta desembocar en un oscuro pasillo. Me costó habituarme a la escasa luz del interior y me apoyé en una de las frías paredes para descansar y recobrar el aliento.

—Lo conseguí —susurré para mí.

Esperé hasta que mi corazón se calmó y me aseguré de que nadie me seguía, entonces me adentré en una puerta que llevaba a una pequeña sala. Estaba vacía y solo alcancé a ver una abertura en la pared, justo al otro extremo de la estancia. Con cuidado, traspasé la abertura, en cuyo suelo había pequeños bloques de piedra esparcidos. Y cuando levanté la vista, allí estaba.

Al fondo de la cámara descubrí el sarcófago de Neith, que descansaba en el interior de una construcción rectangular de piedra y cuya parte exterior estaba cubierta por dibujos y jeroglíficos egipcios.

Al avanzar por la sala me fijé en que las paredes estaban cubiertas por las pinturas que el mismo Ryan había fotografiado y me había mostrado.

Me acerqué despacio hasta el fondo de la habitación para acariciar el rectángulo de piedra y me asomé.

Se trataba de una estructura de metal, cuya parte superior estaba pintada con colores vivos y cubría el cuerpo y el rostro, simulando los rasgos de lo que debía ser los restos de Neith. Pero no pude verlos, pues estaban debidamente cubiertos.

Palpé el frío metal, y de repente sentí que un escalofrío recorría mi espalda. Me costaba respirar y un calor extraño comenzó a emanar del colgante que llevaba en el cuello. Al posar la otra mano también sobre la cobertura de metal, noté cómo la oscuridad se apoderaba de mí rápidamente, hasta que todo se volvió negro a mi alrededor.

Capítulo 16

Ryan

El sol comenzaba a ponerse cuando divisamos el campamento por el cristal delantero del vehículo. Los tonos anaranjados del atardecer daban un aspecto tan majestuoso a las ruinas de Taposiris Magna, que mi mente se transportó dos mil años atrás para recordar la ciudad en todo su esplendor, llena de vida.

Pero de repente el rostro de Mel apareció entre mis pensamientos y ya no pude apartarlos de ella. Su dulce sabor, su tersa piel y esa mirada que me hacía perder la razón cuando estábamos cerca el uno del otro.

Mis esperanzas menguaban a medida que transcurrían los días y cada vez temía más y más que Melanie nunca recuperase los recuerdos de nuestra vida del pasado. Aunque, en realidad, no me importaba tanto, ya que estaba casi seguro de que ella se estaba enamorando nuevamente de mí, y eso era lo único que me impulsaba a continuar adelante, hacia un futuro que al fin podríamos tener y que esta vez no sería frustrado por nada ni nadie.

Jack resopló con fuerza a mi lado y me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué te pasa? Pareces un niño con una rabieta —le reproché—. No has dejado de bufar en todo el trayecto.

—Es que solo el hecho de acordarme que voy a regresar a mi tortura, me saca de quicio.

—¿A qué tortura te refieres? —le pregunté con curiosidad.

—A qué va a ser —refunfuñó Jack—. A sufrir por intentar no caer en la tentación y sucumbir a los encantos de ese precioso ratón de biblioteca que me está volviendo loco.

Solté una carcajada.

—¿Hablas de Claire?

—Pues claro —me confirmó.

—¿Y por qué no te lanzas de una vez y abandonáis los dos este juego absurdo? —le interrogué—. Venga ya, Jack. Los dos los estáis deseando.

Jack frunció el ceño.

—Qué más quisiera yo, pero ya sabes que no puedo. Si vuelvo a cancelar mi compromiso otra vez, mi padre me desheredará y esta vez no habrá vuelta atrás.

—Ya. —Asentí—. Pues lo tienes difícil, viejo amigo. No me gustaría estar en tu pellejo.

—Dímelo a mí —murmuró antes de abrir la puerta del coche para salir.

Una risilla se escapó de mis labios cuando llegamos al campamento y vi de reojo que un rostro con unas grandes gafas se asomaba por la puerta de una de las tiendas de lona.

—Ahí te dejo con tu tortura, digo... con tu ratón de biblioteca —susurré a Jack, quien me lanzó una mirada furibunda.

No había dado ni dos pasos cuando la voz de Claire me detuvo en el sitio.

—¡Ryan! ¡Espera! —Me alcanzó a toda prisa y me alarmé al notar su nerviosismo—. ¡Tienes que hacer algo!

—¿Qué ocurre?

Claire tomó aire antes de hablar.

—Es Melanie —me dijo, y noté cómo todo mi cuerpo se tensó—. Ha desaparecido. Llevamos

toda la tarde buscándola y no la encontramos.

Todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Me faltaba el aire. Me pasé una mano por el pelo con preocupación.

—No puede haber desaparecido así como así —especulé—. ¿Ha discutido con Elizabeth?

Me acerqué corriendo a la zona donde estaban los coches aparcados y comprobé que ninguno de ellos faltaba. No podía estar demasiado lejos, puesto que no se había marchado en ningún vehículo.

Claire me siguió.

—No ha discutido con nadie. La última que habló con Mel fui yo, y solo mantuvimos una conversación sin importancia —me reveló—. Aunque ahora que lo pienso... Acabo de recordar que me preguntó por la tumba de Neith. ¿Crees que...?

Una oleada de furia me subió por la espalda.

—No me digas más —espeté—. Voy a buscarla.

¡Maldita fuera! Le había advertido una y mil veces que no se acercara a la tumba, pero no sirvió de nada. No había parado hasta salirse con la suya.

Si le pasara algo malo por no obedecerme, no me lo perdonaría jamás.

La noche se echaba encima y reinaba el silencio, solo roto el sonido de las fuertes rachas de viento que empezaban a soplar; aun así me encaminé hacia la tumba de Neith provisto con tan solo una linterna, sin dejar de maldecir durante el trayecto. El miedo a que algo malo le hubiera ocurrido me engarrotaba todos los músculos, pero no aminoré el paso hasta llegar a la tumba.

Caminé despacio revisando con detenimiento cada recoveco del exterior de la entrada.

—¡Mel! ¿Estás ahí?

La llamé desde fuera mientras iluminaba el interior con la linterna, pero no obtuve respuesta.

Resoplando, bajé las escaleras y me introduje en la cámara de entrada. Estaba vacía.

—¡Melanie!

El sonido de mi voz rebotando por el eco fue la única contestación que obtuve.

Anduve con cuidado hasta la cámara funeraria, iluminando cada rincón para comprobar si Mel estaba allí.

Nada.

Al rodear el sarcófago vi algo que llamó mi atención. Una melena castaña esparcida en el suelo. Giré por el rectángulo de piedra y la vi. Mi corazón se detuvo cuando la encontré tumbada, sin consciencia y con el colgante de lapislázuli rodeando su cuello.

—¡Mel! —La sujeté por debajo de los brazos para incorporarla, pero no reaccionó—. ¡Respóndeme!

Mi corazón se detuvo por unos segundos y el terror se apoderó de mí.

—¡Melanie! —La zarandeeé y noté que los ojos se me empañaban—. No puedes dejarme otra vez.

La envolví entre mis brazos y fue entonces cuando sentí su respiración en mi rostro. Acto seguido se movió y emitió un leve sonido.

—Mmmm... —se quejó.

—Pequeña, ¿estás bien?

La alejé un poco de mi abrazo y comprobé que sus ojos se habían abierto, pero estaba desorientada.

—Creo que sí... ¿Qué ha pasado? —Su voz sonaba ronca—. ¿Dónde estoy?

—¿No lo recuerdas? —Aparté de su cara varios mechones de pelo—. Estamos en la tumba de Neith.

Mel se frotó los ojos y miró a su alrededor.

—Yo... No sé qué me ha ocurrido. Vine porque necesitaba respuestas y de repente me sentí extraña —se excusó, recobrando el sentido.

La furia volvió a apoderarse de mí, pero intenté controlarla.

—Ya hablaremos de eso más tarde —le recriminé—. Ahora lo importante es que estés bien y que lleguemos al campamento antes de que este fuerte viento se convierta en una tormenta de arena. ¿Puedes andar?

Se incorporó con mi ayuda y dio unos pasos.

—Sí. Estoy bien. —Me miró con arrepentimiento, angustiada—. Lo siento —se disculpó—. De veras lamento haberte desobedecido —murmuró muy bajito.

—Salgamos de aquí —le dije en tono serio.

Ninguno de los dos volvimos a pronunciar palabra hasta que llegamos al campamento, donde todos esperaban con preocupación y respiraron aliviados al vernos regresar.

Claire acompañó a Melanie a su caravana, y yo me dirigí a mi tienda, para poner mis pensamientos en orden y tratar de calmarme. Por suerte, el viento amainó bastante y no tuve que refugiarme en ningún otro lugar. Debido a mi enfado con Melanie, no me apetecía la compañía de nadie.

—Mujer cabezota —murmuré para mí mismo.

¿Es que no podía hacerme caso por una vez? No tenía ni idea de qué pasaría si Mel se encontraba con los restos de Neith. ¿Y si ese hecho hubiera provocado algún tipo de conflicto con el ritual de reencarnación y la hubiese perdido?

Comencé a temblar de pies a cabeza. Menos mal que nada de eso ocurrió y Mel estaba sana y salva, pero ¿y si...? No, no le daría más vueltas al asunto, porque la idea de perderla otra vez era terrorífica para mí.

Un ruido seco, proveniente de la entrada captó mi atención. Me acerqué y abrí para otear el exterior, pero de repente me encontré con el rostro de Melanie frente a frente.

—¿Puedo pasar? —preguntó con timidez.

Dudé durante varios segundos, pero finalmente asentí y la dejé pasar al interior de mi estancia.

—Deberías estar descansando. —Bufé—. Está bien, pasa; pero no creo que sea el mejor momento para hablar —manifesté con fastidio.

—Sé que estás enfadado conmigo. —Suspiró—. Pero necesito pedirte perdón otra vez y debo contarte algo.

Resoplé otra vez, peinándome el cabello con los dedos, mientras examinaba su expresión compungida.

—Habla.

Dio unos pasos hacia adelante y se abrazó a sí misma en un claro gesto de protección.

—Debí hacerte caso, Ryan —concedió—. No sé por qué, pero parece que tienes más información de la que me has contado sobre la investigación de mi padre. Y ahora estoy completamente segura.

Me tensé por completo. ¿Qué había descubierto?

—No sé a qué te refieres.

Me giré para que no se percatase de mi turbación.

—Cuando entré en la cámara funeraria y toqué el sarcófago sentí que me desvanecía, pero al principio no perdí la consciencia. Lo recuerdo con claridad, Ry.

Tener la certeza de que le había pasado algo al entrar en contacto con el sarcófago me hizo sentir más culpable por no haber estado allí para impedirselo. Si le hubiese pasado algo, no me lo perdonaría. No podía perderla otra vez.

—Te dije que no debías ir allí.

—Lo sé, y de veras que lo siento. —Se acercó a mí por detrás y me abrazó, provocándome un escalofrío de emoción—. El caso es que cuando me desvanecí tuve una especie de visión o sueño... o yo qué sé.

Me volví y la encerré entre mis brazos, apoyando mi barbilla en su cabeza.

—¿Qué viste, pequeña?

Mel suspiró, soltando todo el aire de sus pulmones sobre mi pecho.

—A ti y a mí —confesó—. No entiendo nada, Ry. Estoy hecha un lío. Éramos tú y yo y estábamos sumergidos parcialmente en una especie de piscina o bañera gigante de piedra, en un lujoso recinto con las paredes decoradas con coloridos dibujos del Antiguo Egipto. Estaba sentada sobre ti... —dijo, y noté una nota de vergüenza en su voz—. Completamente desnudos, y besándonos.

—Ajá.

Sonreí sobre su pelo. Recordaba ese momento a la perfección. Sucedió en uno de los palacios de Cleopatra, durante uno de nuestros encuentros furtivos, cuando le pedí a Neith que se casase conmigo y le regalé el colgante de lapislázuli, antes de hacer el amor apasionadamente en el interior del gran baño.

—Y... y me pusiste en el cuello este colgante —añadió, y se separó un poco para enseñarme el amuleto que aún no se había quitado—. Ry, creo que me estoy volviendo loca —murmuró confundida.

—No estás loca, pequeña. —Acaricié su espalda y besé su frente con ternura—. No temas.

—Pero, ¿qué significa todo esto? —cuestionó—. ¿Por qué sales en mis extraños sueños?

—Ojalá pudiera responderte a eso —le expresé entre susurros.

—¿Qué me estás ocultando? —Se apartó un poco para sondear mis ojos, en busca de una respuesta—. ¿Qué vínculo hay entre nosotros y Neith?

—Entre nosotros —rocé sus labios con los míos—, hay una atracción tan fuerte que reta a mi cordura cada vez que te acercas a mí.

Me dejé llevar y probé nuevamente la dulzura de su boca, succionando su labio inferior y lamiéndolo con lujuria. Pero entonces recordé la imprudencia que había cometido esa tarde y volví a encolerizarme.

Despegué mis labios de los suyos con dificultad. Me costaba renunciar a su contacto, pero mi enfado ganó la partida.

—No te detengas —pidió Mel en un susurro.

Suspiré sonoramente y la separé de mi cuerpo para intentar ordenar mis pensamientos y calmar mi excitación.

—Será mejor que te vayas a descansar —le recomendé—. Has sufrido un desmayo y no creo que estés en las mejores condiciones para elucubrar sobre algo que no tiene sentido, y que solo te va a traer dolores de cabeza.

Durante unos minutos Mel se quedó quieta, con la mirada perdida. Pero finalmente asintió y se dirigió hacia la puerta con lentitud.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—. Quizá mañana vea las cosas con más claridad y encuentre sentido a todo esto. —Me echó un último vistazo y acto seguido se despidió—. Hasta mañana.

Y se marchó, dejándome con una sensación de impotencia de la que no logré deshacerme.

Capítulo 17

Melanie

Probablemente me había vuelto loca de remate. Todo me llevaba a pensar que no era una descendiente de Neith sino su reencarnación, por muy increíble que sonara. Aún no daba crédito, y con toda seguridad lo que necesitaba era ingresar con urgencia en una clínica psiquiátrica, pero esa era la única explicación posible.

Volví a repasar por enésima vez todas las notas de mi padre y las fotografías. Recordé el colgante, la cicatriz en forma de símbolo de la vida egipcio, el busto de Neith, idéntico a mí; la escena pintada que había encontrado en su cámara funeraria, mis extraños sueños... Era una auténtica paranoia, pero estaba casi segura de que mi padre lo sospechaba y por eso comenzó a investigar sobre el tema.

¿De verdad era posible la reencarnación? Siempre había pensado que ese tipo de cosas eran simples leyendas mágicas y nunca creí en ellas. Aunque en ese momento mi visión había dado un giro radical y ya no me parecía tan imposible.

A riesgo de que me tildase de loca, no me atreví a decírselo a Ryan cuando hablé con él la noche anterior. Además, estaba segura de que Ry me ocultaba algo importante y no descansaría hasta descubrirlo.

¿Qué vínculo nos unía a Ryan y a mí? Quizá Ry también era la reencarnación de algún antiguo egipcio y por ese motivo portaba la marca del *ankh* en su piel. A lo mejor por eso mi padre había escrito nuestros nombres juntos en aquella anotación. Y también era probable que por ese motivo me invadía la sensación de que Ry me ocultaba algo.

Mi cabeza iba a estallar tratando de relacionar toda la información.

Anocheceía cuando me di cuenta de que me había pasado casi todo el día encerrada en la caravana. Tan solo había salido para comer, pero había vuelto rápidamente para no encontrarme con Ryan, porque sabía que continuaba enfadado por mi escapada del día anterior.

No soportaba su indiferencia.

Le echaba de menos. No me continuaría engañando a mí misma. No tenía sentido que siguiera con aquella absurda pelea, si cada poro de mi piel deseaba tenerlo cerca de mí. Sí, me daba terror dejarme llevar por mis sentimientos, pero era tan fuerte la sensación de ahogo cuando sabía que estaba tan cerca y no lo podía tener, que ya me daba igual el miedo, perdí la batalla contra mi parte racional y había decidido entregarme por completo a lo que dictaba mi corazón.

Con esa premisa, salí de la caravana y me dirigí a la estancia de Ryan. Vi luz en su interior y supe que se encontraba allí.

—¿Ry? —lo llamé.

Su cabeza asomó por la puerta con gesto ceñudo.

—No es un buen momento, Mel.

Abrió un poco más y me di cuenta de que no llevaba camiseta, iba descalzo y ataviado solamente con unos vaqueros viejos.

—¿Podemos hablar? —insistí—. Si lo prefieres regresaré más tarde.

Ryan resopló.

—Está bien. Pasa —concedió.

Entré y caminé hasta el centro de la estancia. Vi que había estado trabajando en algunos documentos que tenía esparcidos de manera desordenada por el escritorio, pero no me acerqué para comprobar de qué se trataba.

—¿Sigues enfadado por lo que hice ayer? —dije muy bajito.

—Preferiría no hablar de eso ahora.

—Pero...

—Pero nada, Mel. —Se plantó frente a mí—. Te pusiste en peligro más de lo que puedas imaginar. Y no se trata solo de peligro físico, sino...

No terminó la frase.

—¿A qué te refieres? —inquirí, sin lograr apartar mis ojos de su torso desnudo.

—A nada.

—Ryan, si no me lo cuentas no sé qué más hice mal.

—No hiciste mal nada más. —Bufó—. No lo entiendes y no puedo explicártelo ahora mismo.

Se mesó los cabellos con exasperación.

—Está bien. —Me cerqué a él y agarré su mano para ponerla sobre mi corazón—. Sea lo que sea, te prometo que no volverá a ocurrir. Si tú me pides algo, no haré preguntas y lo respetaré, porque sé que solo pretendes que no me ocurra nada malo.

Sentí el calor de su mano sobre mi pecho y una oleada de excitación me invadió. Al encontrarme con sus ojos me di cuenta de que a él también le había afectado de igual manera tocarme. Entonces, sentí cómo su mano comenzó a acariciarme por encima de la fina tela y me separé, dando un respingo.

—Lo siento —me disculpé—. Solo quería demostrarte que soy sincera y que estoy arrepentida de verdad.

—Mel, pequeña... —Suspiró—. Debes entenderme. No soportaría volver a perderte.

—¿Volver a perderme? —me mofé—. Estás mal de la cabeza. ¿Cuándo me has perdido por primera vez?

—Yo... no me he expresado bien.

De repente, bajé la mirada y me fijé en los documentos que estaban sobre su escritorio. Se trataba de varios dibujos realizados a lápiz, que mostraban a una mujer desnuda. La curiosidad me pudo y alcé uno de los bocetos.

—¡Espera! —intentó pararme Ryan.

Pero era demasiado tarde.

Mis ojos se abrieron como platos. La mujer desnuda era yo; tumbada sobre un camastro y enseñando mis curvas en todo su esplendor. Incluso me había retratado con el lunar que tenía justo al lado de mi pezón izquierdo.

—¿Cómo es posible? —susurré—. Nunca me has visto desnuda —añadí, totalmente turbada por mi descubrimiento.

—Mel, escúchame.

Lo miré ceñuda.

—¿Me has estado espionando? —solté furiosa—. Quiero saber por qué conoces mi cuerpo tan bien. ¡Eres un jodido perverso!

Tiré los bocetos al suelo y me dirigí con paso rápido hacia la salida, pero Ry me detuvo antes de

salir.

—Espera —me rogó—. No te vayas, por favor.

Tiró de mi brazo y me encerró entre sus brazos.

—¡Suéltame!

—Shhh —intentó calmar mi enfado—. Mírame, pequeña.

Lo miré, sondeé sus ojos en busca de una explicación y lo único que descubrí fue un anhelo tan intenso que me asustó.

—¿Qué quieres, Ry? —le pregunté en un murmullo.

—A ti.

Me atrajo hasta su pecho y me besó con un hambre tan voraz que me provocó un gemido de placer. Todas las células de mi cuerpo reaccionaron ante su lujurioso asalto, respondiendo con el mismo ímpetu, o quizás más.

Introdujo su lengua en mi boca, buscando con ansias la mía, mordiendo con suavidad y lamiendo sin cesar, cada vez con más vehemencia, como si no se saciara de mi sabor. Las aterciopeladas caricias de su lengua me enloquecieron y me pegué más a su cuerpo, buscando el contacto de su piel desnuda, amoldándome a él hasta notar el enorme bulto que sobresalía de sus pantalones. Me froté contra él para aumentar su excitación, para devolverle el mismo castigo que él me estaba provocando.

Y cuando lo oí gemir mi mente se nublo de gozo.

—Pequeña, esos dibujos... —Hizo una pausa y continuó—. No puedo darte una explicación, pero debes creerme; jamás te haría daño, amor. ¿Confías en mí? —susurró contra mis labios, separándose un instante para tantear mis ojos.

—Sí —susurré.

Y era sincera. Algo en mi interior me gritaba que debía confiar en él.

Ry me sacó la camiseta de tirantes por la cabeza y contempló mis pechos desnudos con un deseo abrasador. Idénticos a los de su boceto.

—Dios. Eres perfecta. —Su mirada regresó a mis ojos y me transmitió todo el anhelo que sentía—. Te deseo tanto que voy a enloquecer.

Me mordí el labio y lo atraje hacia mí. Sentir nuestros torsos desnudos me provocó un placer tan fuerte que me apoderé de su boca para devorarlo sin contemplaciones, a lo que Ry respondió con el mismo ardor.

Con movimientos lentos, me desabrochó los pantalones y los bajó, acto seguido me alzó en sus brazos para transportarme hasta su cama, donde me depositó con cuidado. Pero la lujuria se apoderó de mí y tiré de su brazo hasta hacer que se cayese en el colchón y me coloqué a horcajadas sobre él.

Ryan sonrió, complacido por mi impaciencia y atrapó mis labios, introduciendo otra vez su lengua en mi boca para torturarme con sus caricias, para besarme tan profundamente que me hizo perder el juicio.

Desabroché sus pantalones y sin bajárselos del todo me posicioné sobre su miembro, provocando un gemido en los dos.

—Lléname de ti. Ya —le exigí, presa de la lujuria.

Y me complació, con una fuerte embestida se introdujo en mí. Tuve que morderme el labio para no soltar el grito que se me atascó en la garganta.

—Shhh —susurró, divertido—. Las paredes de lona son muy finas.

Ryan se incorporó y continuó introduciéndose en mi interior una y otra vez, provocándome un placer tan intenso que apenas lo podía soportar. Su rostro quedó a la altura de mis pechos,

aprovechando para torturar mis pezones con su suave lengua, succionando mi piel hasta dejarme sin aliento.

Desde mi posición, sentada sobre él, aceleré los movimientos de mis caderas, hasta que gimió contra mis labios y me apretó con más fuerza a su cuerpo.

Sus embestidas se tornaron cada vez más fuertes, más rápidas, colmándome de un placer indescriptible que me hacía rozar el cielo, hasta que oí a Ryan jadear y noté cómo se derramaba en mi interior. Solo entonces, sentí que un intenso orgasmo explosionaba en mi interior y Ry se apoderó de mis labios para acallar mi grito de satisfacción.

Permanecimos abrazados durante un buen rato, en silencio. Más tarde, Ryan me apartó con cuidado para inducirme a tumbarme junto a él y me volvió a abrazar con mimo.

—Deseaba esto desde la primera vez que te vi en esa cafetería de Nueva York —me confesó entre murmullos.

Sonreí, pensando para mis adentros que a mí me había ocurrido exactamente lo mismo. Al fin estaba dónde debía y dónde quería estar.

El sueño se apoderó poco a poco de mí, pero justo antes de dejarme vencer por el cansancio, un extraño ¿recuerdo? se cruzó por mi memoria.

Capítulo 18

Ryan

Fue un sueño hecho realidad despertar con mis brazos rodeando su cuerpo, tras una noche de pasión sin freno con Mel. Debía pellizcarme para comprobar que de verdad había ocurrido y no era producto de mi imaginación.

Con sumo cuidado, me levanté despacio para no despertarla y salí de la tienda para preparar el desayuno de ambos y regresar junto a Mel.

Lo que menos esperaba en ese momento era presenciar aquella escena: Claire saliendo a hurtadillas de una de las tiendas de lona, y despidiéndose de Jack con un apasionado beso. A pesar del impacto que me produjo el descubrimiento, decidí hacer como si no hubiese visto nada y continuar con mi tarea. Aunque en realidad daba igual, porque Jack y Claire se besaban con tanto entusiasmo que ni siquiera repararon en mi presencia. Así que cuando preparé una gran bandeja con el desayuno, regresé a mi estancia, sin lograr reprimir una risilla divertida.

Melanie aún dormía profundamente, pero abrió los ojos cuando oyó que depositaba la bandeja a su lado.

—Buenos días, preciosa.

Mel se desperezó sensualmente entre las sábanas.

—Mmmm, no todos los días me despiertan trayéndome el desayuno a la cama.

Me acomodé junto a ella y me apoderé de sus labios.

—Pues debería ser algo habitual —afirmé.

—¿Sí? —ronroneó, melosa—. Ten cuidado, no vaya a ser que me acostumbre a que me mimes.

—Espero que así sea, pequeña.

Me incorporé a desgana y le ofrecí la bandeja, poniéndola en un hueco de la cama, entre los dos.

—¿Qué te apetece?

—Zumos —respondió entusiasmada—. Y una tortita de esas. Tienen una pinta estupenda. —Titubeó—. Y una tostada de aquellas, también.

Se sentó con las piernas cruzadas y se tapó envolviéndose con la sábana, mientras alargaba el brazo para alcanzar una tortita y metérsela en la boca con deleite.

Estaba bellísima, con sus mejillas sonrosadas y los labios aún hinchados por los besos compartidos durante la noche.

—Me gustas más sin eso —le sugerí, señalando la sábana que cubría sus curvas.

Mel arrugó la nariz.

—Si me quito esto lo más seguro es que el desayuno se quede frío —refunfuñó—. Así que mejor se queda donde está.

Le sonreí con franqueza. Aún me parecía increíble tenerla allí, medio desnuda en mi cama.

—Como desees... —Me resigné, resoplando.

Mel me dirigió una mirada de triunfo y se dispuso a disfrutar del desayuno, sin dejar de observarme de forma enigmática, lo que me intrigó sobremanera.

—Cien dólares por tus pensamientos —solté.

—Me preguntaba —dijo en voz baja—. Cómo termina la historia del guerrero egipcio y la joven amiga de Cleopatra.

Levanté las cejas, sorprendido al descubrir que todavía se acordaba de la historia.

—Es cierto, nunca terminé de contártela. —Hice una pausa para hacer memoria—. ¿Por dónde nos quedamos?

—Me dijiste que Cleopatra les ayudó a que se casaran en secreto.

Fruncí el ceño.

—¿Recuerdas eso? —la interrogué—. Pensaba que estabas dormida cuando te lo conté.

Mel puso los ojos en blanco y soltó una risilla sospechosa.

—A lo mejor no estaba dormida del todo... o fingí estarlo para quedarme en tu cama esa noche —confesó.

Sin poder contenerme, la besé con vehemencia.

—Si me hubieras dicho que te apetecía quedarte —susurré contra sus labios—. Te habría hecho el amor durante toda la noche, sin dejarte descansar.

—Más o menos como anoche. —Sonrió y me apartó con suavidad para continuar desayunando, ignorándome a propósito—. ¿Y bien? ¿Cómo sigue la historia?

—Veamos. —Resoplé intentando calmar mi excitación—. La boda secreta no llegó a materializarse, ya que el joven soldado fue reclamado para emprender una importante misión militar.

—Oh.

La expresión de Mel se tornó angustiada.

—Los amantes se separaron con la promesa de casarse en secreto y huir de Egipto en cuanto el soldado regresara —le expliqué—. Durante semanas, las tropas de Cleopatra, en las que el soldado militaba, se enfrentaron con fiereza al ejército del romano Octavio. Resistieron con bravura, hasta que no les quedó otra alternativa que rendirse y volver.

—La caída de Cleopatra —susurró Mel con tristeza—. La última reina de Egipto.

—Efectivamente —le confirmé—. El joven soldado, miembro de la guardia personal de Cleopatra, puso a salvo a su reina, escondiéndola de los romanos... Aunque era consciente de que no serviría de nada, pues Cleopatra, sabiéndose perdedora y con el miedo a convertirse en un trofeo de guerra, prefería suicidarse antes que caer en manos de su enemigo.

—¿Y qué pasó con la joven egipcia? —preguntó, embelesada por la historia—. ¿Lograron reunirse los amantes?

Sonreí, complacido por su total entrega. Pero mi expresión se tornó compungida al relatarle los siguientes acontecimientos.

—Cuando el joven egipcio regresó en busca de su amada, se encontró con una terrible tragedia. —No pude disimular mi tristeza—. La joven egipcia se había suicidado.

—¿Qué? —exclamó—. ¡No puede ser!

Melanie se llevó las manos a la boca y enmudeció.

—Así fue.

Asentí para confirmarle el fatal desenlace.

—Qué horror. —Seguía sin poder creerlo.

—Mucho. El joven soldado creyó morir al enterarse de la dramática noticia —expuse—. Para él, la vida no tenía sentido sin ella.

—Oh, Dios —murmuró Mel con los ojos empañados—. Qué historia tan triste.

—Lo es.

—Pero, ¿por qué lo hizo? —me interrogué.

—No lo sé. —Me encogí de hombros.

—No lo entiendo —continuó elucubrando Mel—. Se supone que iban a casarse y que solo tenía

que esperar hasta que él volviese. ¿Por qué se suicidó?

Negué con la cabeza.

—El joven guerrero nunca supo el motivo por el que su amada no lo esperó y decidió quitarse la vida.

Y era la verdad.

En realidad, si Mel no conseguía recuperar sus recuerdos, jamás me enteraría del motivo por el que Neith lo había hecho, y era algo que me atormentaba desde hacía dos mil años.

Omití contarle la parte de la historia en la que, desesperado por su muerte, acudí a un viejo amigo, movido por las leyendas que me contaba de niño sobre la vida eterna y la reencarnación. Ese viejo amigo no era otro que Anum, el sacerdote *sem* que realizó el ritual, quien me confirmó que no se trataba de cuentos para niños, sino que aquellos mitos eran reales y había una auténtica posibilidad de que recuperase a Neith.

Y así fue.

Pero lo importante en ese momento era que Mel estaba allí y era real. Desnuda y enrollada en una sábana, con su sonrisa sexy, que me robaba el aliento cada vez que la contemplaba. Llena de vida, rebosante de felicidad y tentándome con su ardiente mirada.

—Basta de historias tristes —soltó Mel de improviso, cambiando bruscamente su gesto—. ¿Sabes? Me ha gustado despertar en tu cama.

—¿Sí?

—Mucho. —Asintió—. Y que además me hayas traído el desayuno a la cama. —Su expresión se volvió juguetona—. Ahora me siento con mucha energía.

Le sonreí, y sentí que mi entrepierna se tensaba cuando dejó caer la sábana y me mostró sus pechos desnudos.

—¿Ah, sí? —Le mordí el lóbulo de la oreja y sentí que su piel se erizaba bajo mi contacto—. ¿La suficiente energía como para jugar conmigo un par de horas más?

Guié su mano hasta mi erección y vi la sonrisa traviesa que comenzó a asomar en sus labios.

—¿Solo dos horas? —Fingió indignación.

Solté una carcajada.

—Tengo que trabajar...

—Bueno, lo podemos negociar, ¿no? —sugirió mientras metía la mano bajo mi pantalón, y ya no pude pensar con claridad.

—Negociemos —concedí, mientras mi boca se apoderaba de la suya.

Capítulo 19

Melanie

No había duda después de compartir con él dos noches seguidas de amor apasionado. Estaba completamente colada por Ryan y no había vuelta atrás. Por una parte me daba miedo regresar a Nueva York y no volverlo a ver, pero también me daba un pánico atroz dejarme llevar por este sentimiento que había nacido en mi interior.

Esas semanas de desconexión me estaban sirviendo para asimilar la muerte de mi padre, pero pronto tendría que regresar a la realidad para enfrentarme a las responsabilidades que se me presentaban tras este giro que había dado mi vida. Pero, ¿dónde encajaba Ryan en todo eso?

Apenas tenía esperanzas de continuar con nuestro romance, pues el trabajo de Ryan le impedía establecerse en una ciudad y echar raíces. Y yo no podía dejarlo todo por él; mi prioridad era el bienestar de mi hermana, por encima de cualquier otra cosa.

¿Qué iba a pasar con nosotros? Mucho me temía que mi corazón se partiría en dos en cuanto regresase a Nueva York.

A pesar de la relación tan profunda que se había establecido entre Ryan y yo, aún no me atrevía a contarle mi teoría sobre la reencarnación de Neith, y la razón por la que yo pensaba que mi padre tenía tanto interés en su tumba.

Pero había algo que me preocupaba, pues a cada segundo que pasaba me convencía más y más de que Ryan sabía algo más sobre el tema y me ocultaba algo importante.

¿De veras creía que no ataría cabos y llegaría a descubrir que la historia que me había contado era la de Neith? No era tonta, y supe que se trataba de ella en cuanto me habló del suicidio de la protagonista del relato.

¿Mi historia?

Era algo realmente increíble que pudiera estar pensando en la reencarnación como algo real. Todavía no lo asimilaba en mi mente, y con toda probabilidad no estaba segura de conseguir digerirlo alguna vez.

Ese descubrimiento me había llenado de una incertidumbre aún mayor, porque no lograba entender por qué Ryan conocía la historia de Neith, y tampoco la relación que tenía él con ese asunto.

—¿Mel?

La voz de Claire me trajo de vuelta a la realidad. Se asomó por la ventana de la caravana, buscándome con la mirada.

—Estoy aquí, en la cocina. —Levanté la mano para llamar su atención—. Entra, no te quedes ahí fuera. Me estaba preparando un café, ¿me acompañas?

—Vale.

A los pocos segundos, Claire pasó al interior y se dejó caer en el asiento del diminuto comedor.

—Gracias —dijo y acto seguido soltó un bufido—. Al menos aquí no me encontraré con él.

—¿Con quién no te quieres encontrar? —inquirí con curiosidad.

—Me refiero a Jack.

La examiné con detenimiento.

—¿Me he perdido algo?

Claire resopló sonoramente.

—Al final ha ocurrido —me confesó en voz baja—. Tenías razón, Jack me corresponde... o al menos eso creía. Todo parecía un sueño hecho realidad hasta esta mañana.

—¿Qué ha pasado?

Depositó las dos tazas de café sobre la mesa y me senté a su lado para escucharla con atención.

—Hace dos días pasé la noche con Jack —me contó—. Y todo iba a la perfección, hasta que me he enterado de algo. Y ahora no sé qué pensar —terminó con la voz ronca por la tristeza.

—No entiendo nada, Claire.

Se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar.

—Está comprometido —soltó—. El muy cabrón se ha acostado conmigo, sabiendo que se va a casar con otra.

—¿Quéé? —increpé, incrédula.

—Esta mañana le he escuchado hablar por teléfono con su padre —me explicó—. Y le ha asegurado que en cuanto terminemos en la excavación regresará a su hogar para cumplir con su compromiso y casarse con su prometida.

—¡Será gilipollas! —exclamé—. No puedo creer que te haga eso, y menos aún que no te lo haya avisado antes de empezar una relación contigo. No me esperaba eso de Jack.

Claire se enjugó las lágrimas.

—Yo tampoco. Pero esto no quedará así.

La abracé tratando de consolarla.

—¿Estás segura de que se va a casar? ¿Y si ha cambiado de opinión y no lo hace?

—No lo creo —murmuró con pesar.

—Yo de ti no actuaría hasta estar segura —le aconsejé.

—No hay vuelta atrás, Mel —me cortó, decidida—. No pienso caer en las redes de un mentiroso que no es capaz de mantener las manos quietas, sabiendo que está comprometido con otra.

—Si estás tan convencida... ¿No puedo hacer nada para que cambies de opinión?

—No.

Fue tajante.

—Bien, pues no insistiré. —La abracé con más fuerza—. Pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé. —Sonrió con tristeza—. Gracias, amiga. —De repente frunció el ceño—. Acabo de recordar que Ryan te estaba buscando hace unos minutos.

Me extrañé.

—Creí que estaba en la excavación.

—Han vuelto hace un rato —anunció—. Está en la zona del aparcamiento, metiendo cosas en el maletero de uno de los Jeep.

—De acuerdo, luego iré a buscarlo. No pienso dejarte así ahora mismo.

—No seas tonta. Vete. —Casi me empujó para que me levantase—. Estoy bien, de verdad.

—¿Lo dices en serio?

—Que sí —afirmó con los brazos en jarra—. Me ha sentado bien desahogarme contigo... Ha sido mejor opción que partirle un libro en la cabeza a Jack.

Solté una risilla.

—Quizás te hubiera proporcionado más satisfacción lo segundo —sugerí.

—No me des más ideas. —Rio Claire—. Anda, márchate ya.

—Está bien. —Me dirigí a la puerta de la caravana—. Luego te veo —me despedí, antes de cerrar la puerta con suavidad.

Efectivamente, Ryan estaba junto a uno de los coches, con el maletero abierto. Parecía estar preparándose para ir a algún sitio.

—¿Te vas? —le pregunté, acercándome con sigilo.

Ry dio un respingo, justo antes de girarse.

—Sí. —Se aproximó a mí y me dio un sonoro beso en la mejilla—. Mejor dicho, nos vamos.

—¿Nosotros? —Nos señalé a los dos—. ¿A dónde?

—Es una sorpresa —dejó caer con tono enigmático.

—Me puede la curiosidad.

Ry me encerró entre sus brazos y me besó apasionadamente.

—Vamos. —Cortó el beso y me dio una palmada en el trasero—. Prepara algo de ropa para un par de días y ven.

—¿Sin más? —Tiré de mi camiseta para mostrarle la ropa informal que llevaba puesta—. Déjame que al menos me dé una ducha antes de irnos.

Asintió, mientras levantaba el capó del vehículo.

—Te espero aquí en un par de horas.

Capítulo 20

Ryan

Depositó una última bolsa con mis objetos de aseo y me senté en el interior del coche a esperar a Mel. Estaba seguro de que aquella escapada era una buena idea, y aunque apenas me quedaban esperanzas, podría servir para que recordara nuestra vida juntos. Al fin y al cabo, el sacerdote *sem* mencionó que cuantas más cosas poseyera de su pasado, mejor, pues eso le ayudaría a rememorar con más rapidez.

Desde luego, aquel lugar no era propiedad de Neith, ni se trataba de una antigüedad, pero podría servir porque se trataba de una réplica exacta.

—¿Ya lo tienes todo preparado? —La voz de Jack sonó amortiguada por el cristal de la ventana.

—Sí —contesté mientras salía del vehículo para hablarle con más comodidad—. Entonces, ¿te ocuparás de todo durante dos días? Si crees que es demasiado, puedo cancelarlo. No quiero cargarte con más responsabilidades innecesarias, solo por un capricho mío.

Jack rio.

—Tranquilo, puedo con todo. Ya sabes que puedes confiar en mí, igual que cuando te marchaste a Nueva York.

—Lo sé —palmeé su espalda—. No me preocupa el campamento, pero con dos tumbas al descubierto, quizá no sea el mejor momento para irnos.

Jack levantó la mano para que me callara, tratando de quitarle importancia al asunto.

—Desde que nos conocemos nunca te he visto tomarte dos días seguidos de descanso, así que no creo que sea un capricho; te mereces un poco de tranquilidad... aunque presiento que no vas a tener demasiada paz. —Se encogió de hombros—. Esa chica parece que ha heredado el espíritu inquieto de su padre.

Sonreí.

—Nos vendrá bien para averiguar a dónde nos lleva todo esto. Lo que ha surgido ha sido una sorpresa para los dos —le mentí, porque no podía confesarle la verdad.

—Para el resto del equipo también ha sido repentino, créeme —aseveró—. No te habíamos visto jamás tan desconcentrado en tu trabajo.

Levanté las cejas en fingida ofensa ante sus palabras.

—¡Eh! Podría decir lo mismo de Claire y tú —me mofé—. Aunque, en realidad, eso sí que se veía venir.

Jack se puso serio con rapidez.

—Mejor dejemos ese tema.

—¿Por qué? —me intrigó—. ¿Ha ocurrido algo? Os vi bastante entregados hace un par de días.

El grandullón resopló con fastidio.

—Lo sabe todo, Ry —reveló con pesar—. Y no puedo hacer nada para evitar que se aleje de mí.

Achiqué los ojos para dirigirle una mirada inquisitiva.

—¿Lo sabe todo, todo?

Jack se mostró inquieto.

—Sabes que «eso» no puedo contárselo. Pero sí que está al tanto de todo lo demás. Mi

compromiso y mi obligación de contraer matrimonio en breve.

Medité bien mis palabras antes de hablar.

—Estás en una situación complicada —admití—. Y entiendo tu postura, pero piensa que es mejor que lo sepa todo ahora. Sé que Claire lo entendería perfectamente. Es una mujer muy inteligente y justa.

Sabía que mi discurso le haría recapacitar. No era lo mismo que Claire estuviera al tanto solo de la mitad de la información, porque con esos datos lo único que conseguiría es que lo odiase de por vida. Tan solo esperaba que sirviera de algo mi consejo, puesto que apreciaba a ambos y no quería que sufrieran sin necesidad.

—Lo pensaré —concedió.

Pero nuestra conversación fue interrumpida por la llegada de Mel, que apareció preparada para emprender nuestro viaje.

Capítulo 21

Melanie

Partimos hacia rumbo desconocido, al menos para mí, claro, porque Ryan sabía perfectamente adónde nos dirigíamos.

El trayecto duró dos horas y media, atravesando localidades tan impresionantes que me dejaron con la boca abierta. Egipto debió ser grandioso en la antigüedad, pero en la actualidad no tenía nada que envidiar a su pasado.

El tiempo pasaba volando cuando estaba junto a Ryan. La conversación fluía entre bromas y arrumacos, pero cuando el silencio se imponía entre ambos, me quedaba embelesada contemplándolo sin tapujos. Me había enamorado de él y aunque pusiera tierra de por medio entre nosotros al regresar a Nueva York, no conseguiría olvidar esa emoción tan intensa que me embargaba el corazón. Mucho me temía que Ry iba a ser el hombre de mi vida y lo sería por siempre.

Todo en él me volvía loca, desde su personalidad arrolladora y decidida, hasta su imponente físico, pero sobre todo me impresionaba lo especial que me hacía sentir. Cuando él me miraba me hacía parecer única, y me trataba como a una auténtica princesa, sin dejar de lado ese instinto protector que siempre le acompañaba y que sacaba a relucir conmigo en todo momento.

Miré de nuevo a través del cristal del vehículo y me di cuenta que el paisaje había cambiado por completo, dando paso a un complejo moderno de edificios, con decenas de turistas paseando por las calles.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo mientras paraba el motor del coche.

Salí del vehículo y vi que frente a nosotros se alzaba una gran construcción que resaltaba entre la vegetación típica de la zona, y en cuyos laterales destacaban varios lagos artificiales, decorados como si perteneciesen al Antiguo Egipto. Sin duda era un hotel de lujo que simulaba un palacio de la antigüedad.

—Impresionante —susurré con admiración.

—¿Te gusta? —Ry estaba entusiasmado ante mi reacción—. Pues ya verás cuando descubras el interior.

Efectivamente, mis ojos se agrandaron con sorpresa al entrar en el hotel. Era como si hubiese viajado en el tiempo miles de años atrás.

—¡Es como visitar el Antiguo Egipto! —exclamé—. Es maravilloso. Pero, ¿por qué tengo la sensación de haber estado aquí antes?

Ryan soltó una carcajada y me agarró con suavidad por la cintura para conducirme hasta un gran mostrador. Un brillo especial apareció en sus ojos.

—Probablemente te suena porque habrás visto alguna fotografía en una revista o en Internet. —Le restó importancia a mi comentario y continuó—: Este hotel es propiedad de Leo, un buen amigo mío italiano —me explicó—. Lo hizo para recrear al detalle uno de los palacios de Cleopatra.

—¿En serio?

Ryan asintió.

—Ya verás las habitaciones —aventuró—. Son una copia exacta de los aposentos de Cleopatra.

Guardó la tarjeta de acceso de la habitación y lo seguí hasta la planta superior, admirando cada detalle de la decoración. Me impresionó la minuciosidad con la que habían recreado un palacio

egipcio antiguo, incluso con la utilización de los materiales de esa época. Grandes columnas pintadas con múltiples y llamativos colores y techos también decorados con las mismas pinturas y grabados antiguos.

Ryan me tapó los ojos antes de entrar en la habitación.

—Si pensabas traerme a un hotel, al menos debías avisarme para traer ropa más adecuada.

—No te va a hacer falta —murmuró con sensualidad, haciéndome cosquillas en el oído—.

Avanza unos pasos.

Cuando noté que nos parábamos, retiró sus manos de mis ojos y oteé a mi alrededor para empaparme de tanta belleza.

Ryan tenía razón, la habitación parecía una copia exacta de lo que debió ser la alcoba de Cleopatra. O al menos de la idea que mi mente se había formado sobre ella.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Por qué sigo teniendo la sensación de haber estado aquí antes? —dudé.

—Mi amigo me pidió que le ayudara con el diseño arquitectónico del hotel y he tratado de ser fiel a todo lo que conozco sobre los palacios donde residía Cleopatra —prosiguió—. Pero esto no es lo mejor. Ven conmigo.

—¿Aún hay más?

Me tomó de la mano hasta pasar un por arco de piedra y llegar a una gran sala donde se escuchaba el sonido del agua cayendo.

—No puede ser. —Me llevé las manos a la boca para reprimir la impresión que me causó lo que veían mis ojos.

La sala estaba decorada con los mismos tonos coloridos que el resto del hotel, en cuyas paredes había pinturas de escenas cotidianas del Antiguo Egipto. Pero lo más sorprendente fue descubrir en el suelo una especie de pequeña piscina de piedra, llena de agua cristalina, justo en el centro de la habitación.

Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad.

—Yo he soñado con esto —le aseguré notando cómo mis extremidades perdían fuerza—. Te... Te lo conté el otro día. ¿No lo recuerdas? Tú y yo estábamos ahí dentro. —Señalé la gran bañera de piedra.

—Lo recuerdo, por eso te he traído hasta aquí —me confesó.

Di varios pasos hacia atrás, y salí de aquella sala buscando algún lugar donde sentarme para intentar tranquilizarme. Me sentía mareada, y al cerrar mis ojos, un montón de imágenes sin sentido cruzaron por mi mente, como si fueran diapositivas. Eran tan reales que me aterraron, provocándome un intenso temblor en el cuerpo.

En una de esas escenas me vi llorando mientras Ryan, ataviado con una vestimenta extrañísima, se alejaba de mí. Durante la visión sentí una gran impotencia por no conseguir retenerlo a mi lado.

Cerré los ojos con fuerza, apretándome las sienes con las manos para hacer que desaparecieran esas alucinaciones.

—Mel, ¿qué te ocurre? —Ryan se acercó con preocupación al ver mi estado.

—No lo sé. Me siento mareada. —Me recosté en la cama para ver si así desaparecían los mareos—. Habrá sido por un golpe de calor o producto del largo trayecto en coche, pero el caso es que han acudido imágenes extrañas a mi cabeza.

—Está bien. —Me abrazó y se recostó a mi lado—. Tranquila. Descansa un rato aquí. ¿Quieres?

—Sí, será lo mejor.

—Ven aquí.

Me acurruqué en su pecho, mientras el recuerdo de las visiones daba vueltas en mi mente sin cesar.

Debí quedarme dormida durante algunas horas, porque cuando desperté el sol comenzaba a ponerse, dando un tono anaranjado a la luz que entraba a través del balcón.

Me asusté al no localizar a Ryan con la mirada, así que me levanté y me dirigí hacia el baño, donde escuché unos chapoteos. Allí estaba, totalmente desnudo sentado en el interior de la gran bañera de piedra, contemplando el techo con atención. Tan ensimismado estaba que no escuchó mis pasos avanzando hasta él, hasta que me acerqué por detrás y me detuve para quitarme la ropa.

El sonido de la ropa cayendo al suelo lo hizo girarse y me contempló de arriba abajo mientras me desvestía.

—¿Te encuentras mejor? —me interrogó a la vez que sus ojos recorrían mi cuerpo con anhelo.

—Sí.

Cuando no quedó ni rastro de ropa sobre mi piel, tan solo el colgante egipcio de lapislázuli, me introduje en la bañera, notando con deleite que la temperatura del agua era exquisita.

—¿Quieres hablar sobre las extrañas visiones que has tenido? —me preguntó en un hilo de voz, con su mirada ardiente clavada en mi rostro.

Me quedé en silencio, meditando si acceder y contarle todo lo que me estaba pasando y la conclusión a la que había llegado, pero finalmente decidí no hacerlo.

—Prefiero no hablar del tema —le pedí.

Ryan suspiró.

—Comprendo.

Me arrodillé junto a él, y el agua se quedó a la altura de mis pechos, cubriéndolos apenas.

Ryan observaba cada uno de mis movimientos con embeleso.

Impulsada por el deseo que desprendían sus ojos, me incorporé un poco para girarme y sentarme sobre sus piernas, apoyando mi espalda en su torso.

—¿Sabes lo que sí te quiero contar? —le solté sin mirarlo, mientras me removía sobre él, sintiendo su erección en mi trasero.

—¿Qué? —Su voz sonaba estrangulada muy cerca de mi oreja.

Gemí cuando su mano se posó sobre uno de mis pechos y me rozó el pezón con su pulgar humedecido por el agua.

—Una historia —dije, apretándome contra su erección—. Es de una chica que conoció a un hombre maravilloso, cuando ella atravesaba la peor etapa de su vida.

Con su mano libre, la introdujo bajo el agua y buscó el centro de mi ser, acariciándome con suavidad, provocándome un placer indescriptible.

—¿Y? —Me animó a seguir con mi relato.

Me costaba pensar con sus manos paseándose con descaro por las partes más sensibles de mi cuerpo.

—En tan solo un par de semanas, esa chica descubrió que ese hombre se había convertido en el protagonista de todos y cada uno de sus anhelos. —Me mordí el labio para contener el suspiro de placer que me producían sus atrevidos dedos.

—¿Ah, sí? ¿Solo de sus anhelos? —susurró, mientras lamía con lascivia el lateral de mi cuello.

—En realidad, la chica se dio cuenta que se había enamorado perdidamente de él. —Sus dedos

pararon de hacer magia de repente—. Por su increíble personalidad. Por hacerla sentir única. Por contemplarla con un deseo que nunca había visto en los ojos de un hombre. Por cuidarla. Por apoyarla y creerla, incluso en las cosas más surrealistas. Por hacerle el amor de la forma más intensa que...

—Mel —me cortó entre susurros—. Date la vuelta.

Me giré sobre sus piernas hasta posicionarme frente a él, y coloqué mis piernas alrededor de su cintura.

—¿Así? —inquirí, frotándome contra su erección.

—No —negó, y a continuación me penetró con firmeza—. Ahora sí. —Apoyó su frente en la mía, mirándome con un deseo tan intenso que me provocó un estremecimiento—. ¿Sabes qué, pequeña?

Volvió a penetrarme con lentitud, haciéndome gozar con sus movimientos.

—¿Qué? —logré pronunciar.

—Que ese hombre tiene mucha suerte. —me dijo y me propinó otra fuerte embestida, alcanzando el centro de mi ser—. Porque lleva toda una eternidad esperándola y aún no puede creerse que la haya encontrado.

El silencio se impuso durante largos minutos, tan concentrados el uno en el otro que solo se escuchaban mis suaves gemidos cada vez que se retiraba y se hundía en mi interior, haciéndome el amor con tanta intensidad que creía que en cualquier momento moriría de placer.

Sus embestidas se tornaron más fuertes, más rápidas; a la vez que se apoderaba de mi boca y la asaltaba con idéntica pasión, introduciendo su lengua para lamer la mía con un hambre voraz, para demostrarme que nadie más que él era el dueño de todos mis deseos. El único capaz de transportarme hasta el paraíso.

De repente, noté que se endurecía aún más dentro de mí y se introducía con vehemencia, clavándose con fuerza mientras se corría en mi interior, reprimiendo un gemido sobre mis labios. Y sin poder contenerme, delirando por el éxtasis, sentí que se apoderaba de mí un intenso orgasmo que me hizo gritar su nombre.

Permanecimos abrazados, hasta que Ryan me alzó con cuidado y me transportó hasta la cama, donde se tumbó junto a mí y me besó en los labios.

—Te esperaré dos mil años más si fuese necesario, pequeña —murmuró, y me acarició el pelo con dulzura.

Capítulo 22

Ryan

Me costó mucho volver a la realidad después de nuestra breve escapada de dos días, pero lo que peor llevaba era alejarme de ella durante las horas en las que me debía a mi trabajo.

Desde que sucumbimos a nuestros sentimientos la primera vez, parecíamos dos adolescentes que no podían mantener las manos separadas del otro ni un solo instante, hasta tal punto de haber perdido la cuenta de las veces que habíamos hecho el amor en ese transcurso de tiempo que permanecimos en el hotel.

Era consciente de que Melanie pronto regresaría a Nueva York, y ya había tomado la decisión de marcharme con ella, aunque todavía no se lo había comunicado. Ya me daba igual que recuperase sus recuerdos o no, nadie me impediría aprovechar esa nueva oportunidad que se nos había presentado para pasar el resto de nuestras vidas juntos, al fin.

Aunque antes tenía que solucionar el problema de la tumba de Neith, y asegurarme de que nadie encontrara la cámara secreta o profanase sus restos. Lo malo era que necesitaba ayuda para llevar a cabo mi plan, y aún no sabía cómo la iba a conseguir, pues estaba seguro de que Jack no aceptaría sin más; ni sin antes hacerme mil preguntas.

Pero no lo demoraría más, tenía que armarme de valor y lanzarme. Era el momento indicado para hacerlo, ya que nos encontrábamos a solas en el interior de la cámara funeraria de Neith.

—Jack.

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte un favor?

Dejó de deslizarse la brocha por la superficie de piedra y se paró en seco. La tenue luz del interior de la cámara funeraria de Neith no me permitió distinguir con claridad cuál era la expresión de su rostro.

—Ya sabes que sí. ¿Qué necesitas?

Resoplé, sin saber cómo solicitarle lo que necesitaba sin que me tomase por un lunático.

—Antes de nada quiero tu palabra para cerciorarme de que nada de esto saldrá de aquí.

—¿Qué tontería es esta? Puedes confiar en mí. Nunca te he fallado, ¿no?

Parecía ofendido.

—Lo sé, pero esto es diferente. Créeme —le aseguré.

—¿Por qué va a ser diferente? —se mofó.

Bufé, intentando encontrar las palabras adecuadas para que no se alarmase.

—Porque, en primer lugar —le expuse—, necesito que no hagas preguntas ni cuestiones el motivo por el que te pido este favor.

—Ryan, me estás intrigando. ¿Quieres soltarlo de una vez?

Sonreí ante su impaciencia.

—Está bien, está bien. —Hice una pausa y me acerqué a la pared que estaba tras el sarcófago de Neith—. Tenemos que esconder el sarcófago y derrumbar la cámara para que nadie más pueda entrar aquí.

Jack agrandó los ojos en señal de espanto.

—¿Estás loco? ¿Por qué quieres derrumbar esto? —exclamó Jack—. Además, ¿dónde vas a

esconder el sarcófago? No podemos sacarlo al exterior.

Suspiré, resignado a responder a sus preguntas. Sabía que si no lo hacía no conseguiría su ayuda. Jack era demasiado cabezota.

Empujé uno de los bloques de piedra de la pared y al instante comenzó a aparecer una apertura en la misma, bajo la mirada de asombro de Jack.

—Aquí. —Señalé el interior de la apertura—. Tenemos que trasladar el sarcófago hasta ahí adentro.

—¿Cómo sabías...?

Jack movió la cabeza en un claro gesto de incredulidad.

—Te dije que nada de preguntas —lo corté—. ¿Recuerdas?

—Vamos, Ry —soltó con suficiencia—. No pretenderás que no te interroge después de enseñarme esto.

Me pasé las manos por el pelo con nerviosismo. Finalmente decidí que lo mejor era explicarle la verdad hasta donde podía.

Le hice ademán para que se introdujera en la cámara secreta. Y Jack me obedeció, alumbrando el interior con su linterna.

—¡Joder! —expresó con pasmo—. Esto está lleno de riquezas y antiguas reliquias. —Asomó la cabeza para buscarme con la mirada—. ¿Quieres decirme cómo sabías que esto estaba aquí?

Resoplé, pero acto seguido le contesté.

—Lo descubrí por casualidad.

En realidad no le estaba mintiendo.

—Ahora entiendo por qué el profesor Donovan tenía tanto interés en esta tumba —aventuró Jack.

—En verdad —le expliqué—, el profesor quería mantener a salvo este lugar para que nada ni nadie pueda perturbar el descanso de esta joven egipcia.

Volvió a asomar la cabeza por el hueco de la pared.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque el profesor descubrió que Neith tiene un vínculo con alguien muy cercano a él —le revelé en voz baja.

Jack levantó las cejas y se acercó a mí lentamente.

—¿Me estás diciendo que Neith es una antepasada de alguien cercano a Henry Donovan? —inquirió con asombro.

—Algo así —respondí sin dar más explicaciones.

—Me estás gastando una broma, ¿no?

—No es ninguna broma —le aseguré con seriedad—. Ven, quiero enseñarte algo.

Me interné en la cámara secreta con la linterna en la mano, y cuando localicé uno de los bustos de Neith que formaban parte de sus pertenencias, lo alumbré para que Jack pudiera contemplarlo a sus anchas.

Su gesto fue pasando por varias expresiones, cada cual más representativa del grado de incredulidad que estaba experimentando su mente en esos instantes.

—No es posible —musitó en apenas un susurro.

—Lo es.

Me miró de hito en hito.

—Es idéntica a Melanie. ¿Qué demonios...? —exclamó, mientras salía a toda prisa de la pequeña cámara, como si huyera del demonio.

Durante varios minutos observé la lucha interna que Jack mantenía consigo mismo para asimilar

lo que le estaba contando... y lo que acababa de ver. Aunque no le había revelado toda la verdad, tampoco le había mentado, así que no me sentí mal por incluirlo en aquel arriesgado plan.

—No voy a intentar comprender lo que acabo de ver, porque realmente se escapa a mi entendimiento e incluso me hace plantearme mil preguntas que no estoy preparado para hacer ahora. Si las hiciera, ¡parecería un puto lunático!

—De acuerdo —traté de calmarlo, comprendiendo su desconcierto—. No hablemos sobre lo que te he enseñado. Solo dime si me ayudarás a llevar a cabo mi cometido.

Dudó, frotándose la cara con las manos de forma enérgica. De repente paró en seco y me observó con fijeza.

—Lo haré —dijo Jack finalmente.

Sentí un gran alivio al saber que podía contar con su ayuda y su discreción.

—¿Estás seguro? —dudé.

—Por supuesto —afirmó—. No tengo ni la más remota idea de que significa todo esto, pero haría cualquier cosa por el profesor Donovan, y si eso implica que derribemos una tumba para proteger los restos de... alguien que le importaba, así será.

No quería profundizar más en el asunto para no mentirle, además, cuanto menos supiera Jack, mejor sería para todos.

—Tengo la certeza de que proteger el contenido de esta tumba es lo que Henry querría —corroboré.

—Bien, pues no hablemos más —aseveró Jack—. Vamos al lío. ¿Tendremos suficiente con los explosivos que hemos traído?

Medité durante unos segundos, paseándome de un lado a otro de la sala.

Los explosivos que usábamos en arqueología tenían poca potencia, pero con un poco de suerte y colocándolos en los lugares clave, podríamos provocar un derrumbe con la suficiente intensidad como para sellar aquel sitio para siempre.

—Estoy convencido de que nos servirán —le afirmé—. Pero antes debemos introducir el sarcófago en la cámara secreta y después la cerraremos.

Entré en el pequeño habitáculo para buscar la mejor ubicación para el sarcófago, pero al ver los objetos de Neith el dolor me oprimió el pecho. Se trataba de sus recuerdos, todas sus pertenencias más queridas, que habían formado parte de su vida. Acaricié con suavidad el brazalete dorado que siempre había llevado puesto, incluso el día que la conocí.

Neith me contó que su madre se lo había regalado cuando solo era una niña, prometiéndole que mientras lo llevase con ella nada malo le ocurriría, pues era una reliquia familiar que les había brindado protección a las mujeres de su familia durante generaciones.

Sin pensármelo dos veces, y asegurándome de no ser visto por Jack, introduje el brazalete en uno de los bolsillos traseros de mi pantalón, con la única intención de entregárselo a Melanie para intentar una vez más que recuperara sus recuerdos. Según lo que me dijo el sacerdote *sem* durante la ceremonia de reencarnación, sus pertenencias la ayudarían a recordar, así que era probable que cuantas más cosas tuviera, más posibilidades habría de tener éxito.

Aparté unas cuantas piezas, hasta que quedó un hueco lo suficientemente grande como para albergar al gran sarcófago.

—Ya está —avisé a Jack—. Ahora queda lo más complicado.

—Vamos allá —animó Jack.

Con ayuda de los materiales que habíamos introducido en la cámara para apuntalar el techo, logramos sacar el pesado sarcófago de la tumba y lo trasladamos con cuidado, hasta depositarlo

dentro de la cámara secreta. Acto seguido, cerré la entrada mediante el mismo mecanismo con el que lo había abierto y la pared quedó sellada.

Por fin los restos de Neith estarían a salvo para siempre.

—Voy a traer los explosivos —manifestó Jack.

—De acuerdo —asentí—. Mientras regresas prepararé las zonas donde los colocaremos.

Trabajamos codo con codo durante una hora, con mucho cuidado al manejar los explosivos, y cuando estuvieron emplazados en los lugares correspondientes, salimos de la sala para hacerlos estallar.

Por suerte, la tumba estaba a bastante distancia del campamento y la explosión apenas se escucharía allí.

Las primeras detonaciones funcionaron a la perfección, dejando completamente derruida la cámara donde había estado el sarcófago hasta minutos antes.

Realizamos el mismo procedimiento con la antesala y emprendimos el camino de salida de la tumba para detonar los explosivos desde fuera. Sin embargo, mi intuición me avisó de que algo no iba bien, pues justo cuando me disponía a salir hacia el largo pasillo de entrada noté que varias piedras pequeñas caían sobre mi cabeza.

Me quedé quieto en el sitio y miré a Jack, que estaba justo en el umbral, con un pie en las escaleras que ascendían al exterior.

La expresión de terror en la cara de Jack me confirmó que algo malo iba a ocurrir.

—¡Corre, Ryan! —gritó—. ¡Sal de ahí ahora mismo!

Pero fue demasiado tarde.

Lo último que sentí fue que el techo caía sobre mí; después, la oscuridad se apoderó de mí.

Capítulo 23

Melanie

Los equipos de salvamento tardaron ocho horas en rescatar a Ryan de la cárcel de piedra donde estaba atrapado. Un tiempo eterno en el que mil posibilidades pasaron por mi mente y del que solo saqué una cosa en claro: no quería vivir sin Ry.

Me encontraba en shock, tanto que ni siquiera las lágrimas brotaban de mis ojos. Sin saber por qué, me aferré al colgante de lapislázuli de mi cuello y permanecí así, clamando a todos los dioses de todas las culturas que conocía, para que Ryan saliera con vida.

Aunque intentaron que me marchara del lugar, no consiguieron que me alejara de allí hasta que los gritos de los rescatadores me indicaron que lo habían encontrado, y lo más importante, que aún vivía.

Los siguientes días resultaron tan confusos que solo recordaba fugaces flashes. El médico comunicándonos la extrema gravedad de su estado, asegurando que las primeras setenta y dos horas eran cruciales para su posible recuperación. La espera en aquella diminuta sala, de la que Jack, Claire y yo no nos movimos ni un solo instante. Las noticias esperanzadoras de haber superado lo peor. Y el maldito momento en el que nos dijeron que Ryan estaba en coma y que solo dependía de él y de su fortaleza, que despertase o no.

Cuando al fin lo trasladaron a una habitación, Claire, Jack y yo nos turnábamos para no dejarlo solo, siempre con la confianza de que Ryan saliera pronto adelante.

Pero los días transcurrían y nada cambiaba.

Una semana más tarde, el equipo continuó con los trabajos en las excavaciones de Taposiris Magna y en el campamento. Menos nosotros tres, que permanecemos en Alejandría junto a Ryan.

Jack se ocupó de conseguir dos habitaciones en un hotel cercano al hospital, donde nos hospedamos y descansábamos, alternando nuestras estancias.

—Deberías irte a descansar.

Jack había llegado unos minutos antes para relevarme, pero ese día no quería marcharme de allí, pues había notado un leve movimiento en la mano derecha de Ryan y tenía la esperanza de que se produjese por fin el milagro.

—Solo una hora más —le contesté.

—Mel, vete al hotel y duerme —me ordenó con más firmeza—. Llevas más de catorce horas aquí y vas a caer enferma como sigas así.

Suspiré, echando un último vistazo al rostro de Ryan. Nada. Ninguna señal de que fuese a despertar.

—Está bien —cedí—. Pero si hay algún cambio, por pequeño que sea, prométeme que me avisarás.

—Ya sabes que sí —me aseguró—. Ve tranquila.

Me acerqué a Ryan y besé su frente, acariciando su templada mejilla, que lucía una barba de varios días.

—Me llevaré la ropa de Ry para dejarla en la lavandería —manifesté con tono triste—. He visto que aún está llena de polvo y sangre, metida en ese armario.

—De acuerdo. Ryan la necesitará pronto. Lo sé.

El optimismo de Jack me dio fuerzas para sacar de allí aquellas prendas que eran un cruel recordatorio de lo ocurrido. Y me marché al hotel con los ojos empañados y sin atreverme a echar un último vistazo hacia la cama donde reposaba Ry.

No tardé demasiado en llegar al hotel, donde encontré a Claire en la habitación que compartíamos. Para mi asombro, vi que tenía los ojos y la nariz enrojecidos. Nada más verme, se echó en mis brazos y lloró con desconsuelo.

—¿Qué ha pasado? —Me preocupó su desamparo—. Dime que no has vuelto a discutir con Jack.

Negó con la cabeza sin parar de sollozar.

—Esta vez es definitivo —aseveró—. Jack me ha confesado su situación y me ha dicho que no le queda otra alternativa que casarse con esa mujer, a pesar de no amarla.

La acuné con fuerza.

—No llores —traté de animarla, aunque sabía que era en vano—. Lo olvidarás. Eres fuerte y te mereces un hombre que tenga el valor de enfrentarse a su familia y lo deje todo por ti.

No entendía por qué Jack estaba causando ese dolor gratuito en los dos, pues sabía que ambos estaban enamorados. ¿Qué motivo tan poderoso podría obligarlo a renunciar a su corazón? ¿Por dinero? Nunca hubiese imaginado que Jack fuera un hombre tan interesado.

—No lo haré. No podré olvidarlo.

Claire se apartó para enjugar sus lágrimas.

—Pues deberías —le aconsejé—. No dejes que ningún hombre ponga sus intereses económicos por encima de ti.

Claire volvió a negar.

—No lo hace por él, es por su hermana —me explicó, recuperándose del llanto—. Jack estaba decidido a renunciar a su herencia, pero su padre lo ha amenazado nuevamente, esta vez le ha dicho que dejará a su hermana de patitas en la calle si él no acepta ese matrimonio.

—¿Pero qué clase de hombre malvado puede hacer algo así con su propia hija? —me horroricé.

—Alguien sin escrúpulos.

—Sin lugar a dudas —corroboré.

Claire suspiró, un poco más calmada tras haberse desahogado conmigo.

—No tiene sentido darle más vueltas. Dejemos este tema —reclamó—. Dime, ¿hay algún cambio en el hospital?

Esta vez me tocó a mí resoplar.

—Todo sigue igual —le confirmé, y recordé la bolsa con la ropa de Ryan—. He traído esto para llevarlo a la lavandería.

Al introducir las manos en la bolsa y sacar una prenda para enseñarle a Claire su contenido, algo metálico cayó al suelo. Me apresuré a recogerlo, no sin antes darme cuenta de que se trataba de una especie de brazaletes dorado, con símbolos egipcios grabados.

Cuando mi mano entró en contacto con el frío metal sentí una fuerte punzada en la cabeza que me obligó a soltar el objeto para sujetarme el rostro con las manos.

—¡Mel! ¿Qué te ocurre? —La voz de Claire se abrió paso a lo lejos en mi mente, pero no conseguí deshacerme del dolor que se apoderó de cada terminación nerviosa de mi cuerpo, ni tampoco del agudo pitido que resonaba en mi cerebro con intensidad.

Abrí la boca para contestar, pero ningún sonido salió de mis labios. Sin embargo, una escena se cruzó por mis pensamientos, a la vez que el grado de mi jaqueca aumentaba.

Vi con claridad a una bella mujer que me entregaba ese mismo brazaletes y me decía algo en un extraño idioma, que sorprendentemente entendí.

Al momento volví en mí y noté una intensa quemazón en mi pecho, justo a la altura del lugar donde reposaba el collar de lapislázuli. Agarré con fuerza la reliquia y volví a visualizar otra extraña visión; era la misma que había tenido con anterioridad, un hombre con el mismo aspecto que Ryan depositando el collar sobre mi cuello desnudo.

Acto seguido, la imagen cambió para dar paso a otra, en la que un hombre de mediana edad me explicaba, en ese idioma extranjero, que Sekani había perecido en la batalla. Entonces, noté que todo mi cuerpo comenzaba a temblar y grité.

—No. Sek... —susurré.

El rostro de Ryan apareció en mi mente, emergiendo entre una nube oscura.

Sekani... Ryan.

Claire movía la boca y me zarandeaba, pero no lograba escuchar lo que decía. Su rostro estaba pálido, presa de la incertidumbre.

Cerré los ojos con fuerza y otra visión me asaltó. Esta vez vi mis manos llevándose un recipiente a la boca. Sentí un amargo sabor, que conforme bajaba por mi garganta me provocaba un dolor indescriptible, tan fuerte que me dobló en dos. Oí que una voz femenina gritaba el nombre de Neith y se acercaba hasta rodearme entre sus brazos.

Y entonces lo supe. Todo cobró sentido.

De pronto, el dolor cesó, junto al intenso pitido que resonaba en mis oídos.

El ruido atronador de mi cabeza se quedó en silencio.

—¡Melanie! Me estás asustando. —La voz desesperada de Claire me devolvió al presente—. ¡Contéstame!

Me apoyé en su rodilla y alargué la otra mano para tomar la de Claire y apretarla.

—Estoy... bien —logré decir en voz baja.

Aún aturdida y abrumada por los miles de recuerdos que se agolpaban en mi cerebro, conseguí ponerme en pie y recogí de nuevo el brazalete del suelo.

Dos vidas se mezclaban en mi mente. Una en el pasado y otra en el presente, pero con cuatro nexos en común: Sekani, Ryan, Neith y yo. Dos almas separadas por más de dos mil años, pero unidas por algo tan fuerte que ni si quiera el tiempo había conseguido desligar: el amor verdadero.

Claire me alcanzó un vaso de agua, el cual tomé agradeciendo su gesto.

—¿Vas a decirme qué te ha pasado? —me interrogó.

—Tengo que verlo, debo regresar al hospital —susurré para mí, pero Claire me escuchó—. Ryan no va a dejarme otra vez, lo haré despertar aunque sea lo último que haga en esta vida.

—¿Se puede saber de qué demonios hablas, Mel?

Contemplé con atención el gesto preocupado de mi amiga y entendí que no debía seguir ocultándole mi secreto, aunque Ryan creyese que no era una buena idea. Pero yo sabía que Claire era alguien en quien podía confiar.

—Tengo que contarte algo —comencé—. Pero te advierto que debes abrir la mente y no interrumpirme hasta que termine. Después responderé a todas las preguntas que quieras hacerme.

Claire asintió, frunciendo el ceño.

—Te escucho, suéltalo.

Sujeté sus manos entre las mías antes de comenzar a relatarle mi increíble historia.

—Será mejor que te sientes —le aconsejé, y empecé a contarle toda la verdad, desde el principio.

Capítulo 24

Melanie

Miedo. Gritos. Desesperación. Llanto. Desperté sobresaltada, con mi corazón latiendo a toda velocidad, hasta que fui consciente de dónde me encontraba y mi cuerpo se relajó poco a poco.

—¿Otra vez la misma pesadilla? —La voz de Claire provenía de la puerta de la habitación del hospital—. Márchate a descansar un poco. Estás tan agotada que te quedas dormida en cualquier parte.

—Hola. —Suspiré y desvié mi mirada hasta la cama donde reposaba Ryan—. Sí, otra vez he revivido el accidente en sueños. Ha sido horrible.

Claire se aproximó a mí y me revolvió el pelo con ternura.

—Tranquila —me aconsejó—. Ya sabes lo que han dicho los médicos; debemos ser pacientes.

—Pero a mí ya no me queda tiempo —dije con voz queda, mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla—. Ya sabes que mañana regreso a Nueva York.

—Lo sé. —Sonrió—. Aunque no debes preocuparte, Jack y yo estamos aquí. Cuidaremos de él hasta que vuelvas.

—Eso si no os matáis antes el uno al otro —murmuré para mí.

Las palabras de Claire no mejoraron mi humor. No quería marcharme, y menos tras haber recuperado los recuerdos de mi vida anterior. Tenía tantas preguntas que hacerle a Ryan...

Los días pasaban y el estado de Ryan no presentaba cambios. Los médicos decían que cuantos más días transcurriesen desde que Ry entró en coma, más complicado sería que aquello tuviera un final feliz. Así que cada hora que pasaba sin que despertase, mi pesadumbre aumentaba a pasos agigantados.

Había alargado mi estancia en Alejandría cuanto pude, pero ya no me quedaba otra alternativa más que volver a Nueva York, al menos por el momento, debido a la notificación que nuestros abogados habían recibido respecto a la custodia. Mi hermana y yo debíamos presentarnos ante el juez que nos habían asignado. Sarah era solo una adolescente y me necesitaba más que nunca a su lado. Aunque tenía planeado regresar a Egipto en cuanto me fuera posible, pero ¿y si ya era tarde?

—Deberías irte a descansar al hotel —insistió Claire—. Mañana te espera un largo viaje.

Suspiré.

—No quiero irme de su lado. —Varias lágrimas se escaparon de mis ojos—. ¿Por qué ha ocurrido esto justo cuando el destino nos daba otra oportunidad?

—No seas pesimista —me animó—. Ya conoces mi opinión, estoy segura de que Ryan se pondrá bien y viviréis felices. —Y añadió—: Es imposible que vuestro amor se termine aquí, después de sobrevivir a la muerte y a dos mil años de separación.

Todavía me costaba hablar con Claire sobre la reencarnación; aún me embargaba el miedo a su rechazo. Cuando se lo conté todo, su reacción fue intentar buscar una explicación racional, como era lógico en una historiadora. Durante días consultó un montón de libros y documentos antiguos, incluso preguntó a otros colegas de profesión, tratando de desmontar mi verdad. Pero finalmente no le quedó otra alternativa que creerme, sobre todo cuando le entregué todas las pruebas de las que disponía y comprobó que la nota de Susan, la amiga de mi padre, era cierta.

—Shhhh —le pedí a Claire—. Te he dicho muchas veces que no menciones esas cosas donde cualquiera pueda oírnos.

—¿Oír el qué? —Era la voz de Jack, quien acababa de entrar en la habitación.

Claire puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua con fastidio.

—Nada que te importe —le respondió airada.

—A ti no te lo he preguntado, ratita —le soltó Jack, sabiendo lo poco que le gustaba que la llamase así.

Resoplé, resignada a soportar otra nueva discusión entre ellos. Así había sido durante el mes que llevábamos en aquellas circunstancias.

—Te he dicho mil veces que no me llames así —espetó Claire.

—Ratita. Ratita. Ratita —se burló Jack.

Una zapatilla deportiva voló casi rozando la cabeza de Jack.

—Cállate, idiota —le ordenó la historiadora.

—Fallaste —canturreó Jack.

Claire y Jack ya no se soportaban, pero tampoco podían vivir el uno sin el otro. De hecho, estaba totalmente convencida de que ninguno daba su brazo a torcer y se marchaba para no separarse del otro, pues cuando lo hicieran sería algo definitivo, y no estaban preparados para no verse más.

Era una situación insostenible, ya que sus fuertes personalidades estallaban con la más mínima provocación del otro.

Claire se puso en pie para comenzar la guerra, pero la frené con mis palabras.

—¿Por qué no continuáis con vuestras pullas ahí fuera y me dejáis un rato a solas con Ryan? —les sugerí.

Claire me miró y su expresión se suavizó.

—Lo siento —admitió—. Tienes razón, este no es el lugar indicado para ponernos a discutir. —Dirigió su mirada a Jack y prosiguió—: Salgamos un rato, así podrás despedirte de él, Mel.

—Gracias.

Respiré aliviada cuando la puerta se cerró y me quedé sola, con la única compañía de Ryan y del sonido de la máquina que controlaba sus constantes.

Me acerqué hasta su cama con lentitud y lo observé en silencio durante varios minutos. Apenas le quedaban marcas en su cara de las heridas que había sufrido en el accidente, tan solo una pequeña cicatriz daba cuenta de las graves consecuencias que sufrió su salud. Sin embargo, su torso se llevó la peor parte, pues las heridas de su pecho sí que resultaban mucho más visibles y eran bastante impresionantes a la vista, aunque habían curado rápido y ahora se mostraban como dos grandes líneas rojizas en su piel.

Acaricié su mano con suavidad. Cuánto deseaba que abriera sus ojos en ese instante para ponerle fin a esa maldita pesadilla. Pero no movió ni una sola pestaña. Nada.

—No te atrevas a dejarme, Ry —le susurré con rabia.

Había desafiado a la muerte, a la razón y a todo lo humano y lo divino, solo para recuperarme. No era justo que todo se acabara así.

Necesitaba saber si él también había recordado su vida anterior, si había descubierto que era la reencarnación de Sekani, tal y como sospechaba.

En un arrebato de furia e impotencia, me acurruqué a su lado en la estrecha cama y lloré hasta que no me quedaron lágrimas, añorando los momentos que habíamos compartido, tanto en el pasado como en el presente.

No sé cuánto tiempo permanecí así, junto a él, pero no podía retrasar más mi despedida.

Sequé mis lágrimas y traté de recomponerme, pero no logré reprimir una última caricia, un último beso en su frente antes de marcharme.

—Te amo con todo mi corazón, Sek —le susurré—. Y siempre te amaré.

Sin mirar atrás para no arrepentirme, caminé hasta la puerta y salí de la habitación del hospital con el alma hecha trizas; sin saber si Ryan viviría o si esa sería la última vez que lo viese.

Capítulo 25

Ryan

Voces. Claridad. Sed. Mucha sed. Desperté con un fuerte dolor de cabeza y la garganta totalmente seca. Intenté moverme, pero mis músculos no me respondieron.

Una discusión tenía lugar cerca de mí.

—¿Por qué no te vas con tu prometida y me dejas en paz? —decía una voz femenina, que me resultaba familiar.

—Porque es más divertido quedarme aquí para fastidiarte, ratita.

Era Jack.

—Y yo que pensaba que Ryan te importaba algo y estabas aquí para cuidar de él, pero ya veo que a ti solo te importas tú mismo.

Y esa era Claire, sin duda.

—Deja ya de protestar por todo y admite que estás loca por mí —fanfarroneó Jack.

Miré a mi alrededor, hasta donde alcanzaba mi vista. Estaba en un hospital. ¿Qué había pasado?

Traté de articular palabra, pero tampoco tuve éxito. Sin embargo, conseguí girar levemente mi cuello hasta localizar a Claire y Jack, que mantenían una disputa dialéctica, ajenos por completo a mi presencia.

—Eso es lo que a ti te gustaría, estúpido egocén... —La voz de Claire se interrumpió y abrió mucho los ojos cuando vio que la miraba con el ceño fruncido—. Oh, Dios. ¡Está despierto!

Los dos se aproximaron a mí con rapidez.

—Ryan, ¿estás bien?

Intenté levantarme en vano, pero Jack, percatándose de mi frustración, alzó con la manivela la parte superior de mi cama.

—Agua —logré decir al fin.

—Por supuesto —se apresuró a responder Claire, a la vez que vertía en un vaso agua de una botella—. Toma.

Me lo acercó hasta los labios y bebí con dificultad.

—Gracias. —El agua alivió parte de la sequedad de mi garganta—. ¿Qué ha pasado?

Los dos se miraron.

—¿No recuerdas nada? —inquirió Jack.

Intenté hacer memoria, pero el intenso dolor de cabeza me lo impidió.

Negué con la cabeza, frustrado, mientras me deshacía de varios cables y aparatos que me molestaban.

—No hagas eso —me regañó Claire—. Será mejor que vaya a avisar a los médicos —sugirió.

—De acuerdo —asintió Jack—. Yo me quedaré aquí con él.

Claire se apresuró a salir de la habitación, cerrando la puerta con suavidad.

Una imagen fugaz cruzó por mi mente. La cámara funeraria de Neith. Una explosión. Un largo pasillo. La oscuridad.

—Creo... que estábamos en la tumba de... Neith —dije con esfuerzo.

Jack asintió, animándome a recordar.

—Tras la explosión que provocamos —susurró en voz baja—. El techo del pasillo de la entrada a

la tumba se derrumbó sobre ti. Sufriste un terrible accidente.

Palpé mi cabeza en busca de heridas y noté un fuerte dolor en la sien, aun así intenté levantarme de la cama otra vez.

—Ayúdame a incorporarme —solicité a Jack—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Un intenso mareo se me apoderó de mí. Jack me sujetó con firmeza porque no podía mantenerme erguido sin que la cabeza me diera vueltas, así que me senté en el borde de la cama.

Lo oí bufar.

—Has estado en coma un mes —me reveló.

¿Un mes? ¿Cómo era posible? ¿Tan grave había sido el accidente?

De repente, una voz se abrió paso en mi memoria. «Te amo con todo mi corazón, Sek».

Sek, había pronunciado el nombre Sek. Se trataba de una voz dulce y suave de mujer que me resultaba extrañamente familiar.

Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad. Tenía que tratarse de Melanie. Pero, ¿me había llamado Sek? Necesitaba saber qué estaba pasando con urgencia.

El rostro de Melanie se instaló en mi cerebro y ya no me importó nada más. Sí, cada segundo que pasaba más seguro estaba de haber escuchado su voz hablándome mientras me encontraba en coma.

—¿Dónde está Mel? —le pregunté con preocupación.

Jack levantó las cejas en señal de asombro.

—Tranquilo. Mel está bien —me aseguró—. Ha cuidado de ti hasta hoy. No quería moverse de tu lado ni de día ni de noche, pero la hemos obligado a descansar, por su bien.

Sonrió, intentando calmar mi inquietud.

—¿Dónde está ahora? —insistí, oteando a mi alrededor, mientras el mareo continuaba haciendo de las suyas.

Jack abrió la boca para hablar, pero se arrepintió y calló.

—¿Qué ocurre, Jack? —Mi desasosiego iba en aumento—. Dime dónde está Melanie, por favor.

Permaneció en silencio, mirando al suelo durante unos segundos que se me antojaron eternos.

—Se ha marchado a Nueva York.

Palidecí.

—¿Qué?

—No ha podido retrasarlo más —me explicó—. Debía presentarse en el juzgado por un tema legal sobre su hermana.

Intenté ponerme en pie, pero Jack se interpuso, bloqueándome el paso. Mis piernas no sostuvieron el peso de mi cuerpo, pero gracias a Jack no me caí de bruces.

—¡Tengo que verla! —grité.

—¿Estás loco? —me regañó—. No puedes irte, acabas de salir del coma. Mírate, ni siquiera te mantienes en pie.

—Tú no lo entiendes —le dije—. Necesito saber algo. ¡No puede marcharse ahora!

—¿Y qué piensas hacer? ¿Piensas ir a buscarla? ¿Así, vestido con el pijama del hospital y sin poder caminar?

Jack tenía razón, la cabeza me daba vueltas y el esfuerzo que había realizado me estaba pasando factura. Con su ayuda volví a recostarme en la cama, respirando con dificultad.

Miré el reloj del televisor.

—¿A qué hora se ha ido?

Consultó la hora en su muñeca.

—Aún estará en el aeropuerto —dudó Jack—. Su vuelo despegará dentro de media hora.

Las fuerzas me abandonaban por momentos, pero hice un último intento.

—Jack, por favor, tienes que ayudarme. —Hice una pausa para tomar aliento y continué—: Tienes que impedir que se vaya. ¿Lo harás?

Unas voces en el pasillo del hospital llamaron nuestra atención. Claire y los médicos se acercaban a la habitación con lentitud.

—Has perdido la cabeza —espetó Jack—. Mírate, necesitas descansar. Acabas de salir del coma.

—No dejes que se marche —murmuré mientras notaba cómo me debilitaba con rapidez.

Jack resopló sin dejar de mirar la puerta, que de un momento a otro se abriría para dar paso a los médicos.

—Está bien. Está bien, lo haré —cedió, aunque no demasiado convencido.

Capítulo 26

Melanie

El aeropuerto de Alejandría parecía un horno, aunque el sol todavía no había alcanzado su plenitud. Se suponía que en la época del año en la que estábamos el clima debía dar una tregua, dejando temperaturas más suaves. Pero nada de eso era importante, ni siquiera el intenso calor, puesto que mi mente se había quedado en aquella habitación de hospital, donde dejé a Ryan, a mi pesar.

Nunca me hubiera marchado de no ser estrictamente necesario, si no hubiéramos recibido aquella notificación del juzgado que requería la presencia de mi hermana y la mía en la primera vista para dictaminar la guardia y custodia de Sarah. Algo imposible de eludir.

Suspiré, abanicándome con el billete de avión, mientras miraba la interminable fila de gente que se amontonaba por delante de mí.

De algo estaba segura, una vez que dejase resuelto ese asunto, regresaría a Egipto junto a Ryan. Bueno, en caso de que no ocurriera algo terrible y fuese demasiado tarde.

No. No y no. No iba a pensar eso. Ryan iba a vivir, despertaría del coma y tendríamos esa segunda oportunidad que tanto nos merecíamos.

Tras recuperar los recuerdos de mi vida en el pasado, cada día añadía a mi mente nuevas pruebas que me convencían de que Sekani y yo habíamos sido víctimas de un cruel plan, trazado por mi padre para separarnos. Y esa certeza me impulsaba a seguir luchando para lograr una felicidad que nos había sido vetada, sin más razón que un estúpido capricho de un hombre sin escrúpulos que no dudó en imponer sus deseos por encima de mi vida, incluso. Fue terrible para mí descubrir la clase de persona que era mi padre del pasado y hasta dónde llegó para salirse con la suya.

—¡Melanie!

Me di la vuelta al escuchar que alguien me llamaba a lo lejos, pero por más que busqué, no vi a nadie conocido.

—¡Mel! ¡Aquí detrás!

Mi cuerpo se tensó al reconocer con claridad la voz de Jack. Era imposible, pues se había quedado en el hospital cuidando de Ry.

—¿Jack? —susurré a la vez que examinaba cada rincón de aquella gran sala abarrotada de gente, pero no conseguí localizarlo.

Anduve varios pasos, intentando divisar de dónde provenía la voz. El subconsciente debía estar jugándome una mala pasada, pues era imposible que estuviese allí.

De repente noté que tiraban de mi mano con suavidad y me encontré frente a frente con el rostro desencajado de Jack; clara señal de que algo malo había ocurrido.

Me llevé una mano a la boca, incrédula, temiendo lo peor. Mis piernas temblaron y tuve que sujetarme a su brazo para no caerme al suelo por culpa de la impresión.

—Mel, no puedes irte. Ha ocurrido algo —dijo en tono serio, con la respiración alterada.

Palidecí.

—No... No puede ser. —Apreté con fuerza su mano y lo observé con detenimiento para cerciorarme de que no se trataba de una suposición falsa—. ¿Es Ryan? —Hice una pausa, sacudiendo mi cabeza para evitar que las lágrimas comenzasen a brotar de mis ojos—. Dime que no le ha pasado

nada malo, por favor.

—Tranquila. No es lo que temes. Ha despertado, Mel —me interrumpió, limpiando el reguero salado que corría por mis mejillas—. Y él mismo me ha pedido que no te dejara marcharte a Nueva York.

Arrugué la frente, sin lograr reaccionar ante tan inesperada noticia. Una enorme sensación de alivio fue recorriendo cada fibra de mi cuerpo, dejándome en un estado de total debilidad. Apenas me mantenía en pie.

—¿Me estás diciendo la verdad? —susurré, atónita—. No puedo creer que al fin haya salido del coma.

—Pues créelo.

En ese momento fui realmente consciente de lo que significaba que Ryan hubiera despertado. Todo iba a salir bien y nada malo iba a sucederle.

—Tengo que verlo —rogué.

Sin esperar ni un segundo más, salí de la fila para dirigirme hacia la salida del aeropuerto. Me daba igual perder el vuelo, tan solo quería comprobar por mí misma que era cierto lo que decía Jack, y Ryan había despertado.

Necesitaba contarle quiénes éramos en realidad, que sabía que era la reencarnación de Neith y que él era Sekani. Y al fin me enteraría de si él también lo había descubierto.

—Vamos —dijo Jack, posicionándose a mi lado—. Te llevaré de vuelta al hospital.

Asentí, con mi corazón latiendo a toda velocidad. Y, sin más dilación, nos pusimos en camino de regreso junto a Ryan.

Cuando llegamos al hospital, los médicos nos informaron sobre el estado de Ryan antes de entrar en la habitación donde se encontraba. Al parecer, todo estaba dentro de la normalidad, se iba a recuperar, aunque necesitaría unas cuantas semanas para comenzar a fortalecerse, pues había permanecido mucho tiempo en coma, y su cuerpo estaba debilitado.

No pude evitar romper en llanto cuando al fin pasamos al interior y lo vi en la cama, dormido. Era tal la sensación de alivio que sentía ante tantos días de horrible angustia, que nadie me alejaría de esa cama hasta comprobar con mis propios ojos que de veras Ryan se encontraba bien.

En un determinado momento, abrió los ojos y me reconoció. Lo supe cuando me sonrió, desplegando esa mirada de ternura que tanto me gustaba.

—Melanie. Has venido —me dijo.

—Nada me lo hubiera impedido. Estoy aquí y no me moveré de tu lado. Te lo prometo —aseveré.

—Necesito que me digas... —pronunció con dificultad.

—¿Qué quieres saber, Ry?

Pero al instante, todo mi cuerpo se tensó al escuchar sus siguientes palabras.

—¿Quién es Sek? —musitó.

Me quedé en shock y no logré articular sonido alguno.

Mis sospechas no eran ciertas y algo dentro de mí se rompió en mil pedazos. A pesar de mi esperanza de que Ryan lo supiera desde siempre y me hubiera ayudado a recordar, él en realidad no recordaba nuestro pasado. No sabía que éramos Sekani y Neith.

Pero no hizo falta darle una explicación de inmediato, pues los calmantes que le acababan de suministrar volvieron a hacerle efecto y de nuevo se quedó dormido.

Continué dándole vueltas al asunto en mi cabeza. Había algo que no cuadraba en todo ese asunto. Si no estaba al tanto de nuestra reencarnación, ¿por qué conocía Ryan nuestra historia y me la había

contado a modo de cuento?

Era imposible que solo se tratara de una simple coincidencia. Pero, ¿y si solo era eso? Lloré con desconsuelo. Nada tenía sentido y, para colmo, no tenía ni la menor idea de cómo conseguiría que Ryan me creyera en algo tan difícil de asimilar como la reencarnación.

Quizás era mejor dejar las cosas como estaban y no arriesgarme a que me tomara por una chiflada.

No sé cuántas horas pasé allí sentada, sujetando una de sus manos entre las mías; pero en algún momento debí acurrucarme junto a él en la cama y quedarme dormida, vencida por los nervios y el cansancio.

Capítulo 27

Ryan

Desperté y lo primero que vi fue la cabeza de Mel reposando sobre mi hombro. Se había quedado dormida junto a mí. Con sumo cuidado para no despertarla, le deposité un beso suave en la frente y di gracias mentalmente por tenerla allí conmigo.

Mi mente estaba llena de lagunas y necesitaba hallar respuestas, pero no tenía prisa, esperaría lo que hiciera falta. ¿Quién era Sek? Y ¿por qué ese nombre me provocaba tanta inquietud?

La única certeza que tenía en ese instante era que me había enamorado de Mel y cuando me recuperase tenía toda la intención de hacer lo que fuera necesario para pasar el resto de mis días con ella. Si hacía falta, dejaría el trabajo de campo para mudarme a Nueva York y dedicarme a impartir clases sobre historia, o charlas sobre arqueología.

Melanie se removió y abrió los ojos perezosamente.

—Hola, pequeña.

Me sonrió sin decir nada, tan solo me acarició la mejilla con ternura.

A pesar de las ojeras que evidenciaban su cansancio, se veía preciosa, con su larga melena extendida sobre la almohada.

—¿Esto es real? Me parece un sueño verte despierto —murmuró al fin, y acto seguido su sonrisa se esfumó—. Llegué a pensar que no te recuperarías.

Sostuve su mano entre las mías y la apreté con fuerza. Quería besarla para demostrarle cuánto la amaba, pero me contuve, pensando que tendríamos muchas oportunidades en adelante.

—Pues aquí estoy. Es muy real y tienes que saber que no voy a separarme de tu lado jamás.

Su mirada estaba empañada por las lágrimas que se acumulaban en sus ojos y me sentí feliz al saber que de veras mostraba una emoción tan intensa por mí.

—Eso espero —masculló, con una expresión de tristeza en su rostro—. Te he echado tanto de menos... No te atrevas a dejarme nunca.

Recogí con mis dedos una lágrima que resbalaba por su cara, y la abracé con firmeza, queriendo retenerla entre mis brazos para siempre.

—Nada ni nadie nos va a separar. Te lo prometo.

Durante varios minutos permanecimos en silencio, disfrutando del contacto que se nos había sido negado todo ese tiempo que había permanecido en coma.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó, de repente.

—Me siento cansado, como si todas las partes de mi cuerpo pesaran el doble que antes.

—Imagino que es normal que te sientas así —manifestó, preocupada—. Pero estoy segura de que poco a poco recuperarás tu estado de forma.

Su mano seguía acariciando la piel de mi rostro con suma dulzura.

—Puede ser, aunque también hay cosas que me causan inquietud y potencian mi extremo cansancio, como por ejemplo el nombre que pronunciaste cuando estaba en coma, y que su recuerdo me atormenta desde entonces.

Noté que Mel se tensaba.

—Entonces, ¿me escuchaste realmente?

—Sí —le confirmé otra vez.

Melanie se mostró nerviosa ante mi respuesta, pero no me contestó. Miró el reloj de la pared y agrandó los ojos. Acto seguido se levantó de inmediato y comenzó a colocarse bien la ropa.

—¿Qué ocurre? —inquirí.

—Los médicos suelen pasar a realizar una visita sobre esta hora, más o menos —me informó—. Voy a salir a ver si los localizo y pueden decirme algo más sobre tu estado, ¿de acuerdo? Además, necesito hacer unas llamadas para ver si consigo retrasar la vista sobre la custodia de mi hermana.

—Claro, ve. Yo no me moveré de aquí —bromeé.

Me sentí culpable por no haberle preguntado por ese asunto. Al fin y al cabo, me había portado un tanto egoísta al evitar que se marchara a Nueva York. A lo mejor era por ese motivo por el que había notado un tanto extraña su actitud conmigo.

Melanie estaba en lo cierto, pues los médicos aparecieron poco tiempo más tarde para informarme sobre mi evolución, que resultó ser bastante satisfactoria, ya que mi estado físico anterior al accidente era inmejorable y eso estaba ayudando a la pronta recuperación de mi cuerpo.

—Todas las pruebas han dado buenos resultados —aseveró el doctor en un perfecto inglés—. Tus heridas han sanado y el traumatismo de tu cabeza mejora cada día. Tu cansancio es debido a la falta de masa que han sufrido tus músculos por tantos días en reposo; pero no te preocupes porque recuperarás poco a poco la musculatura, a base de buena alimentación y unos ejercicios que te iremos recomendando cuando estés mejor.

—Gracias —contesté un poco aturdido, pues tanta información de golpe me había provocado dolor de cabeza.

—Bien. Ahora será mejor que descanses. No debes hacer demasiados esfuerzos aún.

Se despidió con amabilidad, no sin antes indicarle a una de las enfermeras que me añadiera otro medicamento a la bolsa de líquido que me suministraba el tratamiento.

Noté cómo poco a poco el sueño me vencía, pero justo antes de dejarme arrastrar por la oscuridad, una imagen extraña cruzó por mi memoria: una cruenta batalla tenía lugar frente a mí; donde cientos de hombres peleaban y no dudaban en clavar su lanza en los cuerpos de los adversarios.

¿Batalla? ¿Lanzas?

Capítulo 28

Melanie

Los médicos tenían razón. Ry era fuerte y en pocos días se estaba recuperando de forma asombrosa, tanto que incluso ya daba algunos paseos por el pasillo del hospital, mientras charlábamos de todo lo que queríamos hacer cuando saliéramos de allí.

Lo malo de esos paseos era que Ryan cada vez insistía más en que le hablara sobre Sek, y yo no estaba preparada para hacerlo. No sabía cómo iba a asimilar la verdad, y ya no podía retrasar más esa conversación, sobre todo después de saber que había tenido sueños en los que él mismo me describía pasajes de nuestras vidas del pasado. Lo mismo que me pasaba a mí antes de recordarlo todo.

—¿Te vas ya hacia el hospital? —me preguntó Claire.

—Sí. —Fui escueta.

Claire observó lo que llevaba en mis brazos; las fotografías y todos los datos que mi padre recopiló, que eran claros indicios de nuestra reencarnación.

—Vas a decírselo, ¿verdad?

Exhalé con fuerza.

—No sirve de nada retrasarlo más —medité en voz alta—. Además, ya viste que el doctor me confirmó que su memoria no había sufrido ningún daño tras el accidente, y que todas las pruebas al respecto habían salido bien. Así que eso desmonta esa remota posibilidad a la que me aferraba, de que el traumatismo le hubiera hecho olvidar nuestra vida del pasado.

Claire me miró con gesto preocupado. Se acercó hasta donde estaba y me abrazó.

—Tranquila, todo va a salir bien.

—Ojalá estés en lo cierto. —Le devolví el abrazo, y me despedí, decidida a terminar cuanto antes con aquella incertidumbre.

Si Ryan pensaba que estaba loca, le daría las pruebas que corroboraban la verdad. Y si no conseguía convencerlo... No, no barajaría esa opción. Mi mente no concebía la idea de permanecer al lado de alguien que no creyera en mí.

Logré retrasar quince días la vista para la custodia de mi hermana, y ya había consumido algunos de esos días, por eso no podía retrasar más esa conversación.

Cuando llegué a hospital me encontré a Ryan charlando animadamente con otro paciente en el pasillo. Parecía alegre y apenas quedaba rastro de debilidad en su cuerpo. Estaba tan guapo que me cortaba el aliento.

—Hola, preciosa. —Se aproximó a mí en cuanto me vio y me dio un rápido beso en los labios—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Cada vez pasábamos más tiempo juntos y nos costaba un mundo mantenernos alejados. Ya no bastaban un par de besos entre nosotros, pues siempre necesitábamos más el uno del otro. Pero nos conteníamos porque cualquiera podía entrar en la habitación y sorprendernos.

Ry tiró de mi mano para introducirme en su habitación. Pero antes de que pudiera reaccionar, cerró la puerta y me apoyó contra ella, asaltando mi boca con vehemencia, presionando su pecho contra el mío y la caja que se interponía entre los dos.

—No puedo más —me dijo muy bajito—. Voy a volverme loco si no lo hacemos.

Gemí contra su boca. Lo necesitaba tanto como él a mí y cada vez me costaba más parar sus avances. Por eso me dejé llevar y lo besé como llevaba días queriendo hacer. Con un anhelo tan poderoso que hizo que nos fundiéramos en un solo ser. Labios con labios. Lengua con lengua.

Su dulce sabor me nublaba el sentido, hasta apoderarse de mí una extraña sensación que me transportó dos mil años atrás. Y sentí cada uno de los besos que compartimos durante nuestra primera vida en el Antiguo Egipto. Un amor único que había atravesado la barrera del tiempo y que estaba segura de que no se agotaría jamás.

—Yo también te deseo, aquí y ahora —le confesé, notando su erección contra el centro de mi ser—. Pero no podemos; debemos esperar.

Ry resopló, fastidiado.

—Cuando salgamos de aquí voy a llevarte a mi cama y no te voy a dejar salir de ella durante varios días —me aseguró, con los ojos cargados de pasión.

—Eso espero —siseé, y le mordí con suavidad su labio inferior sabiendo el efecto que provocaba en él.

Después de eso me aparté de Ry.

—Vas a matarme, ¿lo sabes? —me reprochó—. Me siento como un adolescente cargado de testosterona.

Solté una carcajada.

—Vamos, Ry... tú puedes con esto. Ya falta poco para que salgas de aquí.

Eso captó toda su atención.

—¿Has hablado con los médicos? —me interrogó.

—No, pero me lo ha dicho una de las enfermeras. Tu doctor le ha comentado que si todo va bien, en una semana te darán el alta.

La expresión de Ryan se tornó en auténtica felicidad.

—¿Qué es eso que has traído? —Señaló la caja que llevaba sobre mis brazos.

Había llegado el momento que tanto temía.

—Ven. Tenemos que hablar. —Y para convencerlo de que se trataba de algo importante, añadí—: Es sobre Sek.

Ryan arrugó la frente y se frotó el cuello con la mano, como si de repente le doliera. Pero me hizo caso y se sentó junto a mí en el sofá que había justo debajo de la ventana de la habitación de hospital.

—Adelante. —Su rostro, antes sonriente, se había convertido en una máscara sin rastro alguno de expresión.

—¿Recuerdas que una vez hablamos sobre la reencarnación, cuando celebramos aquella cena en el campamento?

—Creo que sí. —Hizo un gesto, supuse que para intentar recordararlo.

—¿Y recuerdas la historia que me contaste sobre un soldado y la joven egipcia?

Ry se frotó la frente, como si sintiera una intensa jaqueca de repente.

—La recuerdo —pronunció en voz baja.

—Pero, ¿sabes de dónde sacaste esa vieja leyenda? —intenté averiguar.

Durante unos segundos, Ryan permaneció con la cabeza agachada, sin responderme.

—No lo sé —dudó; parecía confundido.

Puse la caja a su lado, arrastrándola hasta que quedó junto a él.

—¿Y si yo te dijera que Sek y Neith son los protagonistas de esa historia? —Y añadí con sumo cuidado—: Y que ambos han sido reencarnados.

Ryan permaneció en silencio largo rato, hasta que casi había consumido mi paciencia. Solo entonces, soltó una carcajada, acompañada de las palabras que había temido siempre.

—¿Se trata de una broma? —espetó—. ¿No irás a decirme que crees de verdad en esas cosas?

Mi espalda se tensó. No alcanzaba a asimilar lo que acababa de escuchar.

—Aquella vez me dijiste que creías en la reencarnación —susurré.

Ry alzó las cejas.

—¿Seguro que no estaba bebido? A lo mejor te lo dije para hacerme el interesante. —Me miró incrédulo—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad? No puedes estar tan loca.

Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. De inmediato, el llanto pugnaba por salir de mis ojos. No daba crédito a la reacción de Ryan. Ese no era el mismo hombre que tan bien conocía. ¿Qué le estaba pasando?

—Y también me dijiste que nunca creerías que estoy loca, por muy increíbles que sonaran las cosas que te cuento —musité, a punto de convertirme presa de las lágrimas.

—Eso sí lo recuerdo —admitió, frotándose las sienes; parecía arrepentido—. Lo... lo siento, Mel. No sé qué me pasa que no consigo pensar con claridad. No he debido decirte que estás loca. Perdóname.

Ry intentó acariciar mi brazo, pero lo retiré con brusquedad.

—Ahora no —le pedí, reclamando mi espacio.

—Mel...

Me levanté del sofá y me aparté unos metros para poner distancia entre ambos.

¿Cómo iba a creer lo que tenía que contarle sobre nosotros, si ni siquiera era capaz de sopesar la posibilidad de que realmente existía la reencarnación?

Necesitaba salir de allí para ordenar mis ideas, porque en aquel momento solo contemplaba dos salidas: ocultarle la verdad para seguir junto a él, o marcharme para no sufrir su incredulidad ante nuestra milenaria historia de amor.

—Tengo que irme —farfullé, dando unos pasos hacia atrás, hasta que choqué con la puerta—. No puedo quedarme aquí. No sé cómo hacer que me creas.

Agarré el pomo de la puerta, tirando con fuerza y salí.

—¡Espera! ¡Melanie! —La voz de Ryan llegó amortiguada por la superficie de madera que se interpuso entre los dos.

Escuché cómo abría la puerta y me seguía hasta el ascensor, pero no le dio tiempo antes de que se cerrara. Cuando el ascensor paró, avancé con paso decidido y me marché de allí sin mirar hacia atrás.

Capítulo 29

Ryan

La desesperación casi se apodera de mí cuando después de varias horas, Mel continuaba sin responder a mis llamadas.

No fue mi intención ofenderla, ni mucho menos. Pero no entendí la extrema reacción que tuvo cuando le dije que no creía en la reencarnación. Ni siquiera era algo en lo que me hubiera parado a pensar alguna vez... ¿o sí?

Ya no tenía la certeza de nada. Era como si mi mente estuviese llena de lagunas que no lograba rellenar, por más que me esforzara. ¿Qué me estaba pasando? Necesitaba meditar con calma, pero los medicamentos me dejaban la mente atontada, en un estado total de adormecimiento del que no lograba salir.

Esa noche decidí no tomarme los calmantes. Quería tener la cabeza despejada y esa era la única forma de conseguirlo, aunque el dolor se intensificara de nuevo.

No fue hasta el día siguiente que al fin vi una cara amiga, cuando Claire apareció por la puerta de mi habitación; aunque su expresión no auguraba nada bueno.

—¿Me puedes explicar qué demonios le has dicho a Mel para que tome esa decisión tan drástica? —me soltó nada más cruzar el umbral.

—¿Qué decisión?

Claire puso los brazos en jarras.

—Se ha ido, Ry. Esta mañana a primera hora ha despegado su vuelo rumbo a Nueva York.

Si se trataba de una broma, no tenía ninguna gracia. Pero Claire parecía hablar totalmente en serio por la expresión preocupada de sus ojos.

—¿Se ha ido?

—Sí. Es lo que te acabo de contar —replicó.

Hacía tan solo unas horas que Mel se había marchado de aquella habitación hecha un mar de lágrimas y, a pesar de la pequeña discusión que tuvieron, no era razón suficiente para que se fuera del país sin siquiera despedirse.

—No le dije nada tan importante —me excusé—. Tuvimos una diminuta discrepancia de criterios, pero a ella pareció sentarle fatal. No lo entiendo, porque en realidad fue una tontería.

Claire continuaba mirándome con el ceño fruncido.

—¿De qué tontería se trata? —me interrogó con voz calmada.

—Vino a contarme no sé qué de reencarnaciones y me resultó tan extraño que quise restarle importancia. No entendí a cuento de qué venía a sacarme ese tema. Ah, y también trajo esa caja con ella —añadí, señalándole el objeto.

Claire alzó la barbilla, murmurando algo ininteligible por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —quise saber.

La chica de gafas resopló.

—Que a veces los hombres sois bastante obtusos —repitió—. Eso me lo dijo una buena amiga hace poco y debo admitir que tenía razón. —Alzó la voz—. ¿Se te ha ocurrido abrir la caja, para ver qué hay dentro?

—No.

Claire emitió un sonido de frustración.

—¿Y a qué estás esperando? —me azuzó.

—No se me ha ocurrido. Solo puedo pensar ahora mismo en lo que me acabas de contar, que Mel se ha marchado al otro extremo del mundo.

—Pues no vas a conseguir nada solo por darle vueltas en tu cabeza —me regañó Claire.

—No —le expliqué—, precisamente estaba planeando en cómo salir del hospital sin tener el alta médica.

—¿Y para qué quieres salir? —soltó cada vez más ofuscada.

—Obviamente, para ir en busca de Melanie.

Y lo decía totalmente en serio. Mel era todo lo que deseaba y nada ni nadie impediría que lo dejara todo para estar junto a ella.

Los ojos de Claire se iluminaron con un brillo especial tras escuchar mis intenciones.

—Este sí es el Ryan que yo conozco. —Palmeó, entusiasmada—. Ve a por ella. Pero hazme un favor: revisa el contenido de esa caja antes de irte. Sé que no te costará atar cabos, porque eres el mejor arqueólogo que he conocido jamás. —Hizo una pausa, alzando su dedo índice—. Por eso no me creo que no estuvieras al tanto ya de la verdad; solo que el golpe en tu cabeza te ha debido afectar más de lo que pensamos en un principio —me dijo, dejándome más intrigado aún, si cabía.

¿De qué verdad estaba hablando?

Asentí, picado por la curiosidad. Me daba igual no tener el alta médica, me encontraba bien y con eso bastaba. Solo me importaba recuperar a Mel y lograr que me perdonara, aunque no entendía la tremenda importancia que le había dado a un simple comentario sin maldad.

Cuando Claire se marchó, decidí hacerle caso y me senté en el sofá con la caja sobre mis piernas. Con cuidado, saqué uno a uno el contenido de su interior, pero tuve que parar porque mi jaqueca empezó a intensificarse de forma alarmante.

Durante unos segundos solo pude escuchar un intenso zumbido dentro de mi cerebro, que poco a poco se fue mitigando, hasta desaparecer. Y entonces comencé a observar con detenimiento cada objeto. Varias fotografías, un brazalete egipcio, dos notas escritas a mano, un papiro...

Desplegué las notas y el papiro para leerlos con calma.

De nuevo una intensa punzada en la cabeza me hizo soltar de golpe lo que sostenía en mi mano, y al cerrar los ojos varios flashes cruzaron a toda velocidad. Imágenes sin sentido que me obligaron a sujetarme la cabeza entre mis manos.

Permanecí así varios largos minutos, hasta que conseguí abrir los ojos y el dolor había desaparecido. Solo entonces, una imagen fija llenó mi memoria.

—Neith.

En una décima de segundo se agolparon un sinnúmero de recuerdos que siempre habían estado ahí y que no entendía por qué habían desaparecido de mi mente. Solo entonces me embargó esa paz que buscaba desde que me desperté tras el accidente. Pero una opresión enorme me aplastó el pecho con la cruda realidad: Mel había recuperado sus recuerdos y yo lo había fastidiado todo al burlarme de lo que intentaba contarme.

Busqué mi teléfono con desesperación y marqué el número de Jack.

—Necesito que me ayudes a salir de aquí ahora mismo.

Capítulo 30

Melanie

Miré de nuevo a mi alrededor, tratando de no sentirme como una extraña en mi propio hogar, junto a mi hermana y mi tía. Debía estar feliz por reencontrarme con ellas, pero no era así como me hallaba. Me ahogaba una horrible sensación, como si no estuviera en el lugar que debía. Como si me faltara algo imprescindible para seguir viviendo.

Ryan.

El corazón me dio un vuelco cuando me vino a la mente su recuerdo. Aún dolía demasiado para buscar una explicación. Lo único que sabía a ciencia cierta era que me había tomado por una chiflada, tal y como temía.

Solo llevaba un día en Nueva York, sin embargo, no había puesto un pie en la calle desde mi llegada. No quería salir de casa, solo me apetecía acurrucarme en el sofá y abrazar a Sarah.

Miré de nuevo mi teléfono y el montón de llamadas perdidas que se acumulaban en él. Todas de Ryan.

No estaba preparada para hablar con él, aún necesitaba tranquilizarme; pero sabía que teníamos una conversación pendiente que no podría eludir eternamente.

—Mel, han llamado a la puerta —me avisó mi hermana desde la planta superior de la vivienda—. ¿Puedes abrir tú?

—Yo me ocupo. Debe tratarse de Rachel; me dijo que vendría hoy a verme.

Me dirigí hacia la entrada y abrí, pensando que me encontraría con el rostro sonriente de mi añorada amiga. Pero no fue así.

—Hola, pequeña.

Agrandé los ojos por la sorpresa al ver a Ry allí de pie y di varios pasos hacia atrás, sin creer lo que veía delante de mí.

—¿Ry? —susurré—. Pero, ¿estás loco? —exclamé—. ¿Qué haces aquí? No puedes...

Me cortó, besándome con ansia. Me aferré a él para comprobar que no era un sueño, que era real. Olía a jabón y su pelo estaba perfectamente peinado; no había rastro de alguno de la barba de varios días que lucía la última vez que nos vimos en el hospital.

—¿Qué estás haciendo? —insistí, separando mis labios de los suyos por un momento.

Me sonrió y creí desfallecer ante su inesperada presencia.

—No podía permitir que me dejaras otra vez. Te quiero tanto, mi preciosa Neith...

Acepté de nuevo el asalto de sus labios y lo apreté contra mi cuerpo. Lo había echado tanto de menos que nada me parecía suficiente. Pero me quedé paralizada cuando me di cuenta de las palabras que acababa de pronunciar.

—¿Qué has dicho? —le dije, alejándome un poco para sondear sus ojos.

Ryan me contempló con fijeza durante unos segundos, transmitiéndome paz, diciéndome con la mirada que todo iría bien a partir de ese momento, y lo más importante, haciéndome saber que sí que conocía nuestro secreto.

—Que te quiero —se burló, sabiendo que no me refería a eso.

Me llevé las manos a la boca.

—Eso no, lo otro.

—¿Te refieres a cuando te he llamado Neith?

¿Cómo era posible que lo recordara, si dos días antes me había preguntado que quién era Sek? Si me había tomado por una lunática cuando le hablé de la reencarnación.

—Entonces, ¿lo sabes? —pregunté, llena de dudas—. Pero si me diste a entender que...

—¿Me dejas pasar? —Rio—. Tenemos mucho de qué hablar.

Asentí, y con el ceño fruncido lo acompañé hasta la planta de arriba, al despacho de mi padre. Pero justo antes de cerrar la puerta, vi por el rabillo del ojo vi la cabeza de mi hermana asomando desde su habitación. Me guiñó un ojo y desapareció.

Pronto me encontré de nuevo frente a la mirada dulce de Ry.

—¿Por qué te fuiste? —me interrogó Ryan, tomando mis manos y sin dejar de contemplar mis ojos en buscar de respuestas.

—¿Cómo voy a quedarme si me acababas de tomar por una chiflada? —le reproché.

—Tampoco me diste la oportunidad de asimilarlo —me echó en cara—. No sé si fueron los calmantes tan fuertes o el mismo golpe que recibí en la cabeza durante el accidente, pero algo me mantuvo confundido y no podía recordar. He necesitado un poco de ayuda para hacerlo.

Entonces, ¿en realidad sí que estaba al tanto de todo antes de producirse el accidente? No cabía otra opción.

No pude emitir palabra alguna, impactada por la emoción del momento. Así que me abracé a él y lo estreché contra mí.

—Me has llamado Neith. —Fue una afirmación, unas palabras amortiguadas por la presión de mis labios sobre la curva de su cuello—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Sí, pequeña —me confirmó Ryan aspirando sobre mi hombro—. Lo sé desde el principio. Y también sé que tú lo descubriste cuando estaba en coma.

—Me escuchaste llamarte Sek.

—Me llamaste por mi verdadero nombre —corrigió.

—Sek... —susurré, acordándome del momento exacto en el que pronuncié esa palabra, justo antes de despedirme de él cuando aún estaba inconsciente—. ¿Eso quiere decir que sabes que somos Neith y Sekani y que hemos transitado durante dos mil años hasta reencontrarnos?

—Así es. Siempre lo he sabido, aunque los últimos días no lograra recordarlo —afirmó, acariciando mi pelo con ternura y su gesto se tornó inquisitivo—. Pero, ¿cómo lo descubriste tú?

Me sonrió con dulzura, mientras me animaba a hablar.

—No lo sé —le confesé con nerviosismo ante el giro de los acontecimientos—. Fue todo muy rápido. Tras tu accidente comencé a tener flashes más recurrentes en los que veía imágenes de nuestro pasado. Y un día, al recoger tu ropa sucia para llevármela al hotel, cayó un brazalete dorado del bolsillo de tus pantalones y al sostenerlo entre mis manos me vinieron algunos recuerdos a la memoria; pero al instante sentí que el colgante quemaba mi piel, y entonces fue cuando tuve varias visiones que me hicieron comenzar a comprenderlo todo.

—Tu brazalete y tu colgante.

—Sí. —Suspiré—. Ahora sé que el brazalete fue un regalo de mi madre. Y que tú me regalaste este colgante.

Le enseñé el colgante de lapislázuli.

—Así es.

Se me formó un nudo en la garganta. Con timidez, me abracé de nuevo a Ryan tratando de atesorar ese instante en mi mente para siempre.

—¿Esto es real? A veces he llegado a pensar que se trataba de un sueño creado por mi mente —

musité.

—Totalmente real. —Se separó un poco para mirarme fijamente—. He malgastado muchas vidas buscándote, hasta encontrarte.

Me aferré a él de nuevo, temiendo despertar de ese maravilloso sueño.

—Creí morir de dolor cuando hace dos días me dijiste que estaba loca.

Ryan soltó una carcajada.

—Nunca pensaría realmente que estás loca. —Y a continuación respondió a una de mis grandes dudas—. ¿Sabes? En cada una de mis vidas he recordado nuestro pasado durante la adolescencia, y no he hecho otra cosa más que dedicarlas a buscarte.

Me quedé en silencio durante unos minutos.

—Es tan increíble que aún me cuesta creerlo, pero en el fondo sé que es verdad. —Hice una pausa para luego añadir—: Ahora se mezclan dos vidas en mi mente. Es extraño. Dos vidas. Dos padres. Dos madres... pero solo tú y yo.

Ryan me sonrió sin dejar de contemplarme con embeleso.

—Te acostumbrarás —me tranquilizó—. Con el tiempo unirás todo como parte de ti.

La imagen de mis dos padres se instaló en mi cabeza. Uno cruel, el otro un ser extraordinario.

—¿Crees que mi padre Henry llegó a descubrirlo todo? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Mucho me temo que no. Murió antes de llegar hasta el final de su investigación.

—Creo que tienes razón.

Ryan arrugó la frente, tornándose su expresión sombría. Me imaginaba el rumbo que habían tomado sus pensamientos.

—Pequeña, necesito saber... ¿Por qué lo hiciste?

De inmediato, la sonrisa también se borró de mi cara.

—Debemos recomponer este puzle —le afirmé—. Porque yo también tengo muchas preguntas que hacerte.

—Adelante —me animó con seriedad.

—Veamos. Todo comenzó el día que te marchaste a la batalla —comencé a relatarle—. Todo iba bien, incluso cada cierto tiempo recibía noticias tuyas por parte de la milicia de Cleopatra, de los soldados que regresaban heridos.

Me quedé pensativa, meditando cómo revelarle los siguientes acontecimientos.

—Continúa. —Ryan tenía el ceño fruncido.

—Una mañana, mi padre, Kosei, me dijo que tenía noticias directas sobre el estado de las tropas —rememoré—. Y me comunicó que habías muerto en el transcurso de la última batalla.

Ryan palideció.

—Fue tu padre. Te engañó; por eso lo hiciste —murmuró con voz ronca—. No puedo creer que te dijera eso, solo para intentar separarnos.

Agachó la cabeza y no logré ver su expresión.

—Así es. —Noté que las lágrimas se agolpaban en mis ojos—. Creí morir de sufrimiento y decidí no seguir viviendo sin ti. Me quité la vida mediante un brebaje que preparé bajo las instrucciones de una anciana.

Ryan me apretó contra su torso y noté cómo su pecho se agitaba sin control.

—Oh, Dios. —Su voz sonaba estrangulada—. No sabes lo que sentí al verte allí tumbada, sin vida.

Me aferré a él con fuerza, agradecida por la oportunidad que Ryan había logrado para los dos.

—No sé cómo, pero lo vi en mis visiones —continué—. Tenías tu frente sobre mi brazo y llorabas sin cesar.

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

—Ocurrió justo antes de realizar el ritual de reencarnación —me explicó con dificultad—. Recordé las historias que Anum me contaba cuando era niño, y le rogué que lo llevase a cabo. Si había una mínima posibilidad de recuperarte, tenía que intentarlo.

—Y lo conseguiste. —Busqué sus labios con los míos y lo besé con ternura—. Aquí estamos, gracias a ti. Y nada nos separará esta vez.

—Nadie me volverá a alejar de tu lado —me prometió, mientras se abría paso en el interior de mi boca para besarme con pasión—. Pero quiero que sepas que cruzaría otra eternidad, si hiciera falta, solo para verte y probar tu sabor una vez más.

Durante largos minutos nos devoramos con besos profundos, largos, que llevaban implícitos todas las emociones que nuestras almas habían guardado durante dos mil años.

—Te amo tanto, Sek.

—Y yo a ti, mi dulce Neith.

Allí mismo nos prometimos amor eterno y nos dejamos llevar para demostrar con nuestros cuerpos el legendario amor que nos unía; ese que había atravesado la eternidad hasta volver a reunirnos.

Nos besamos sin prisas, con expectación, sabiendo que teníamos toda una vida por delante para dedicárnosla, para saborearla con deleite, para disfrutarla a cada instante, sin desperdiciar ni un solo segundo.

Epílogo

Ryan

Nueva York. Diciembre de 2019

—Vamos, pequeña. —Rebusqué bajo el edredón hasta encontrar su precioso rostro y la besé—.

No te hagas la remolona.

—Mmmm. Un ratito más —protestó, y me arrancó una sonrisa.

Nueva York en invierno era todo un espectáculo, con la decoración navideña por todas las calles y lugares emblemáticos. Pero aún me resultaba más espectacular despertar por las mañanas junto a Mel, a veces con su larga melena sobre mi cara, haciéndome cosquillas en la nariz.

—Si no te levantas ya, sabes lo que pasará dentro de unos segundos, ¿verdad? —le advertí, mientras metía mi mano bajo las sábanas en busca de su delicioso trasero.

Mel abrió un ojo y me devolvió la sonrisa.

—Mmmm, esa idea me gusta mucho —me invitó, buscando mis labios con urgencia—. Pero si lo hacemos llegaremos tarde.

Resoplé, frustrado.

—Cierto. No conviene que les hagamos esperar —aseveré—. Necesitamos su financiación para llevar a cabo el proyecto.

El gran proyecto. Al fin revelaríamos al mundo uno de los grandes misterios de Egipto: la tumba de Cleopatra.

Finalmente había convencido a Melanie para ponernos al frente del equipo de arqueología que años atrás creó Henry Donovan, y continuar con su labor. Con nuestros conocimientos y estudios conseguiríamos grandes logros y ayudaríamos a rescatar muchos secretos de la historia de Egipto que solo nosotros sabíamos que existían.

Palmeé su trasero, animándola a levantarse.

—¿Sarah ya se ha marchado?

—Sí, hace diez minutos —confirmé—. Le preparé su desayuno, y aproveché para acompañarla.

Soltó una risilla.

—No me extraña que se haya encariñado contigo tan pronto. La mimas en exceso.

—Es mi cuñada. —Me encogí de hombros—. Además, es una buena chica. Sois mi pequeña familia y ya sabes que me encanta cuidar de vosotras.

Besé la punta de su nariz.

—De acuerdo, ya me levanto. —Resopló ruidosamente—. Pero antes quiero un beso más... —me pidió, tirando de mi jersey para atraerme hacia ella de nuevo.

Y con gusto la besé, un beso lento, profundo y largo que nos dejó a los dos con las respiraciones aceleradas.

—Maldita sea. Que esperen —solté, totalmente excitado—. Esto es más importante ahora mismo.

Melanie rio con deleite, mientras me desabrochaba los pantalones y me invitaba a retozar con ella bajo el edredón.

Una hora más tarde, saciados pero aún sin poder quitarnos las manos de encima el uno al otro, salimos a toda prisa para no llegar tarde a la reunión.

—No te olvides de la correspondencia —me dijo Mel.

Recogí el correo del buzón y me dirigí al coche con rapidez.

—Toma. —Le ofrecí las cartas—. ¿Qué es ese sobre de color verde?

Melanie lo abrió y sacó una tarjeta decorada con motivos florales. De repente, levantó las cejas y se llevó una mano a la boca, con sorpresa.

—No lo puedo creer —masculló—. Lo va a hacer.

—¿De qué estás hablando, pequeña?

Melanie me miró fijamente, con enfado.

—Es una invitación de boda —aclaró—. Jack finalmente se va a casar con su altanera novia.

Bufé con resignación.

—Supongo que no habrá podido con las presiones y amenazas de su padre.

—Pero, ¿qué pasa con Claire? —dijo, disgustada—. Ella no se merece esto.

—Ninguno de los dos lo merece.

Melanie se metió en el vehículo, pensativa.

—Llamaré a Claire cuando salgamos de la reunión —me comunicó—. Tengo que estar a su lado más que nunca.

Me pasé la mano por la frente.

—Yo llamaré a Jack. Él también necesitará una voz amiga en estos momentos. —Fruncí el ceño y abrí la boca para contarle la idea que acababa de pasar por mi mente—. Espera un momento, se me está ocurriendo algo para conseguir que Claire y Jack se reencuentren antes de que Jack cometa ese error.

—¿En serio? —Una gran sonrisa asomó a sus labios—. ¿Y puedo saber qué estás tramando? —Levantó las cejas, parecía recelosa—. Miedo me das, porque te recuerdo que la última vez que ideaste un plan no dudaste en invocar un ritual de reencarnación que nos tuvo más de dos mil años recorriendo todas las épocas de la historia.

Solté una carcajada.

—Bueno, pero no ha resultado mal, porque al final hemos logrado encontrarnos. Además, tú no recuerdas tu paso por el resto de vidas, así que...

Puse el motor en marcha y comencé a relatarle mi plan.

Agradecimientos

Tengo que confesar que escribir esta novela me ha supuesto muchos quebraderos de cabeza para que la historia termine cuadrando tal y como yo quería. Y la persona que me ha apoyado, siempre animándome cuando más desesperada estaba, es Rocío. Por eso quiero agradecerle sus palabras de aliento y su infinita paciencia cada vez que acudía a ella frustrada porque no conseguía ese final perfecto que Sekani y Neith tanto merecían.

Gracias por todo, Rocío. Es una suerte poder contar contigo.